

ENSAYOS

Tomo I

EL SERMON DE LA PAZ



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA

DR. DANIEL DARRACQ

Ministro de Educación y Cultura

JUAN E. PIVEL DEVOTO

Director del Museo Histórico Nacional

ARTURO SERGIO VISCA

Director de la Biblioteca Nacional

ABELARDO GARCÍA VIERA

Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 154

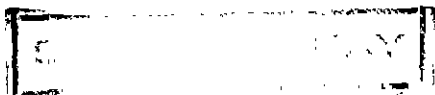
JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

ENSAYOS

TOMO I

EL SERMON DE LA PAZ

Cuidado del texto a cargo de las Profesoras ELISA SILVA CAZET y
MARÍA ANGÉLICA LISSARDY DE MONSERRAT.



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

ENSAYOS

Selección y Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

TOMO I
EL SERMON DE LA PAZ

MONTEVIDEO
1978

PROLOGO

Semblanza

La imagen popular

Cuando el 19 de mayo de 1879 el entonces joven poeta Juan Zorrilla de San Martín, que tenía 23 años de edad, recitó, en Piedra Alta (Florida), su poema *La leyenda patria*, logró, y el suceso es único en la historia del país, enfervorizar hasta el delirio a una multitud que sintió, según ha escrito Gustavo Gallinal, que en esas estrofas “*rompía a hablar el alma colectiva*”. La resonancia multitudinaria obtenida por la recitación del poema no fue, meramente, un éxito literario fulminante: fue, en verdad, como lo subrayaba el mismo poeta cuando rememoraba el suceso, un hecho histórico. Y lo fue porque el contenido y el tono del poema, transmitidos con magnética fuerza a través de la recitación de su propio autor, eran los apropiados para conmover lo más hondo de una conciencia colectiva que requería ávidamente, por imperativo de las propias circunstancias históricas, afianzar su sentimiento de nacionalidad. *La leyenda patria*, tal como lo ha señalado Raúl Montero Bustamante, tuvo la virtud de aglutinar las conciencias individuales en conciencia colectiva, proporcionándole savia nutrición que alimentar su sentimiento de nacionalidad. El poema se convirtió desde el momento de su recitación, según expresó Francisco Bauzá, en “*la profesión de*

je patriótica de la generación actual", y, confirmando este juicio, casi 30 años después, en carta del 26 de marzo de 1906, el propio poeta le expresó a Miguel de Unamuno que *La leyenda patria*, a pesar de "*ser tan desaliñada y balbuciente, vive entre nosotros la vida popular*". Así era, en efecto, y el autor del poema fue visto y sentido, con justicia, como el *poeta de la patria* por antonomasia.

Esta imagen se consolidó, años más adelante, cuando aparece *Tabaré* (1888), donde plasmó, a la vez, y con esplendidez que injustamente le negarían generaciones posteriores, una intensa visión épico-lírica de la naturaleza uruguaya y una certera intuición, transreal por poética, y por poética, veraz, de la raza charrúa, esa "*estirpe indómita*" que duerme "*el sueño de la tierra*", pero que es también un ingrediente de la conciencia nacional. Con este poema, Juan Zorrilla de San Martín cierra, a los 33 años de edad, la primera etapa de su labor creadora: la del poeta en verso. Tras la publicación de *Tabaré*, abandona el verso y se vale de la prosa como instrumento expresivo (aunque el poeta subsiste y se revela, con nítida presencia, en sus páginas en prosa). Al morir, 43 años después de publicado *Tabaré*, sus admirables páginas de prosista suman varios millares. Sin embargo, la imagen que perdura en la conciencia popular es la del Juan Zorrilla de San Martín de la primera etapa. *Tabaré*, afortunadamente, como don Quijote o Hamlet, es conocido hasta por quienes no han leído el poema. Pertenece a esa estirpe de creaciones que tienen vida fuera del texto y se incorporan a la conciencia colectiva. *La leyenda patria*, aunque sin la arrolladora popularidad de otras épocas, continúa viviendo, también afortunadamente, y según la expresión del propio poeta, la vida popular.

Esta imagen popular de Juan Zorrilla de San Martín no es inexacta, pero es, eso sí, incompleta. Tan importante como el poeta es el prosista que la imagen popular no recoge. Su prosa, lo que es peor todavía, no es bien leída y, por lo mismo, debidamente valorada, ni siquiera por la mayoría de las clases cultas del país.

Para completar la imagen

Cuando se lee atentamente el *Tabaré*, es fácil percibir que hay en él, no obstante su sólida unidad sustancial, una rica diversidad de matices. El poema, como es sabido, reúne lo lírico con lo épico, fusión que ya de por sí indica que en el poema hay una dualidad de tonos. Esa dualidad, además, se diversifica en multiplicidad, porque lo lírico se escinde en varios tonos y lo mismo ocurre con lo épico. No es necesario aquí extenderse sobre este punto, ya que la única finalidad de las anteriores afirmaciones es hacer notar que esa complejidad del poema es un trazo que también caracteriza la creación en prosa del autor de *La leyenda patria*. Su prosa, en efecto, como su *Tabaré*, no obstante su sustancial unidad de espíritu, muestra una notable variedad de inflexiones. Ellas componen una gama que comprende lo lírico y lo épico, denotando que el pasaje del verso a la prosa no quiebra la unidad de la creación del autor; lo oratorio y lo periodístico, dos modos de comunicación, como en *La leyenda patria*, con auditorios multitudinarios; lo meditativo, como expresión de un sentir y pensar muy íntimos, y lo ideológico, como razonada objetivación de sus convicciones acerca de la realidad del pasado o del presente. Como ocurre con lo lírico y lo épico de *Tabaré*, estos diversos modos expresivos presentan también una rica escala de matices.

Esta inicial visión genérica de la labor en prosa de Juan Zorrilla de San Martín, hace bien notoria la importancia de la misma. Si además se toma en cuenta otro rasgo de esa creación prosística, esa importancia se hará aún más evidente. Ese rasgo podría destacarse así: toda su creación en prosa nace de un doble núcleo emocional generativo (su sentimiento religioso cristiano y su fervor patriótico) pero se exploya a través de una amplísima escala de temas e ideas (cuya enumeración no es posible realizar sin riesgo de simplificarla traicionando su riqueza). Base y cúspide, al mismo tiempo, de la creación prosística del poeta de *Tabaré* es su monumental *La epopeya de Artigas* (1910), cuya segunda edición, ampliada y corregida, abarca casi 1.500 densas páginas. Si su obra en prosa se limitara tan sólo a *La epopeya de Artigas*, ya, sin más, sería Juan Zorrilla de San Martín una cima de la prosa hispanoamericana. La estructura de la obra es una concepción monumental. Como exactamente observa el Prof. Juan E. Pivel Devoto, la obra está plásticamente construida como una pirámide coronada por la figura del héroe: "*Hay, en primer lugar, un suelo patrio, un escenario natural; después un protagonista individual; luego, un pueblo entero, y, por encima, Artigas, jefe y conductor (...)*" De *La epopeya de Artigas*, imponente como conjunto, pueden, además, desprenderse pasajes que se constituyen como pequeñas obras maestras: los retratos de personajes históricos, la descripción del *Exodo*, los paisajes, la muerte del héroe... Obra maestra como creación histórica y de pensamiento, lo es también por la esplendidez de la creación estético-verbal. *La epopeya de Artigas* congrega en sí todas las inflexiones señaladas como expresiones de la prosa del autor. Como juicio global, es

válido el de Domingo Luis Bordoli que luego de afirmar que *La epopeya de Artigas* es "una epopeya moderna", agrega: "...su modernidad radica en que Zorrilla no simuló una sabia e intemporal inocencia homérica para evocar sus héroes, sino que se sirvió de todos sus conocimientos históricos, sociológicos, filológicos, jurídicos, etc. Esos conocimientos le dieron los materiales dispersos que la poesía debía estructurar para formar organismos vivos".

Conviene señalar, tras estas palabras que valoran con exactitud *La epopeya de Artigas*, que la misma se sitúa, temporalmente, casi exactamente en el centro de la segunda etapa creadora del autor: 22 años transcurren entre la publicación de *Tabaré*, que cierra la primera etapa, y la primera edición de *La epopeya de Artigas*, y 21 entre esa edición y la muerte del poeta en el año 1931. Las dos alas temporales que se abren a ambos lados acogen, cada una, otras tres obras en prosa: *Resonancias del camino* (1896), *Huerto cerrado* (1900) y *Conferencias y discursos* (1905) la preceden y la siguen *Detalles de la historia rioplatense* (1917), *El sermón de la paz* (1924) y *El libro de Ruth* (1928). A estos libros debe sumarse un conjunto de ensayos, destinados, sin duda, a formar un nuevo libro y que fueron recogidos en la edición de *Obras completas* (1930). El conjunto de estos libros y ensayos configuran un mundo de sentimientos, ideas y creación estético-verbal de tan alta jerarquía como el constituido por *La epopeya de Artigas*. Una sustantiva unidad de espíritu vincula estas obras con la última citada, pero, además, la amplían, por su diversidad temática y de modos creadores, extraordinariamente variados.

La imagen total

Afirmar, como ya se ha hecho, que, excepción hecha de algunos especialistas, especialmente en historia, la creación en prosa de Juan Zorrilla de San Martín es prácticamente desconocida por la mayoría de quienes constituyen los sectores cultos del país, no es una audacia. Una encuesta, realizada personalmente, entre profesores, estudiantes y lectores cultos, me ha permitido comprobarlo. No se ignora, desde luego, que el poeta de *Tabaré* es también el prosista de *La epopeya de Artigas* y de otros libros de ensayos. Pero ninguno, entre los interrogados, y no son pocos, ha leído seriamente esas obras. Y, por consiguiente, se desconoce su real dimensión creadora. La situación es culturalmente dramática: la obra de uno de los mayores ensayistas hispanoamericanos, uruguayo, no se ha insertado, como debe, en la vida de su propio país. Es fácil, mediante una rápida especulación imaginativa, hacer ver lo absurdo de esta situación:

—Si el autor de *Tabaré* sólo hubiera escrito este poema y *La leyenda patria* sería, como lo es, el poeta de la patria por antonomasia, y, además, un gran poeta sin aditamento calificativo alguno;

—si *no* hubiera escrito ambos poemas, pero sí *La epopeya de Artigas* y sus ensayos, sería, como lo es, uno de los grandes prosistas de Hispanoamérica;

—en consecuencia: si cualquiera de los dos sectores — verso o prosa — de su obra, aisladamente considerado, le confiere estatura de gran creador, es retacear su auténtica dimensión mantener en sombra uno de ellos.

La imagen total de Juan Zorrilla de San Martín se integra, pues, con la de un gran poeta y con la de un extraordinario ensayista. Ambos, por otra parte, están íntimamente relacionados. La creación ensayística continúa y amplía, con vastas resonancias, la del poeta. *La epopeya de Artigas* es una proyección en más amplio ámbito del espíritu que anima a *La leyenda patria* y *Tabaré*, y, por lo tanto, desde la perspectiva abierta por la obra maestra en prosa se ve más hondamente en uno y otro poema. La misma correlación existe entre las obras citadas y sus otras obras ensayísticas y sus discursos y conferencias. Ver a Juan Zorrilla de San Martín, es, ante todo, ver su obra como un todo de sólida estructura cuyas partes, por ende, son interdependientes. *La Biblioteca "Artigas" - Colección de Clásicos Uruguayos*, cumpliendo con la imprescindible tarea de reincorporar a la conciencia cultural del país la creación en prosa del autor de *Tabaré*, ha reimpresso ya *Conferencias y discursos* y *La epopeya de Artigas*. Prosiguiendo esta tarea, se editan estos tres volúmenes que recogen la labor ensayística realizada en la última década de la vida del escritor. Ellos se componen con los dos últimos libros publicados por él, *El sermón de la paz* y *El libro de Ruth*, y los ensayos escritos en sus años postreros y que destinaba a la composición de un nuevo libro. Escritos una década después de la publicación de *La epopeya de Artigas*, el meditador se mueve dentro de una temática distinta a la de su obra maestra en prosa. Pero el aliento de un idéntico espíritu es visible en los estupendos ensayos que estos volúmenes convocan. Previo al estudio de este conjunto de textos es conveniente una breve referencia al género literario — el ensayo — al que pertenecen.

Conocimiento y creación

La pretensión de explicitar aquí una especie de *teoría del ensayo* sería absurda. El tema, muy debatido, tiene vastas ramificaciones y exigiría, para un planteo y desarrollo cabal, extenso espacio. El objeto de las líneas siguientes es, pues, tan sólo, destacar algunos rasgos definitorios esenciales que sirvan de encuadre general para los ensayos que componen estos tres volúmenes. De esos rasgos, se indicarán aquí solamente los siguientes:

—El *tema* de un ensayo puede ser de la más diversa índole: filosófica, estética, histórica, sociológica, económica... En realidad, no hay *tema* que no admita su ingreso al cuerpo del ensayo. El ensayo, pues, no se define por el *tema* o *gamas de temas* sino por el modo en que los mismos son tratados. ¿Cuál es el *modo* de tratamiento ensayístico de un *tema*? Ese *modo* se podrá inferir de los rasgos que se señalarán subsiguientemente.

—El ensayo es vehículo expresivo de ideas o pensamiento. En este aspecto, el ensayo se vincula con el tratado, con la monografía erudita o investigativa, con la tesis doctoral. Pero difiere radicalmente de estos géneros literarios, no obstante la inicial vinculación con ellos, en dos puntos capitales: en el ensayo no se postula explícitamente *una tesis* que exija demostración sino *un punto de vista* libremente expresado; en el ensayo, y por grande que sea la base erudita que lo fundamente, se prescinde del aparato crítico que la evidencie. La muy difundida definición de José Ortega y Gasset, según la cual el "*ensayo es la ciencia menos la prueba explícita*", hace resaltar, con brevedad incisiva, los trazos antes indicados.

—Dentro del cuerpo del ensayo caben maneras de expresión que corresponden a otros géneros literarios: el recuerdo personal, la descripción, la prosa de entonación lírica, los ingredientes narrativos. La función de estos elementos en el ensayo no es meramente paramental o adjetiva. Son en él, asimismo, modos de expresión de conocimiento y es incluso afirmable que valen como auténticas *pruebas explícitas* en sustitución de las de otra índole que, según la definición de Ortega y Gasset, se excluyen del ensayo.

—El ensayo, por consiguiente, combina la más rigurosa especulación conceptual con la creación imaginativa y aun poética. Cabría decir que en el ensayo se expresan ideas sentidas y pensadas como *verdades* objetivas pero comunicadas desde una perspectiva subjetiva personal. Por eso, el ensayo puede prescindir de la *prueba explícita* pero no de la rigurosa ordenación lógica conceptual (aunque al ensayista se le otorga una cierta libertad para *ramificar* el tema central introduciendo *subtemas* que se entretujan con el central). Un ensayo, valga la paradoja, puede constituir una especie de ordenada divagación.

—La solidez estructural del ensayo depende, y esto se infiere sin esfuerzo de todo lo antes dicho, de la destreza del ensayista para correlacionar la vértebra conceptual y los ingredientes imaginativos o líricos que introduzca en su texto y que requieren ser incluidos con exacta dosificación, ya que no deben oscurecer sino, por lo contrario, iluminar, la fundamental sustancia conceptual. En caso contrario, el ensayo dejaría de serlo y se constituiría en otro modo de expresión literaria.

La validación de todas las afirmaciones que anteceden requeriría, obviamente, extensos desarrollos y pruebas. Esa elaboración crítica no tiene por qué ser acometida aquí, ya que, tal como antes se subrayó, esta visión general del ensayo sólo procura dibujar el marco dentro del cual se encuadran los que estos tres volúmenes recogen.

Estos tres volúmenes

Con una excepción, a la cual se hará referencia líneas más abajo, todos los textos que integran estos tres volúmenes se sitúan dentro de la descripción que del ensayo se ha hecho. Pero se debe anotar que *El sermón de la paz* es un extenso ensayo que compone de por sí un libro, mientras que *El libro de Ruth* recoge una serie de ensayos de varios temas, por lo que es preciso analizar por separado uno y otro libro. El tercer volumen se compone, como *El libro de Ruth*, con un conjunto de ensayos. Se estudiarán, asimismo, separadamente, porque, a diferencia del libro recién citado, no fueron ordenados para componer un libro por su propio autor. Queda así establecido el plan al que se ajustarán las páginas que siguen. En cuanto a la excepción mencionada, está constituida por el conjunto de *Pensamientos* que se incluyen en el tercer volumen. Obviamente, no son ensayos. La unidad de espíritu que los vincula a ellos justifica que integren estos tres volúmenes.

El sermón de la paz

Preámbulo

Entre las composiciones incluidas en *Notas de un himno* (1877), juvenil poemario de clara filiación becqueriana del autor de *Tabaré*, figuran dos, *Credo...* y *¡Patria mía!*, sumamente significativas. En la primera, expresa el joven Zorrilla su fe religiosa: su fe cristiana de hombre universal; en la segunda, canta con ingenua pujanza su fe patriótica: su fe de hombre amorosamente consustanciado con la región de la tierra en la que ha nacido. Estos dos sentimientos, íntimamente unidos, constituyen la raíz afectiva de la vida y obra del creador de *La epopeya de Artigas*. Estos dos sentimientos nunca fueron vividos por él como contradictorios, pero cuando en 1914 estalla la primera guerra mundial, experimentó la necesidad de fundamentar doctrinariamente la compatibilidad del amor a la propia tierra con la fe cristiana que postula el amor a todos los hombres por igual. Esa necesidad la cumple con *El sermón de la paz*, libro que para Dardo Regules es "una revisión de la teoría del patriotismo". El libro, concebido por el autor como "un libro místico, de lecturas espirituales" y como "sermón caritativo que quiere hacer amable lo propio, sin odio a lo ajeno y sin envidia", se divide en cuatro partes subdivididas, a su vez, en capítulos: *Exordio (El alma de las cosas, La idea de patria)*; *Proposición (La guerra, La unidad, Luces y sombras, Signo de vida y de paz)*; *Pero-ración (Americanos en España, La Sociedad de las Naciones)*; *Epílogo (Contento... Continencia, Puesta de sol)*. Esta cuidadosa distribución del material, evi-

dencia el deseo del autor de articular metódicamente su pensamiento. Y, efectivamente, a través de sus cuatro partes y sus diez capítulos, el libro compone un cuerpo de doctrina unitario y preciso. No es fácil exponer brevemente el pensamiento que el libro explyaya. Es un pensar rico y matizado, donde el razonamiento no queda nunca reducido a un frío esquema lógico sino que conserva el calor emocional desde el que crece y que se hace presente en sutiles desviaciones de la línea lógica vertebradora. El ensayista borda con esas desviaciones sutiles (un acorde lírico, la expresión aforística de un pensamiento, un recuerdo, un paisaje) el tema principal y lo enriquece, para volver luego, también de modo sutil, a él. Despojado de sus matizaciones, se expondrá ahora lo que constituye lo sustancial del pensamiento vertebrador de *El sermón de la paz*.

La doctrina

En *El sermón de la paz*, Juan Zorrilla de San Martín expone una concepción de la patria y del patriotismo fundamentada en dos nucleos de sentimientos e ideas que es posible exponer por separado aunque, desde luego, están íntimamente trabados. La raíz del primero de estos dos nucleos se halla en la visión — cabe decirlo así — del hombre en estado natural, con prescindencia de toda consideración política, social o histórica. El hombre, por el solo hecho de nacer y vivir en una determinada región de la tierra, es un *ser radicado*: vive y convive en contacto con las formas definidas que asume la naturaleza en cada región y, voluntaria o indeliberadamente, se consustancia con ellas. El contorno natural que rodea al hombre deter-

mina uno de los polos del sentimiento de patria: el establecido por la comunión del ser humano con la *sociedad de las cosas*. El sentimiento de patria comienza, pues, en el amor al *terruño*, a lo próximo, a lo que, en forma más o menos vaga, se siente como prolongación del propio yo. “*El sentimiento de patria, o terra patrum, o patrimonio colectivo — afirma el autor — existe en el fondo de todo amor humano a la naturaleza; radica en él quizá*”. Para hacer sentir esa convicción, Juan Zorrilla de San Martín narra, en la primera parte de *El sermón de la paz*, los pormenores que rodearon la construcción de su casa levantada en un pequeño terreno de *Punta Carreta* o *Punta Brava* y se muestra a sí mismo gozosamente identificado con la naturaleza del Uruguay: con las colinas de dóciles ondulaciones; con las madreselvas, cuyo perfume “*trae vuelos de risas en el aire*”; con el Río de la Plata, de tonos verde-azulados, que se transforman y tornasolan pero “*sin que el agua pierda su fluidez, ni olvide su terrestre procedencia*”; con el ombú, que es “*árbol que con más pasión se abraza a su madre*”, la tierra. Este primer núcleo de ideas y sentimientos, fundamentado en la visión del hombre en estado natural, se completa con el segundo, que supone una concepción casi mística o sobrenatural del alma nacional concordante con su concepción histórica providencialista. Una nación es una persona colectiva con un alma sustancial y más nación es “*la que más se acerca a la total simplicidad o indivisión del ente, al número uno primordial*”, de donde es lógico inferir que “*el alma de un pueblo, como la de un hombre, no puede ser considerada una resultante, sino una sola fuerza sustancial, en que los diversos modos de actividad colectiva no han de ser distribuidos entre sujetos diferentes. Esta alma de pue-*

blo, por otra parte, como el alma de hombre, es forma de un cuerpo orgánico, no hecho por conglomeración, sino engendrado, conglutinado por el alma misma". Y aún agrega: "Los pueblos son espíritus, ante todo; formas sustanciales de los cuerpos colectivos que se nutren de un pedazo de planeta", y, por eso, "el único medio de salvar a una nación que decae o se desnaturaliza, es volverla a sus orígenes, recordarle su unidad primordial, en que reside la facultad de amarse a sí mismo, y a sus semejantes como a sí propio. Es el objeto de la estatua del héroe: recordar el origen". La idea de patria así concebida no se opone a la armoniosa relación entre naciones. Cada nación es una persona colectiva, pero todas son "de la misma especie", tienen "el mismo origen" e "idéntico destino". Es posible, por consiguiente, el amor entre naciones y la coexistencia pacífica, porque el amor es siempre posible "entre semejantes, entre seres, digámoslo así, de la misma especie y capaces de conocerse mutuamente". El sentimiento de patria, vivido dentro de esta concepción, abre un camino seguro del amor universal entre los hombres, ya que "uno concentra y cultiva el amor al hombre en el que profesa a los que le son más próximos o parecidos, y le están ligados por el amor común a las cosas, y por las comunes cualidades y defectos. Sólo por ahí se va al amor a la humanidad, y hasta al amor a Dios. Si no amas a tu hermano a quien ves, dice Juan, el Evangelista, ¿cómo amarás a Dios a quien no ves?" En cuanto al problema de la guerra, y en acuerdo con la postura doctrinaria expuesta, sólo tiene una solución: "la depuración evangélica del concepto de patriotismo". Sintetizado de este modo, el núcleo sustancial del pensamiento que ha guiado la mano del ensayista, es necesario agregar que ese núcleo se

completa, en la tercera parte, con una doctrina de derecho internacional, correlacionada con las ideas vertebradoras del libro y fundamentada en la visión de la unidad del mundo de lengua hispánica y se cierra con un *Epílogo* que retoma el *tono* de la primera parte: el autor vuelve a reubicarse en su paisaje y, consustanciado con él, cálidamente reflexiona como en un monólogo interior.

Los valores poéticos

En *El sermón de la paz* se arquitecturan un conjunto de ideas rigurosamente razonadas. Es, sin lugar a dudas, un libro de sólido contenido doctrinario y conceptual. Pero es, también, la obra de un extraordinario artista. Son páginas de un prosista que domina con plenitud su instrumento verbal y que demuestra cómo la prosa, sin perder sus cualidades intrínsecas, puede ser, al mismo tiempo, intensamente poética. El pasaje del poeta en verso al prosista fue, en el autor de *Tabaré*, sólo un cambio del medio expresivo externo pero no una modificación de su actitud espiritual profunda: el poeta que abandonó el verso después de 1888, tras de componer el *Tabaré*, subsiste en el prosista de las obras posteriores, que recogen la memoria del verso en una prosa sensibilizada de música, de música interior y de rítmica música en palabras. Tanto como ideas, los ensayos de Juan Zorrilla de San Martín dejan en la memoria del lector un mundo de imágenes. El propio autor dice, hermosamente, que *El sermón de la paz* es un libro "de imágenes pensativas". Queda fuera del plan de este prólogo el estudio cabal de las cualidades sobresalientes de la prosa de Juan Zorrilla de San Martín. Pero, en su defecto, se propondrán

algunos ejemplos que permitirán sentir e intuir esas cualidades.

El pensamiento de Juan Zorrilla de San Martín nace desde raíces emotivas intensamente vividas, pero concluye, al fin, en conceptos muy nítida y precisamente delineados, y es una de las cualidades sobresalientes del estilo de *El sermón de la paz* la fidelidad con que expresa unitariamente esa conjunción de lo emotivo y lo conceptual, sin que lo primero enturbie los perfiles de lo segundo ni lo segundo despoje de calidez a lo primero. Así es visible en este breve fragmento: "*El amor, sociedad de las almas, función de un orden superior al fisiológico, presupone la existencia de dos unidades distintas, capaces de vivir la una en la otra, de fundirse sin confundirse, sufriendo o esperando en la esperanza o en dolor ajenos*". Este mismo fragmento hace ostensible cómo el poder de síntesis (en estas pocas líneas hay un conjunto de ideas cuyo desarrollo podría llenar varias páginas) no impone rigidez al ritmo de la prosa (la corriente verbal se desliza con serena fluidez). La presencia de *imágenes pensativas* (vale decir: imágenes plenas de contenido conceptual) es otro rasgo saliente de la prosa de Juan Zorrilla de San Martín, como es evidente en estas líneas: "*El perro corre tras la piedra que le tiran, y la muerde; pero el hombre busca la fuerza oculta que tira la piedra desde el corazón orgulloso*". Hay, además, en las páginas del libro, fragmentos que constituyen pequeños poemas en prosa delicadamente elaborados: "*Las tardes realmente bellas son éstas: las que huelen a madre selva; por ellas he llegado a creer en este nuestro pobre sentido del olfato, tan desacreditado por algunos. Y no hay para tanto. Que si bien está en lo cierto quien afirma que ese sentido tiene mucho de contacto material, y no la*

pureza de la vibración sonora, no es tan irracional como pudiera creerse la analogía entre una ráfaga de madre selvas y una melodía de Bellini, que, al caer de la tarde, sale, de un piano desconocido, por una ventana abierta en lo alto. Yo concibo perfectamente un poema hecho de olores; el de la madre selva me trae vuelos de risas en el aire, voces de niños que juegan antes de irse a dormir; el de las azucenas parece cantar la Salve en mi memoria, como una voz de armonium”.

Para cerrar esta selección de muestras de la prosa de *El sermón de la paz*, se transcribe un fragmento de carácter descriptivo, donde los elementos del paisaje están sensibilizados por la emoción del poeta: “*El cuadro es noble y transparente por donde quiera que se le mire: una acuarela de tonos ocre y violetas, que pudiera borrarse con una esponja. Una gaviota blanca que se abre sobre el cielo azul, basta para animar el aire, como si fuera una palabra; el amable pájaro se acerca silencioso, permanece a pocos metros de nuestras cabezas, nos deja ver bien su cuerpo modelado en algodón, los movimientos de su cabeza triangular terminada en largo pico amarillo, sus ojos como cuentas de vidrio”.*

Epilogo valorativo

Un juicio valorativo sobre *El sermón de la paz* impone, ante todo, responder a estas dos preguntas: ¿qué valor debe atribuirse a la concepción de patria que el libro defiende? ¿qué valor debe asignarse a la doctrina de derecho internacional postulada en relación con la concepción de patria expuesta? Una vez respondidas estas dos interrogantes, que se refieren a lo que constituye el centro en que estribó el autor para la ela-

boración de su ensayo, es posible acceder a la valoración total de la obra, que, en verdad, admite valoraciones desde otras perspectivas.

El concepto de patria expuesto por Juan Zorrilla de San Martín en *El sermón de la paz* se fundamenta, primero, en la idea de que el hombre es un *ser radicado*, y, segundo, en que esa radicación genera un sentimiento de comunidad con el ámbito — naturaleza y alma colectiva — en el que está radicado. El ser humano, por consiguiente, se experimenta como parte del un todo con el que es solidario. Si bien se piensa, esta concepción traduce emotiva y sentimentalmente una fórmula de riguroso valor filosófico. Y es la fórmula que fundamenta, y muy rigurosamente, el pensar filosófico de José Ortega y Gasset: “*Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo a mí mismo*”. No es ésto afirmar, desde luego, que el autor de *El sermón de la paz* haya elaborado su concepción a partir de la formulación orteguiana, ya que, en rigor, el concepto de patria postulado por Juan Zorrilla de San Martín proviene de vivencias experimentadas por él ya en su adolescencia. Al subrayar, pues, que entre la formulación orteguiana y la concepción del poeta de *Tabaré* hay coincidencias, sólo se procura destacar cómo la posición del segundo no es un mero estremecimiento emotivo sino una formulación de valor perdurable y con amplias ramificaciones en el orden del pensamiento, que se vincula estrechamente con la concepción providencialista de la historia, con resonancias religiosas, que sostuvo siempre el autor de *Tabaré*. (Y todavía cabe señalar que esa concepción providencialista no impide que el autor acuda, para sostener el por qué de la formación de *una* patria, a argumentaciones históricas, geográficas, étnicas, lin-

güísticas. Tal es lo que hace, en *La epopeya de Artigas* y en otros trabajos, cuando sostiene su teoría del Uruguay como país — o patria — *subtropical atlántica*.

En cuanto a la doctrina de derecho internacional, puede parecer ingenua a quien la interprete superficialmente y estime que se elude la consideración de complejos problemas de orden económico y social, explayando, por lo mismo, un pensamiento idealista carente de consistencia. En realidad, el autor ha procurado entrar tan sólo al corazón del problema sin proponerse la explicitación de normas prácticas, pero con la convicción muy firme de que cualquier norma práctica debe partir de los puntos de vista que en *El sermón de la paz* se plantean. Y por lo mismo, cita la opinión del político inglés Lloyd George: “*No veo, por mi parte, más camino de salvación que encauzar la política internacional por la vía cristiana del amor...*” Al adherir a esta afirmación, Juan Zorrilla de San Martín piensa que en esas palabras se halla la clave de las posibles soluciones para los distintos problemas pero no, desde luego, la fórmula práctica de cada solución, aunque sin una profunda vivencia de ese punto de partida, que, según afirma Lloyd George, debe encauzar la política internacional, no hay solución perdurable y valedera. Como ocurre en muchas ocasiones, el pensamiento del autor de *El sermón de la paz* tiene la apariencia de un ingenuo idealismo y, sin embargo, está entrañado en el corazón de la realidad.

Las valoraciones que anteceden responden a las preguntas que se plantearon al comienzo del presente capitulillo. De acuerdo con lo que allí también se afirmó, es posible acceder ahora a una valoración de *El sermón de la paz* encarada desde otra perspectiva que hará visible su dimensión total. La concepción de

patria y la doctrina de derecho internacional defendidas por Juan Zorrilla de San Martín en su ensayo se fundamentan en una visión del hombre en la que entran consideraciones de orden histórico, ético, metafísico y religioso. Esa visión se trasluce implícita pero nítidamente a través del enfrentamiento del tema central: la conciliación del sentimiento patriótico y la amistad entre naciones. Pero se manifiesta, asimismo, y en forma explícita, en los muchos pasajes donde el ensayista fundamenta conceptualmente su posición doctrinaria y en los que accede, con rigor, a especulaciones filosóficas. Como ejemplo de lo afirmado, puede servir especialmente el capítulo II — *La unidad* — de la segunda parte del libro. Esa visión, además, se transparenta en el núcleo emotivo de los pasajes de entonación lírica o poética. En ellos hay (como la hay, según Antonio Machado, en todo gran poeta) una filosofía implícita. En consecuencia: por su contenido, *El sermón de la paz* es un ensayo de índole filosófica cuya temática abarca una extensión mucho más amplia de la que concreta y circunstancialmente da origen al libro. Es, en este aspecto, un texto de valores perdurables que trascienden la limitación que podría imponerle el propósito definidamente *actual* — del momento histórico — en que se genera. A todo lo cual se agrega la jerarquía poética y estética del ensayo, ya suficientemente subrayada.

Encarado desde esta perspectiva, no es audacia afirmar que *El sermón de la paz* se ubica entre los textos de más alta jerarquía entre los que se han escrito en Hispanoamérica. Pero es necesario saber leerlo. Esto es: como un sondeo en realidades concretas para llegar a la expresión de un sentir y un pensar que trascienden el estribamiento concreto que los promueve.

Así, por ejemplo, en el capítulo IV — *Signo de vida y paz* — de la segunda parte, capítulo en el cual el autor se refiere a Ucrania, interesa menos la exactitud de lo que sobre Ucrania se afirma que las inferencias socio-filosóficas que extrae de su visión de la realidad histórica. La Ucrania que el ensayista *ve* es casi, y él mismo lo dice, una creación poética: una *estilización*. Ella vale como un instrumento eficaz para dar consistencia a su pensamiento, convirtiéndolo en imagen. Conviene tener en cuenta estas afirmaciones y recordar que si bien *El sermón de la paz* es un libro denso de pensamiento, es también obra de un ensayista en el que perdura indemne el poeta aunque se exprese en prosa. De un poeta que no entra en “*el número de los que juzgan incompatibles la verdad y la belleza*” y que siempre creyó que lo que “*se siente intensamente, bajo su aspecto bello inclusive, no es por eso irreflexivo*”.

El libro de Ruth

Catorce textos

Cuatro años después de la publicación de *El sermón de la paz*, Juan Zorrilla de San Martín hizo conocer un nuevo volumen de ensayos: *El libro de Ruth* (1928). El primero de estos dos libros, como ya se ha dicho, tiene su origen en la intensa conmoción que en su autor produjo la primera guerra mundial, y, aunque trasciende la finalidad que se propone inicialmente, es un libro escrito, así puede afirmarse, con un sentido militante o doctrinario en sus contenidos ético, social y religioso. Es, además, un libro estructurado como un ensayo unitario, aunque congrega diversidad de temas. Libro de distinto carácter es el segundo. No nació motivado por un acontecimiento externo, sino que fue formando, según expresa el autor, “*sin propósito deliberado y concreto*”, a lo largo de años, y con la sustancia de sus “*mejores horas y más intensas*”. No es tampoco un ensayo unitario sino una conjunción de ensayos varios. Lo doctrinario, por fin, no está excluido de estos ensayos, porque el autor, obviamente, no eludió nunca la expresión de sus convicciones religiosas, pero carecen del *tono* militante visible en las páginas de *El sermón de la paz*. Lo doctrinario adquiere en *El libro de Ruth* un tono de unciosa persuasión. En cuanto a los ensayos incluidos, suman trece más un breve epílogo, debiéndose agregar que algunas partes del libro habían sido publicadas muchos años antes, aunque sufrieron variantes al ingresar al volumen: *Lo bello en la música* y *Palabra y silencio* aparecieron en *Mundial*, París, en febrero y mayo de

1913; *En el principio, De la historia, La lengua interior y Actividades inertes*, en *Fray Mocho*, Buenos Aires, el 25 de octubre de 1913, el 20 de diciembre del mismo año, el 21 de diciembre de 1915 y el 29 de diciembre de 1916.

En las líneas que anteceden, se ha dibujado, mediante su cotejo con *El sermón de la paz*, una caracterización global de *El libro de Ruth*. Es necesario ahora penetrar más profundamente en el sentido del libro, señalando particularizadamente el contenido de cada uno de sus ensayos. No es ésta una tarea fácil. El pensamiento de Juan Zorrilla de San Martín (y con esto se completan afirmaciones ya hechas en relación con *El sermón de la paz*) mantiene en todo momento una sólida coherencia interna; en los puntos de vista sobre un tema definido gravitan sus convicciones sobre otros que le son concomitantes, de tal modo que es posible afirmar que en cada una de sus concepciones están implícitamente contenidos la totalidad de los centros vertebradores de su pensar y su sentir (que, por lo demás, están entre sí indisolublemente unidos, porque su pensar es un modo del sentimiento y éste una forma del pensar). El contenido de cada ensayo, puede, sin embargo, ser señalado, como se hizo con *El sermón de la paz*, esquematizándolo mediante una reducción a las líneas vertebradoras esenciales. Así se hará, a fin de lograr, a través de un rápido recorrido por los ensayos, según el orden que aparecen en el libro, un diseño de la constelación temática que el mismo configura.

Núcleos temáticos

En el ensayo inicial, titulado *De la dignidad de las letras*, el ensayista procura precisar qué es lo que da

a las letras y de acuerdo con lo que el título enuncia, su particular dignidad. Para ello, busca, primero, el motor, no para todos visible, de esa misteriosa actividad que incita a algunas *“criaturas racionales a engendrar su verbo en la contemplación de sí mismas, sostenida angustiosamente hasta la aparición de la Belleza en su forma predestinada y presentida (...).”* Ese motor *“es una función del compuesto humano o del espíritu visible, extirpada por la carne en los más hombres, predominante en pocos, plena en los hombres plenos que podríamos llamar de reproducción espiritual (...). En ese acto de auto-fecundación, el hombre ama su propia perfección relativa, en la criatura que se ha formado en su palabra, y que, como luz de luz, ha condensado en una claridad inaccesible. No anhela otra cosa: ver aquella criatura, para dar objeto a su necesidad de amar; verse y amarse a sí mismo fuera de sí mismo, en su propio verbo, que no es su propia persona, aunque sí su propia indivisible sustancia”*. Es esa capacidad de *reproducción espiritual* lo que confiere su dignidad a las letras. Pero el autor se interroga, hacia el fin del ensayo, para qué existe esa función en las almas fuertes. Y en una página, cuya intensidad emocional le comunica entonación mística, se expresa la sospecha de que tal función puede ser reveladora de la semejanza del creador con Dios y de la participación en su esencia. El segundo ensayo, titulado *Actividades inertes*, aunque por su tema parece distante del primero, está, sin embargo, vinculado a él. ¿Qué validez tiene el famoso aforismo que afirma que *“es preciso hacer las cosas aunque se hagan mal?”* Para llegar a una respuesta, el ensayista recorre un sutil itinerario conceptual, no despojado de humor e ironía, que le permite afirmar, contra el aforismo,

que *“el hombre que siente tener algo que esperar, porque algo espiritual se está construyendo en él, que espere; que no haga; que tenga desalquilada el alma algún tiempo siquiera, para recibir al enviado que ha de venir por su intermedio a los demás hombres (...)”* Esta actividad inerte, y de aquí la relación con el ensayo anterior, es la que se requiere para el ejercicio de esa función de *reproducción espiritual* en donde radica la dignidad de las letras. El ensayo concluye con estas líneas: *“Ese chasquido de palabras, es preciso hacer, azuza a los mulos, pero ahuyenta a las alondras: al sabio enamorado de una hipótesis; al poeta llamado por una estrella; al místico, enamorado de Dios, llevado por un arcángel”*. El tercer ensayo, *Decadencia y Renacimiento*, se vincula también con los dos anteriores. Su núcleo temático está constituido por el análisis de las causas por las que de una época de extraordinario florecimiento artístico y literario se pasa a otras de decadencia, y de éstas, a un nuevo renacer del esplendor perdido. En el ensayo se hacen muy penetrantes afirmaciones en relación con este tema pero el mismo sirve para que el autor agregue nuevos matices a las concepciones estéticas defendidas en los dos textos anteriores. Sostiene que en las obras geniales suele verse sólo *“la mínima porción de sustancia espiritual que pudo entrar en su frágil envoltura de líneas o colores o sonidos”* (...) y no suele advertirse *“la enorme cantidad que queda fuera del molde, y flota en torno de lo que de él se ha sacado, como un nimbo sutilísimo”*. Es, sin embargo, en ese nimbo donde reside la genialidad de la obra estética, o, dicho de otro modo, donde esa genialidad se revela: *“Ese sustancial resplandor es la forma intangible, la cosa existente sin la materia de que está hecha, aunque sea material, la*

sustancia eterna. Lo bello, lo sublime, sobre todo, en la obra de arte, no está en ella; lo que no está escrito es el poema; lo no modelado es la estatua". De este modo, el ensayista ha dado un paso más en la exposición de su doctrina estética de carácter espiritualista y trascendental iniciada en el primer ensayo del libro y continuada, desde otra perspectiva, en el segundo. En el cuarto ensayo, *Lo bello en la música*, la doctrina se amplía. En este ensayo, muy rico en penetrantes inflexiones de pensamiento, el autor postula sus puntos de vista sobre la esencia espiritual del arte musical. En acuerdo con lo sostenido en los ensayos anteriores, esa esencia espiritual (y, por ende, lo bello en la música) no se halla en la mera vibración sonora (o, por lo menos, no solamente en ella). Según el ensayista, la música, que es pensamiento sin palabras, despierta en el hombre el recuerdo de "*una humana lengua innata, como el canto del pájaro, no convencional como las que hoy hablamos, sino surgida del simple contacto del hombre con la naturaleza de que forma parte*". El hombre ha olvidado esa lengua innata, música primordial, que "*recibió de Dios en el paraíso*" y es "*la que los genios musicales quieren hablar recordando*". De donde se concluye que "*ese recuerdo es la Belleza en el sonido*". Los tres ensayos siguientes, *Actores y artistas, Palabra y silencio, El orador y la elocuencia*, se mantienen temáticamente en el mismo orden de ideas. En el primero, el ensayista analiza lo que diferencia al creador del intérprete; en el segundo, el valor del silencio y la palabra; en el tercero, el ser del orador y la elocuencia. Tras estos siete ensayos, que abarcan aproximadamente la primera mitad del libro, el autor entra en otras vías temáticas. El contenido del octavo ensayo, *La fe religiosa*, del noveno, *La lengua interior*,

y del décimo, *Nietzsche, Carlyle, Pascal...*, se relaciona con las convicciones religiosas del autor. Desde diferentes perspectivas, se analiza, en los dos primeros, muy breves, el *qué* de la religión y de la fe. El tercero completa ese análisis a través del estudio comparativo de los tres escritores que su título menciona. Ese estudio, desde luego, está realizado desde un punto de vista personal, tal como se señala en las líneas iniciales: *"Anoto algunas de las resonancias que siento en mi espíritu, tras la lectura de algunos filósofos que me he dado a releer, no sé si a estudiar, en este año que va corriendo..."* El análisis de la postura anticristiana de Federico Nietzsche constituye el núcleo de este ensayo. El cotejo del pensador alemán con Carlyle y Pascal está dirigido a precisar, por contraposición, los puntos de vista sostenidos en relación con el anticristianismo nietzscheano. En Carlyle destaca el *"silencio sagrado ante la Persona heroica de Jesucristo, que lo distingue de Nietzsche"*, y en Pascal ve el polo antagónico del autor de *Así hablaba Zaratustra*, porque Pascal es un gran cristiano y un hombre genial, *"con la claridad profunda y la luminosa sencillez que imprime su carácter a tales videntes de sí mismos"*. En lo que a Nietzsche mismo se refiere, sostiene que no es el creador de una filosofía sino, meramente, de un *procedimiento*, consistente en postular *"el cristianismo al revés"*. Es ese *procedimiento* el que ofrece interés para ser estudiado, porque *"sugiere reflexiones comunicativas o pintorescas, si uno se defiende, como es razón, del primer movimiento de enojo o natural irritación que provoca, que él quiere provocar, en los cristianos, con sus cínicas irreverencias contra la Persona de Cristo"*. A partir de estos puntos de vista, elabora el autor su texto, conciliando la sagacidad del

análisis con la expresión de su fe religiosa. Una gama muy amplia de ideas correlacionadas con el tema nuclear, expresadas con delicado vigor, enriquecen el ensayo, uno de los más intensos y originales del volumen. En el siguiente, *De la historia*, expone una concepción de ella en la cual se integran historia-arte e historia-ciencia. Es, por una parte, “obra de belleza o de arte, es decir, de invención o descubrimiento de espíritus visibles, de la verdad trascendental contenida en un cúmulo de verdades”, pero, por lo mismo, decir que la historia es obra de arte, “es decir que lo es científica por excelencia labor de investigación de la verdad o realidad recóndita que está en todas las cosas y todos los hechos como su esencia y a la que se llega por medios experimentales, de experiencia no sólo exterior sino interior, muy difíciles de apreciar”. El tema del ensayo siguiente, *En el principio*, es de índole social, ética y religiosa. El punto de partida para sus planteos se halla en esta pregunta implícitamente formulada: ¿el problema de la humana felicidad quedaría resuelto mediante una ordenada distribución de las “riquezas” de acuerdo con un buen principio regulador? Admitido que así sea, ¿cuál es ese principio? Los caminos especulativos recorridos a lo largo del ensayo son muchos, pero, y en acuerdo con sus convicciones religiosas, en todos ellos se encuentra la misma idea: no hay más *Principio* que el *Verbo* y el *Verbo* es *Caridad*, que no debe confundirse, aclara el ensayista, ni con limosna ni con beneficencia. La depuración de los conceptos de *Caridad* y *Propiedad* son núcleos temáticos medulares del ensayo y sobre ambos conceptos, y sus relaciones con la *Justicia*, la *Libertad* y la *Igualdad*, se razona sutilmente en estas páginas. Cierran el volumen una hermosísima glosa de

El libro de Ruth, del Antiguo Testamento, y un Epílogo en el que se explica por qué se ha dado al libro el título que lleva.

Síntesis final

La finalidad del recorrido efectuado a través de los ensayos que integran *El libro de Ruth* ha sido, por una parte, poner de manifiesto la amplitud del panorama de ideas que dibujan las páginas del libro, y que se hace notorio en la variedad de temas enfrentados, y, por otra, evidenciar cómo esas ideas, sólidamente trabadas entre sí, constituyen un mundo de pensamiento coherente. Por eso, se ha señalado el contenido nuclear de cada ensayo considerado como unidad independiente, pero, al mismo tiempo, se ha procurado subrayar las correlaciones entre los contenidos conceptuales de las distintas unidades. Esas correlaciones evidencian que *El libro de Ruth* no es una mera suma de textos arbitraria o azarosamente reunidos en un volumen, sino, en verdad, un libro compuesto como totalidad coherente, ya que un pensamiento vertebrador correlaciona todos los ensayos. Ese pensamiento es el siguiente: el corazón de la vida del ser humano se halla en su sentimiento religioso, pero no hay antagonismo entre Religión, por un lado, y Ciencia, Arte y Poesía, por otro. En un breve texto, que figura en el volumen III de esta edición, ese pensamiento queda precisa y nítidamente expresado. En ese breve texto, titulado *Luz de Luz*, se lee: *“La poesía es hija de la fantasía, que concreta y combina sensaciones para despertar sentimientos, por medio de la imagen, como la ciencia lo es del entendimiento que abstrae para descubrir verdades por medio del raciocinio. Pero am-*

bas son operaciones parciales de un alma sola, de la misma. La religión que lo es total del alma, que es toda su vida, principio y fin, como decimos, está sobre esas operaciones". Sentada esta preeminencia de la religión, concluye: "...si no hay antagonismo entre la ciencia y el arte, menos puede haberlo entre ambas y la religión; menos deben excluirse. El arte es hermana mayor de la ciencia, la precede, como hemos dicho, en los hombres y en los pueblos. Pero la Religión es la hermana primogénita de ambas; las precede y las refunde y las conduce". Este pensamiento está presente, asimismo, en *El sermón de la paz*, donde afirma que el problema de la guerra sólo puede encontrar solución en la depuración evangélica del sentimiento de patria. Del mismo modo, sería afirmable que en *El libro de Ruth* procura una depuración evangélica de algunas nociones fundamentales de estética, ética y sociología.

Otros ensayos

El volumen III

El volumen III de esta edición de *Ensayos* de Juan Zorrilla de San Martín está integrado por un conjunto de textos que no llegaron a integrar libros y que fueron incluidos en la edición de sus *Obras Completas* (Montevideo, Imprenta Nacional Colorada, 1930). De ellos, algunos completan la reimpresión de *Huerto cerrado* y otros, la de *El sermón de la paz*. Los primeros son los siguientes: *Sentidos espirituales*, *El monólogo de Hamlet*, *Muerte experimental*, *Segismundo y Dante*, *Sobre renovaciones*, *Piedras vivas*; los segundos llevan estos títulos: *Pensamientos*, *Aplausos*, *alabanzas*, *Humildad*, *Oh, la gloria*, *Para ver a Dios*, *Afinación de alma*, *Musical*, *Luz de Luz*, *Príncipe y gaucho*, *Ahorro y riqueza*, *El misterio de la muerte*. Estos textos se reeditan aquí en el mismo orden en que aparecen en las *Obras Completas*, con la excepción de *El misterio de la muerte*, que ha sido ubicado en el quinto lugar porque constituye una unidad con los cuatro anteriores. Esos cinco ensayos, en efecto, fueron publicados en las *Obras Completas* con la aclaración de que pertenecían a un libro inédito y tienen, además, similitud temática. Todas las páginas que integran el volumen III, conviene subrayarlo, mantienen una total unidad de espíritu, por su pensamiento y por su elaboración literaria, con *El sermón de la paz* y *El libro de Ruth*. Lo expuesto, en ambos aspectos sobre esos dos libros, hace innecesario, pues, extenderse en exceso sobre estos otros textos, sobre los cuales se harán, sin embargo, algunas rápidas observaciones.

Notas al margen

Sobre renovaciones y Piedras vivas fueron publicados como prólogos de sendos libros: *Antología páctica de la Academia de Literatura de Santa Fe y Colegio del Salvador, desde su fundación, el 1º de mayo de 1868, hasta mayo de 1918*. El primero, donde el autor expone algunos puntos de vista sobre poesía, tiene un fragmento particularmente interesante: el capitulillo IV, donde narra algunos de sus recuerdos en relación con Rubén Darío a quien conoció personalmente, y, al mismo tiempo, emite un juicio sobre la creación del nicaragüense, fallecido en el año en que el trabajo fue escrito; el segundo es una sintética y emotiva historia del *Colegio del Salvador*, donde Zorrilla cursó estudios. Los *Pensamientos* publicados a continuación de esos dos prólogos fueron, en su mayoría, dados a conocer por primera vez en *Proteo* (Buenos Aires, agosto de 1916) y *La semana universal* (Buenos Aires, 18 de enero de 1912). Algunos tienen la concisión y el pulido del aforismo: "Sólo viviendo con las manos abiertas podremos morir con las manos llenas", "Un libro sabe generalmente más que su autor", "Suspirar es llamar", "Dar por intermedio de los que no pueden dar es dar dos veces"; otros desarrollan con más amplitud una idea. Muchos de estos pensamientos están extraídos de o pasaron a diversos ensayos. En conjunto, dan una idea del pensamiento general del autor. Los breves textos titulados *Oh, la gloria*, *Para ver a Dios*, *Afinación del alma*, *Musical* y *Luz de Luz*, reiteran, con distinta forma, puntos de vista expuestos en los ensayos de *El libro de Ruth*. Son en sí mismas, páginas muy hermosas, pero, quizá, sólo sean el germen de los desarrollos más

amplios que aparecen en el libro citado. Por lo contrario, los ensayos titulados *Aplausos, alabanzas y Ahorro y riqueza* desarrollan con amplitud puntos de vista sólo insinuados en *El libro de Ruth*, donde, además, están encarados desde una distinta perspectiva. Con el mismo libro se vinculan por su espíritu, aunque accediendo a nuevas temas, *Humildad y Príncipe y gaucho*. En el primero, junto con una profunda especulación sobre la humildad ofrece el autor, en relación con su tema, una sutil interpretación del personaje don Quijote; en el segundo, coteja la actitud moral de Hamlet con la de un infeliz gaucho que ha matado y se resuelve en favor del segundo. Por la originalidad de su enfoque y el cuidado en su elaboración, estos dos ensayos se ubican en un nivel parejo al de los que forman *El libro de Ruth*. Idéntica valoración corresponde a los cinco (*Sentidos espirituales, El monólogo de Hamlet, La muerte experimental, Segismundo y Dante y El misterio de la muerte*) que al ser recogidos en las *Obras Completas* fueron indizados como pertenecientes a un libro inédito. Todas estas páginas giran en torno al problema de la muerte. Para su elaboración, el autor hace pie en dos ideas fundamentales que, expresadas de diversos modos, aparecen en distintos lugares de su labor ensayística: la primera de ellas es la de que existen *sentidos espirituales*, distintos de “*los que nos ponen en relación actual con el universo que nos envuelve*” y que pueden definirse “*como órganos de relación con otros universos*”; la segunda es la de que la muerte es, hasta cierto punto, una ciencia experimental que, en algunos santos, o místicos, alcanza su máxima plenitud. A través de estos cinco ensayos enfrenta y confronta diversas *vivencias de la muerte*: la de los egipcios y los griegos, la de

Hamlet, la de Segismundo, la de Dante, la de Santa Teresa, sobre la cual expresa: "Descorporizada *hasta donde es compatible con la vida mortal; muerta porque no muere, ella puede conducirnos hasta el extremo del camino transitable por el cuerpo vivo, y hacernos ver la muerte de cerca, y decirnos lo que en la muerte ocurre (...)*". El ensayista accede al tema de la muerte desde los ángulos de visión que le proporcionan estas dos ideas y lo hace en páginas estremecidas de sensibilidad y pensamiento, en las que, al mismo tiempo, va insertando temas laterales que enriquecen extraordinariamente el tema nuclear.

Un libro posible

El conjunto de textos comentados en el capitulillo anterior constituyen, por las correlaciones temáticas y el tono, una unidad con *El sermón de la paz* y *El libro de Ruth*. Es preciso señalar ahora que han quedado fuera de esta selección algunos textos ensayísticos del autor de *Tabaré* que, por su tono y tema, constituyen una unidad distinta y que pueden componer otro volumen unitario. Todos esos textos se refieren a la primera guerra mundial, pero en ellos se enfrenta el tema desde un ángulo de visión distinto al de *El sermón de la paz*. En este libro, no se analizan los hechos, sino que se expone, teniéndolos en cuenta, una doctrina, mientras que en esa otra serie de ensayos se analizan hechos y personajes y se denuncian concretamente los factores que según el ensayista fueron causas de la guerra.

Diez de esos ensayos fueron reunidos en un volumen póstumo titulado *Las Américas* (Montevideo, Editorial Ceibo, 1945); dos, *El canto de Aegir* y *La familia*

románica, figuran en la edición de *Obras completas*, ampliando la anterior edición de *Detalles de historia*; seis, *La profecía de Ezequiel*, *Los deberes de la victoria*, *Lo vencido*, *El Uruguay y la guerra*, *El espíritu vencedor* y *Foch, el francés*, se publicaron en la *Revista Nacional*, entregas de febrero de 1938, noviembre de 1940, febrero de 1944, marzo de 1945, setiembre de 1945 y setiembre de 1951, indicándose en todos los casos que el texto publicado pertenecía a un libro inédito titulado *La profecía de Ezequiel*. Sobre estos dos libros, *Las Américas* y *La profecía de Ezequiel*, proporciona algunos datos la *Advertencia* (seguramente escrita, aunque no firmada, por Raúl Montero Bustamante) que figura al frente del mencionado en primer término. Se lee allí lo siguiente: "*Zorrilla de San Martín comenzó a escribir este libro en los días más dolorosos de la guerra de 1914 y lo concluyó ya terminada la tragedia. No lo dio entonces a la estampa por la misma razón que reservó la publicación de otro libro, titulado La profecía de Ezequiel, también inédito, y que tiene íntima correspondencia con éste. Conceptuó el autor que ambos deberían ser libros póstumos o, por lo menos, que su publicación debía ser demorada algunos años, pues los temas que en ellos se tratan exigían que se tomara distancia de los sucesos que los inspiraron*". Pero estos dos libros no fueron los únicos en que trabajó el autor en esos años. Trabajó aun, un tercero que se titularía *El canto del emperador* o *El canto de Aegir* y cuyos originales se custodian en la Biblioteca Nacional del Uruguay. Constituyen un conjunto de 130 hojas. De ese libro, los tres capítulos iniciales pasaron a *El sermón de la paz*: los dos primeros capítulos constituyen la primera parte de este libro y el tercero, el capítulo primero de la se-

gunda parte. Los capítulos IV y V, *La familia románica* y *El canto de Aegir*, se integraron, como ya se ha dicho, a *Detalles de historia*, en la edición de *Obras completas*. Corresponde señalar, porque es un dato un tanto desorientador, que, no obstante integrar el conjunto caratulado por Zorrilla de San Martín como *El canto del emperador*, el capítulo que pasó a ser el inicial de *El sermón de la paz*, fue publicado como adelanto de *La profecía de Ezequiel* en la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay* (Montevideo, agosto de 1920). Cabe anotar, para completar estos datos, que algunos de los ensayos que forman *Las Américas*, fueron incluidos en la edición de *Obras Completas* y otros fueron publicados póstumamente en la *Revista Nacional*. En ésta se publicaron el *Preámbulo*, noviembre de 1939, y los capítulos VII y VIII, *Wilson* y *Las catorce Bases*, en noviembre de 1941 y junio de 1942; en la edición de *Obras completas*, los capítulos I y II (*Ariel* y *Calibán americanos*, *La advertencia al Presidente Monroe*), en *Detalles de historia*, los capítulos V y VI (*A mi América española*, *La religión de América*) en *Huerto cerrado* y el capítulo IX (*Democracia*), en *Conferencias y discursos*, tomo III.

El conjunto de textos a los que se acaba de hacer referencia constituyen, como ya se ha dicho, una unidad, tanto por su tema como por el tratamiento ensayístico que el autor dio al mismo. Habría, por consiguiente, la posibilidad de componer un libro que reuniera junto con *Las Américas* los capítulos de *La profecía de Ezequiel* publicados en la *Revista Nacional* y *El canto del emperador*, cuyos originales se conservan en la Biblioteca Nacional (con exclusión naturalmente, de los capítulos que pasaron a *El sermón de la paz*

pero incluyendo los dos, *La familia románica y El canto de Aegir*, ingresados en la edición de *Obras completas*, en el volumen titulado *Detalles de historia*). Este libro daría la visión que de la guerra de 1914 tuvo el autor de *Tabaré*. Y sería, sin lugar a dudas, un libro importante no sólo por los puntos de vista sustentados en relación con la guerra del 14 sino también por la riqueza de puntos de vista sobre otros temas, relacionados con el central, que el ensayista aglutina en torno a ese.

Epílogo - Resumen

Estos tres volúmenes de *Ensayos* de Juan Zorrilla de San Martín reúnen dos libros, *El sermón de la paz* y *El libro de Ruth*, cuidadosamente elaborados para su publicación, realizada en vida del autor, y un conjunto de ensayos que no llegaron a constituir libros, aunque fueron incorporados a la edición de sus obras completas. De este conjunto de ensayos, cinco, *Sentidos espirituales*, *El monólogo de Hamlet*, *Muerte experimental*, *Segismundo y Dante*, *El misterio de la muerte*, estaban destinados a componer un libro que, evidentemente, quedó inconcluso; dos, los titulados *Sobre renovaciones* y *Piedras vivas*, fueron escritos como prólogos a sendos libros; diez, entre los que se incluyen algunos textos, como *Pensamientos*, que no son estrictamente ensayos pero que se incorporan sin esfuerzo a ese modo de expresión, fueron publicados en revistas o permanecieron inéditos hasta su inclusión en la edición de *Obras completas*. Todos estos textos configuran una creación ensayística dotada de sólida unidad de espíritu, proveniente de las correlaciones

temáticas entre los distintos ensayos y de la identidad de tono que los vincula. Esa creación ensayística constituye un mundo de ideas y sentimientos muy rico en inflexiones y, al mismo tiempo, muy coherente en su estructura total. Es, asimismo, trazo característico de esa creación la armoniosa conjunción de lo conceptual y lo intuitivo poético: el pensar de su autor crece desde cáñidas raíces emotivas que, sin destruir la nitidez de sus conceptualizaciones, dan temperatura vital a sus ideas, y, a la inversa, los pasajes en que predomina el tono lírico se sustentan en una raíz conceptual. En estos ensayos, por fin, el autor expone pensamientos de valor universal, pero expresados desde un *yo* que hace sentir una voz personal inconfundible. Estos rasgos son definatorios de la fisonomía de la labor ensayística de Juan Zorrilla de San Martín y deben dibujarse muy visiblemente si se quiere componer esa imagen total del autor de *Tabaré* a la que se ha hecho referencia en las páginas iniciales de este trabajo.

ARTURO SERGIO VISCA

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Nació en Montevideo el 28 de diciembre de 1855, hijo de Juan Manuel Zorrilla de San Martín y de Alejandrina del Pozo. Entre 1865 y 1873 cursó estudios en Santa Fe y Montevideo. En 1877 se licenció en Leyes y Ciencias Políticas en Chile. Hacia 1872 se inició en la literatura. Más tarde escribió *La Estrella de Chile*, y publicó *Notas de un himno* (1877).

Regresó a Montevideo en 1878, contrajo matrimonio con Elvira Blanco e ingresó en la magistratura. Obtuvo la Cátedra de Literatura de la Universidad. Fundó y dirigió: *El Bien Público*. En 1879, dio a conocer el poema *La leyenda patria* en la inauguración del Monumento a la Independencia (Florida).

Bajo el gobierno de Santos, fue perseguido por su actividad periodística. Emigró a Buenos Aires en 1885 y participó en los preparativos de la Revolución del Quebracho. Enviudó en 1887 y regresó a Montevideo. Fue elegido diputado para la XVI Legislatura (1888-1891). Publicó en 1888 el poema *Tabaré*, del cual había hecho conocer fragmentos en 1883 y 1886. En 1889 contrajo segundas nupcias con Concepción Blanco.

En 1891 fue designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante España y Portugal. Con igual jerarquía pasó en 1894 a la Legación de París y desempeñó en 1897 una misión especial ante la Santa Sede. Separado de su cargo bajo Cuestas, regresó a Montevideo en 1898. Reasumió la dirección de *El Bien*, publicó *Huerto cerrado* (1900), y dictó la Cátedra de Derecho Internacional Público hasta 1904.

Nombrado Jefe de Emisión del Banco de la República en 1903, en él actuó desde 1905 como Delegado del Gobierno. Este año abandonó la dirección de *El Bien*, y ocupó la Cátedra de Teoría del Arte en la Facultad de Matemáticas. En 1907, el Gobierno le encargó una memoria sobre la personalidad de Artigas, la cual se convirtió en *La epopeya de Artigas* (1910).

En 1916 fue electo para la Convención General Constituyente, representando a la Unión Cívica. Publicó *Detalles de la historia rioplatense* (1917) y *El sermón de la paz* (1924). En 1925 se le tributó un homenaje nacional. Editó en 1928 *El Libro de Ruth* y falleció en Montevideo el 3 de noviembre de 1931.

Fuera de los títulos mencionados, Zorrilla de San Martín publicó en vida las siguientes obras: *El Bien Público*, *Diario Católico* (Mont. 1878); *¡Jesuitas! por Paul Feval* y *¡Jesuitas! por Juan Zorrilla de San Martín* (Mont. 1879); *Ofelia* (Mont. 1880); *Descubrimiento y conquista del Río de la Plata* (Madrid, 1892); *Resonancias del Camino* (París, 1896); *Conferencias y discursos* (Mont. 1906); *Discurso del Monumento* (Mont. 1923); *Hispano americanismo* (Mont. 1925); *Obras completas* (Mont. 1930). Luego de su muerte han aparecido: *Las Américas* (Mont. 1945); *Maris Stella* (Mont. 1951) y *Discursos, artículos y notas de Derecho Internacional Público* (Mont. 1955).

CRITERIO DE LA EDICION

Ha sido expuesto por el Sr. Arturo Sergio Visca en el Epílogo-Resumen de su Prólogo. Se ha actualizado la ortografía.

ENSAYOS

EL SERMON DE LA PAZ

EXORDIO

CAPITULO I

EL ALMA DE LAS COSAS

I

Llevaron, dicen, a Bernardino de Saint Pierre, el autor de "Pablo y Virginia", siendo niño, del campo en que se había criado, a la ciudad, por la primera vez.

Cuando estuvo junto a las torres de la iglesia, lo vieron mirar hacia arriba embelesado. ¡Cómo vuelan!, oyeron que decía...

No eran las torres, aunque alguien pudiera creerlo, lo que volaba y llamaba su atención; eran las golondrinas que, en torno de las veletas, daban vueltas en el aire, o se posaban, una al lado de otra, en las altísimas cornisas. El niño campesino no veía en las torres otra cosa que un nuevo elemento de relación, para apreciar la belleza y la alegría de los pájaros, sus amigos, sus recuerdos.

No es otro el objeto, si bien se mira, y si alguno tienen, de las bellas cosas visibles que no nos despiertan sensuales apetitos: el conducirnos al goce de las invisibles que alimentan de vuelos el alma humana. Esta, a diferencia de la del bruto con sus cinco sentidos corporales, cuenta con una especie de sexto sentido, el estético, la vista de lo recóndito, el oído de lo inaudito, por cuyo mayor o menor desarrollo se mide, me parece, el grado de perfección de un organismo in-

teligente. Ese sentido se encuentra, no muy desarrollado, pero sí muy puro, en el niño, porque ciertos deseos no han despertado en él. La persistencia de la niñez en la vida es el poeta, el artista, cuyas obras tienen por objeto el darlo a aquella nobilísima facultad; despertarla si está latente, estimularla o desarrollarla si ha aparecido. Ella es lo intermedio entre lo sólo espiritual y lo sólo material; vigoriza, aun en el orden sensible, la diferencia entre el hombre y el bruto. El hombre es el solo animal que tiene necesidad de lo superfluo, que no ha de confundirse con lo frívolo.

Por ahí se podría llegar, si no me equivoco, al verdadero objeto moral del arte, que bien puede ser, entre otros, el de atenuar nuestros apetitos groseros, con la revelación de otros deleites, capaces de hacer amable la vida; el de hacernos advertir las golondrinas que salen de las torres, hasta presentarnos como insignificantes las torres mismas, por altas que sean; el de impedir que el niño que muere paulatinamente en el hombre se muera del todo antes que nosotros.

La compasión que nos inspira nuestro semejante que carece de uno de los sentidos comunes, el sordo, por ejemplo, el ciego sobre todo, puede servirnos para apreciar la piedad que despierta en los elegidos el sujeto incapaz de percibir y gozar aquellos goces. Está privado de lo mejor de la vida; es un mutilado.

Los animales, que sólo viven para buscar la propia conservación y la de su especie, carecen por completo de aquella facultad; no miran las encinas a cuya sombra caminan, ni la proyección del encinar sobre el cielo azul; desean sólo y comen las bellotas, que reconocen por el olfato. Por eso los animales, entre los que hay artesanos excelentes, no tienen artistas; por-

que no perciben el alma de las cosas, ni crean, por lo tanto, los signos de revelarla, para hacer a los otros participantes de sus propias visiones. Que no otra cosa es el artista: el que nos toca el hombro, y nos hace advertir lo invisible; lo que miramos sin ver.

Como los animales no tienen fantasía, no saben de remordimiento, ni de virtud, ni de honor. En el simple instinto no cabe la abstracción, el vuelo, porque el alma puramente instintiva vive y muere o se disuelve con el organismo, según su naturaleza. Todos sabemos que la naturaleza de un ente se conoce por sus operaciones, y que éstas se distinguen por su objeto. Eso fue dicho la primera vez, si no me equivoco, por el filósofo griego; pero hoy es axioma de la filosofía perenne. El alma humana, como nadie lo ignora, conoce y quiere cosas inmateriales, espirituales, porque ella lo es; una cosa o sustancia espiritual, capaz de operaciones que no se conciben en la sola materia. El bruto no puede percibir tales objetos o existencias, ni, por consiguiente, amarlos ni odiarlos. No es religioso, ni artista, ni nada parecido. No hay en él naturaleza para tales funciones; no hay sujeto para tal objeto, como no lo hay en el hombre grosero para percibir las golondrinas de las torres, ni la pureza de las cosas desnudas. Los hombres en que toda niñez ha sido extirpada no perciben los cantos de los aires; huelen la estatua; arrancan con los ojos los graciosos pliegues que envuelven la belleza para revelar su misterio; comen carne de alondras.

II

Y bien: buscaremos algo de niñez en nuestras miradas.

En un extremo de Montevideo, mi ciudad natal, sobre el Río de la Plata, en una pequeña punta llamada *Punta Carreta* o *Punta Brava*, tengo yo un pedazo de terreno, que adquirí, cuando aquello era un desierto, por poquísimo dinero. Lo he cultivado por mí mismo, lo cavo, lo riego, y le llevo árboles vivos y semillas. Hasta puede decirse que yo he hecho esa tierra, como el holandés la suya, porque le he sustituido, en gran parte, la arena y la conchilla de que estaba formada por tierra negra vegetal.

Sólo yo sé la influencia de ese solar sobre el último tercio de esta mi vida que voy viviendo; por él he sabido de las estaciones, y del beneficio de las lluvias, y del brillar de las estrellas en su plenitud; muchos matices del año hubieran pasado inadvertidos para mí sin él; no me daría cuenta del momento en que florecen los árboles y cuajan los frutos; éstos, completamente muertos, me servirían sólo para comer.

Por él, en cambio, las tristezas de las plantas me dan tristeza, y puedo así, con cierto derecho, compartir también sus alegrías, como si fuera un hermano: una cabeza de cardo caída sobre el pecho nos parece una persona; una manzana a medio madurar, arrancada por el viento, nos da idea de una hermosura insepulta; uno la recoge, la mira con pena; no se resuelve a dejarla en el suelo para nadie; se piensa en las hormigas, en los pájaros, en alguien que pueda quererla.

La casa que allí he construido no es grande, y es también de muy poco precio; pero como está dada de blanquísima cal, puede, por su color de porcelana, satisfacer, me parece, el gusto más exigente. Es perfectamente amable, dígame lo que se quiera, con sus inocentes líneas, y sus techumbres ingenuas.

Nada puede darse de más insignificante que esa mi casa; pero no lo es para mí, por cierto. Como el terreno con la naturaleza, esa obra de arquitectura me pone en contacto también con ella, con la naturaleza, y me habla familiarmente del arte más propicio a incorporarnos a la tierra que habitamos. Y si alguien dijera que no es el caso de hablar de arquitectura cuando se trata de una casa dada de cal y con techumbre de tejas coloradas, ese dictamen no tendría maldito mi asentimiento; juzgo, por el contrario, que es la ocasión más propicia para hablar de arte, si, como yo lo creo, el arquitectónico no es otra cosa que la expresión sincera del objeto de una construcción, impresa en su forma sensible, según los materiales de que se ha dispuesto, y que no hay por qué ocultar. Su enemigo mortal es lo enfático, lo superfluo engañoso, que, como la cáscara de una fruta puesta en otra, esconde, en vez de revelar con gracia decorativa, la vida interior, o denuncia la falta total de vida. Nadie deja de distinguir un edificio muerto de uno vivo, aunque ambos sean recientes y estén habitados. La naturaleza no es lujosa; las estrellas son pobres; la vida es gratuita.

Otros han dicho ya, en otra forma, más o menos transparente, mucho de esto que yo digo, no lo dudo; pero lo que yo quiero expresar aquí de personal es el deleite que a mí me causa la idea de que aquello de que gozo y me satisface es barato, sin valor venal o poder de cambio; casi gratuito, como el aire del campo y la luz de la luna. No lo tengo para cambiarlo, *sino para mí, y para los demás*, que es el objeto de la propiedad: *mío*, no quiere decir sólo *para mí*. Yo pagaría mucho dinero por tener cosas baratas, producidas por mi ingenio, sin dinero, salvando de la des-

trucción lo que parece inútil, un pedazo de madera, una herradura, un cajón vacío, mientras dejo pasar sin pena de mis manos a las ajenas los grandes valores. Hasta llego a creer que es perdido para mí todo lo que no doy. Es acaso el defecto de mi vida: del predominio del sentido estético, casi identificado con el religioso, sobre los otros instintos y facultades; tengo la avaricia de lo que no vale; la tacañería de lo que no quieren los otros. Y el menosprecio, en cambio, acaso irracional, de lo que otros buscan como objeto de la vida, y que les cedo ¡qué le hemos de hacer! sin resistencia ni pena, y sin llevar cuentas.

III

¿Dónde encontraré la poesía? me preguntaba una vez irónicamente un cierto buen hidalgo particular, que desdeñaba el arte.

¡Oh, señor mío!, le decía yo con sinceridad; la encontrará usted en todas partes o en ninguna.

La belleza, efectivamente, la dicha relativa, única accesible al hombre, está junto a nosotros, nos toca la cara. Creemos que la felicidad y la belleza son algo extraordinario, que está siempre allá, del otro lado; que debemos encontrarlas en forma de un grande y pesado lingote, sin advertir que, reducidas a polvo de oro, las tenemos bajo nuestros pies. Es preciso detenerse a recoger polvo, pues. Sólo el reposo es el progenitor de lo bello, y es inseparable de la dicha. Si lloras por el sol, no verás las estrellas, dice el poeta. Entre el sol de hoy y el de la mañana está la noche estrellada.

La felicidad, sin embargo, es una cosa hecha de tantas piezas, que siempre falta alguna que se ha perdido; no hay que contar con ella en absoluto.

Y así la belleza, que ni siquiera nos es dado definir con alguna precisión. Acaso pudiera decirse que es un recuerdo que tiene el alma del país en que nació, de su vida anterior a la materia. Y todas las almas proceden de ese país lejano; todas son compatriotas. Y lo serán tanto más, cuanto más recuerden la región nativa, que no es otra cosa que la mente de Dios.

El arte es realización de esa belleza, como sabemos, por medio de signos sensibles: color, forma, sonidos, palabras; pintura, escultura, música... Son bien notorias, fuerza es confesarlo, las discrepancias de los hombres al respecto; unos creen bello lo que los otros feo; pero así como existe una conciencia universal sobre lo bueno y lo malo, no es posible dejar de reconocer una conciencia estética, que es, a la sensibilidad, lo que la ley natural al entendimiento. La belleza es la *verdad*; y la verdad en las cosas es el *carácter*. Obtener el carácter de un hombre feo es hacer cosa bella: Velázquez y sus enanos o sus bobos.

La virtud moral no consiste tanto en realizar sonantes actos heroicos, cuanto en cumplir los deberes habituales, que pueden dar ocasión a pequeños heroísmos. El cultivo de la virtud estética no es tanto la realización o el goce de valiosas obras de arte, cuanto el esfuerzo por saber hallar lo bello en todo cuanto nos acompaña. El hombre no puede vivir sin grandeza, y ella tiene que estar a nuestro lado, como los demás elementos de existencia. Todo puede ser grande; todo lo es. La música sinfónica, la escultura, la pintura son incidentes de nuestra vida, y propiedad sólo de algunos; pero todos somos dueños de la belleza difusa, de la armonía o el orden que sale de las cosas que nos rodean, entre las cuales está, en primer término, como el canto de los pájaros, la casa que habitamos; ésta será tanto

más artística cuanto más hecha para nosotros mismos, para cada uno de nosotros, no para todo el mundo, es decir, para nadie.

La casa no debiera ser, efectivamente, el individuo de un rebaño, que no deja de ser tal rebaño por estar compuesto de borregos de tipo convencional aristocrático, y de grandes carneros de la familia; ella será, por el contrario, tanto más bella cuanto más tenga de la del caracol, hecha de la propia sustancia, voluta perfecta. Debiera, como ésta, nacer con su dueño, parecersele, crecer con él y aun sobrevivirlo, como el tejado de la tortuga, que sirve de vivienda a las crías. La permanencia de la casa no se obtiene con dinero. La del millonario desaparece, y queda la del aldeano. Y hay más de nosotros mismos en nuestra casa que en nuestro sepulcro.

Algo de eso tiene, o ha querido tener mi casita de Punta Brava, cuya historia es casi la mía, la de mi espíritu. Comenzó por sus cuatro paredes y su techo de zinc; era todo cuanto yo podía hacer cuando la hice; era todo lo *mío*. No carecía de interés, con sus dos ventanillas y su graciosa solana o soportal de madera sobre la puerta; pero le faltaba estatura: no veía casi nada a su alrededor. Y la idea de darle el órgano de la visión nació de su propia naturaleza. Así nace el concepto de torre o atalaya. Una pequeña habitación saliente que tenía adosada creció por sí misma; con levantarle las paredes, hacerle en lo alto un pretil o parapeto almenado, y abrirle un agujero ojival que diera luz a la habitación superior, la torrecilla apareció airosa y robusta como la que más. Y perfectamente útil, por cierto, y razonada. Proyectada sobre el azul del mar, ella me recoge la porción de sol que a mí me toca en el universo. No necesito más para la vida, y queda sol de sobra para todos los vivientes.

Otro día, como se demoliera por su nuevo dueño la vieja y amplia casa que fue mía, y que construyó hace casi un siglo, el bisabuelo de mis hijos, prócer de la primera patria, obtuve una de sus puertas, y la hice entrada de mi casa. Se ajustó a ella a maravilla; sirve para entrar y salir; pero, sobre todo, para recordar y estar en reposo, viendo cómo corre el tiempo y se disipa. Y para hablar también, si a mano viene, de la historia de ésta mi buena tierra del Uruguay, que, sin ser tampoco muy grande, lo es bastante para llenar mi corazón, es decir, para ser la más grande de las patrias, pues sólo ella puede hacer eso, que no es poco: llenarme el corazón.

El día en que aquella construcción, con sólo crecer, hubo de cobrar su fisonomía definitiva y revelar una intención o pensamiento arquitectónico, llegó también. Se le agregaron entonces, a un lado y a otro, dos cuerpos cuadrados de edificio: bajo el uno, con su chimenea; alto el otro, con su tosco balconcillo de madera y su cobertizo de tejas en el ángulo, como las casonas montañosas; se corrió entre ambos cuerpos un portal de tres arcos lisos, de medio punto; se cubrieron los techos de tejas coloradas; se utilizaron viejas puertas y ventanas conocidas, azulejos arrancados a casas demolidas de la ciudad antigua, alguna alacena de las que se empotraban en el espesor de los muros, rejas desdeñadas auténticas, y otros materiales inservibles. Cobró así todo aquello el carácter de casona española que hoy tiene; pero no como simple fantasía, como hubiera podido cobrar el de un *chalet* suizo o el de un *villino* italiano, comprados con dinero, sino como expresión de su vida interior, como la casa del caracol, hecha de vida y de recuerdos. Esta misma descripción de mi casa colonial, más que una descripción, es toda

una doctrina, como se ve: es la que informa este libro o sermón caritativo, que quiere hacer amable lo propio, sin odio a lo ajeno y sin envidia; que ofrece algún bienestar a quien con recto corazón lo lea.

Esa es la historia, pues, digámoslo así, de mi castillo. Y como, sobre ser obra no de dinero anónimo sino del ingenio mío y de los míos, está lleno de recuerdos tristes y alegres de algunos años, puedo llamarlo mío, como los recuerdos que lo habitan y le son inseparables, mientras no sea ¡ay! demolido por algún nuevo dueño del terreno, cuando éste deje de ser tierra para ser ciudad, y valer mucho dinero destructor.

Ese nuevo dueño embellecerá el barrio, agregando su casa al rebaño arquitectónico que por allí caminará en larga hilera; las construcciones, atrailladas, recostadas las unas a las otras, tendrán entonces sus perinolas o grandes trompos de metal estampado, sus tapas de sopera a guisa de cúpula suntuosa que nadie ocupará, sus puertas por las que nadie entrará, y sus ventanas de invierno (*bow windows*) para verano. No le faltarán sus columnas, que no soportarán peso alguno, y sus ménsulas o repisas de fino material y extraña forma historiada.

No será todo eso regulado por el gusto o la conciencia estéticos, sino por otras facultades que los sustituyen: el prurito de ostentación que lisonjea la sensibilidad mental, que no es la estética; el deseo de copiar al vecino y superarlo si es posible, y demás análogas extravagancias. Pero no hay tampoco por qué mirar con ojeriza esas humanas debilidades de que todos sufrimos, quien más quien menos. Los demoledores o restauradores de mi torre podrían ser mis propios nietos, sin ser por eso dignos de vituperio. Que el hombre es más hijo de su tiempo que de su madre.

IV

Pero si mía es la casa, lo son, sobre todo, los árboles que allí he plantado, y regado, y defendido de las abominables hormigas. Sí, muy trabajadoras y ahorrativas, las hormigas; son pueblos industriales y fuertes, los hormigueros; naciones conquistadoras. Pero no son los cultivadores de frutos y legumbres, a buen seguro, quienes les consagran fábulas apologéticas, con menoscabo del honor de las cigarras cantantes. La inermecigarra no atesora, efectivamente; vive sólo del sol, sin quitárselo a nadie, como vive de sombra y de humedad el sapo, criatura también buena, y amable y musical, objeto constante, sin embargo, de desprecios y persecuciones de lo más injusto que conozco, por parte de los muchachos, sobre todo, sin duda porque no corre ni muerde. Ese pobre sapo es, como la cigarra, inofensivo, indefenso, benéfico; su voz de oboe coreada por las castañuelas de plata de las ranas que piden agua o la agradecen al cielo, y por el trémulo grito de los grillos, es una de las voces respetables de la naturaleza; hay un momento en ésta caracterizado por la voz del primer zorzal, y lo hay señalado por la del primer sapo. Son dos notas fundamentales de la grande orquesta. La misma enigmática figura del sapo, aunque lo vemos generalmente en cucullas, en actitud de ídolo suplicante, no carece de cierta dignidad. Muy pocos le han observado los ojos resignados y pacientes; que, a haberlo hecho, no lo mirarían con tanto desvío y antipatía. Bien pudiera ser un ente superior, un príncipe convertido en fea bestia, en castigo de algún pecado de amor impuro, el desventurado sapo.

Hay entre esos mis árboles algunos de singular mérito; los *ombúes* que allí tengo, por ejemplo, ocho o

diez, son magníficos. El *ombú*, dicho sea de paso, es el árbol que yo prefiero, no sólo por ser el que con más pasión se abraza a su madre, y madre mía, la tierra en que ambos nacimos; no sólo por su opulenta forma, sino porque no se come; no despierta apetitos; no es maderable; ni siquiera sirve para el fuego. Pero nos da sombra, el mejor fruto del sol, nuestro mejor amigo: sombra.

No es esto decir, claro está, que yo no estime en lo que valen los árboles frutales que allí cultivo; los perales, pongo por caso. Los hay, plantados por mí, que han producido hasta una docena de peras, y aún más, perfectamente maduras, como hay higueras que han dado sus higos, y algunas palmas con su gran racimo de cocos, que, si bien un poco agrios, (*cocus campestris*) tienen una piel amarilla azucarada, muy buscada por las avispas.

No pueden faltarme las flores, por supuesto; pero, para no caer en prolijidad de mal gusto, sólo mencionaré las enredaderas, cuyas campanillas azules se abren por la mañana, y se cierran cuando anochece. Las madreselvas, sin embargo, que respiran en las tardes de verano y las llenan de olor a miel de abejas, deben ser aquí también recordadas, porque son, para mí, las flores por excelencia. Y mucho más cuando su olor se mezcla al de los jazmines. Hablo de los del país, de los jazmines blancos, de los fríos que vuelan en la planta, y que parecen estrellas de muselina; no de los llamados del Cabo, carnosos, neurálgicos, casi comestibles.

Las tardes realmente bellas son ésas: las que huelen a madreselva; por ellas he llegado a creer en este nuestro pobre sentido del olfato, tan desacreditado por algunos. Y no hay para tanto. Que si bien está en lo cierto quien afirma que ese sentido tiene mucho de

contacto material, y no la pureza de la vibración sonora, no es tan irracional como pudiera creerse la analogía entre una ráfaga de madreselvas y una melodía de Bellini, que, al caer de la tarde, sale, de un piano desconocido, por una ventana abierta en lo alto. Yo concibo perfectamente un poema hecho de olores; el de la madreselva me trae vuelos de risas en el aire, voces de niños que juegan antes de irse a dormir; el de las azucenas parece cantar la Salve en mi memoria, como una voz de armonium.

V

El paisaje natural que allí me rodea tiene todo cuanto es dado desear: nitidez de dibujo, riqueza y armonía de tonos, luminosidad, expresión definida. El Río de la Plata, que ocupa todo el horizonte y se llega con sus aguas hasta mi puerta, es el protagonista, como no puede menos, de mi drama de color. Es una fiesta de los ojos ese nuestro *río como mar* de los indígenas. El verde azulado, que es su tono ordinario, se transforma y tornasola, pero sin que el agua pierda su fluidez, ni olvide su terrestre procedencia. Unos días predomina en él el verde esmeralda; otros el azul cobalto; nunca el ultramar del Océano, o el lapizlázuli del Mediterráneo, que parecen resistir todo abrazo afectuoso con los verdes y los ocre de la tierra, a la que no reconocen como madre; son hijos de la infinita transparencia. En el Plata, hijo de las ausentes montañas, todo es atenuado: los tonos y el movimiento, los peñascos y las olas. La proyección del verde de los árboles, del verdinegro de los eucaliptos, entre otros, sobre aquel azul, forma una armonía de color, un color interno, como no he visto en otra parte.

Las corrientes, o los vientos, o los reflejos del cielo lo parten, en los días serenos, en simétricas franjas, como largas piezas de distintas telas de seda, o le ponen añadidos irregulares; la luz lo siembra de estelas con sus lentejuelas chispeantes de acero; las olas saltan sobre su superficie, como salidas del aire. Creo que yo distinguiría entre mil el color de esas aguas, la forma de esas olas, la temperatura de esos vientos.

Nuestro suntuoso estuario recorta sus perfiles en la dentellada costa de piedras negras, y forma como el relieve de un mapa continental: las ensenadas, los promontorios, las islas. Cuando el mar baja, (nosotros llamamos indistintamente mar o río a nuestro Plata) cuando el mar baja, las piedras que deja en seco alternan con las lagunas saladas y con los pastos; cuando crece, todo queda en el agua verde ondulante; las rocas más salientes aparecen y desaparecen, como cabezas de náufragos.

Esas costas, que, en dirección al Norte, se extienden hasta perderse en una punta lejana, terminan hacia el Sur, muy cerca de mi casa, en el pequeño promontorio de *Punta Brava*, casi aislado, sobre cuyas rocas acantiladas se yergue muy graciosa la redonda torrecilla del faro, con su linterna amiga; algunas rocas negras, continuación submarina de la punta, salen del agua a alguna distancia, y a ellas se llegan las espumas y las gaviotas.

El cuadro es noble y transparente por dondequiera que se le mire: una acuarela de tonos ocre y violetas, que pudiera borrarse con una esponja. Una gaviota blanca, que se abre sobre el cielo azul, basta para animar el aire, como si fuera una palabra; el amable pájaro se acerca silencioso, permanece a pocos metros de nuestras cabezas, nos deja ver bien su cuerpo mode-

lado en algodón, los movimientos de su cabeza triangular terminada en largo pico amarillo, sus ojos como cuentas de vidrio. Una hilera de negros patos marinos, zaramagullones, (*biguás* les llamaban los indígenas) pasa de vez en cuando, apresurada, con rumbo desconocido, como una procesión de cruces de hierro que agitan los brazos escuetos; con los cuellos de tortuga extendidos, se dijera estilizados, escapados de los cuarteles de un blasón heráldico. La voz de un *chingolo* que hace sus gárgaras sonoras, terminadas en un quejido, o la de una *ratonera*, especie de juguete mecánico que hace sonar sus pequeños besos en semicorcheas, y salta, más que vuela, entre los alambres del cercado, bastan, con el grito de algún *hornero*, para dar su voz a este paisaje de simplicidad encantadora, tachonado en verano de golondrinas, que persiguen la propia invisible sombra en el aire.

Con sólo andar doscientos pasos hacia el Sur, y des-puntar la colina que defiende mi casa de los vientos del Oeste, se llega a la punta del faro. A medida que se adelanta, la ciudad, que está detrás de esa primera cuesta, va saliendo del extremo de la segunda, precedida de su Cerro; la sorprendemos, pues, de espaldas, ocupada en mirar hacia ese Cerro o pequeño monte que le da su nombre, *Montevideo*, y que a su vez la mira de frente, bahía por medio.

No gozamos del aspecto de anfiteatro que distingue a nuestra ciudad, tan alabada de esbelta; pero la colina que por este lado desciende al mar no es menos armoniosa, con su blanco caserío que se dijera pintado sobre su espalda, y que se desgrana a medida que baja a la orilla: el cementerio que asoma sus cipreses detrás de las tapias, una cúpula redonda, torres finas y chimeneas allá lejos, el horizonte gris azulado, por fin...

CAPITULO II

LA IDEA DE PATRIA

I

¡Cómo vuelan!, decía el niño campesino, cuando veía por primera vez las torres de la ciudad.

Y lo que volaba no eran las torres; eran las golondrinas, que parecían salir de ellas.

Nosotros, en presencia de nuestro paisaje, oiremos el vuelo de lo que canta más allá de las gaviotas y de las golondrinas: el de las ideas que salen también de todas las cosas, como el pensamiento del universo.

No hay tal pensamiento del universo, sin embargo; sólo el hombre piensa entre las criaturas visibles. Lo que yo encuentro en la naturaleza no está en la naturaleza; está en mí mismo, sin que esto sea poner en duda la realidad objetiva, por supuesto. Es otra cosa. Llevamos en nuestra fantasía la mañana y la noche, la primavera y el invierno, la voz del trueno y la del pájaro. Y las palabras insondables, y las ciudades deshabitadas, y los desiertos llenos de voces.

Afirmar que los objetos son tristes o alegres porque nos producen tristeza o alegría, es como suponer que tienen memoria porque nos despiertan recuerdos. ¡La memoria de las cosas, de los colores, de los sonidos!

La alegría de la oscuridad es la risa de un ciego; la tristeza de la luz es el llanto de un niño diáfano; la influencia de las cosas en nosotros es la memoria del uni-

verso de que formamos parte. Que uno no se acuerda más que de sí mismo, en resumidas cuentas.

La expresión ¿es acaso memoria? ¿Es memoria el arte, por consiguiente? Pueden ser: memoria de cosas interiores, no sentidas.

Cuando en nosotros no hay paz y alegría, las cosas no son nuestras amigas; no nos acompañan. Se llenan, en cambio, de serenidades, y de pensamientos caritativos, y de consejos, cuando les damos la resignación de nuestras almas.

Cuando no hay alegría, dice un hombre bien pensado, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo, y hace de él su cubil. De cuando en cuando, da un aullido lastimero, y enseña los dientes a las cosas que pasan. . .

Y además, cuando no hay alegría, creemos hacer un atroz descubrimiento: percibimos, con extraña evidencia, la línea negra que limita cada ser, y lo encierra dentro de sí mismo, "sin ventanas hacia afuera"... Ese es el descubrimiento que hacemos por medio del dolor, del físico sobre todo, como por medio de un microscopio: la soledad de cada cosa. Seguimos, con la mirada, la espalda curva, rendida, de cada cosa, que sigue a su vez su trayectoria solitaria.

Es lo contrario de eso, efectivamente, lo que yo he sentido y siento habitualmente, ante el paisaje que miro largas horas desde mi torrecilla: siento "la sociedad de las cosas". Ellas también, las cosas, sin excluir las estrellas, han nacido, como los hombres, y como las naciones, para vivir en sociedad, no me cabe duda.

Hermano lobo, hermano sol, hermana agua, hermano fuego, decía San Francisco, el pobrecito de Asís. San Francisco de Asís no estaba nunca solo; la oscuridad, como la luz, era su hermana.

Lo que es "propiedad" en el agua que busca su nivel, es "instinto" en el pájaro que busca materiales para el nido, y es "facultad" en el hombre que anhela el bien. Propiedades, instintos, facultades, he ahí las potencias de este inmenso organismo de la creación, sociedad de cosas visibles e invisibles, hechas por Dios las unas para las otras, y todas para gloria de su nombre.

Nada en la naturaleza está aislado, efectivamente, por más que sea la unidad el manantial de todo: la unidad, *lo entre las cosas*. No hay raya negra en los contornos de los objetos; todo se auxilia y compenetra en el ambiente de luces y sombras; los reflejos de unas cosas en otras, de las visibles y de las invisibles, forman la armonía de las esferas, que es la paz. Darse cuenta de que Dios no ha sido menos bueno al darnos la sombra que al darnos el sol es la sabiduría. Si así como ponemos un poco de agua en nuestro vino, aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo, y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonamos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso, cuando es muy feliz, debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren. El dolor ajeno es el deleite de los perversos; la suprema diversión del hombre pagano fue siempre el espectáculo del dolor y de la muerte de su semejante.

II

Nadie ha dejado de traslucir, sin embargo, en mi amor ingenuo a mi paisaje y a mi casa rústica, el predominio, en mi vida psíquica, de un sentimiento que, como las golondrinas, alrededor de las torres, se ve

volar en torno de todo esto, y que se relaciona con esa sociedad de todas las cosas de que tratamos; hablo, claro está, del amor a la tierra en que uno ha nacido, y que es la casa de la Patria; del propósito de estilizar su belleza, y de hacerla amable del mayor número, y respetada.

No es otro, efectivamente, el propósito que me conduce al detenerme tanto en estas frivolidades; hacer sensible el concepto verdadero de patria y de patriotismo, que, si es realmente una virtud, y no un feo vicio, tiene que ser una cosa muy distinta de lo que generalmente se cree. El problema de la guerra no tiene más solución que ésa: la depuración evangélica del concepto de patriotismo.

Ese sentimiento de patria, o *terra patrum*, o patrimonio colectivo, existe en el fondo de todo amor humano a la naturaleza; radica en él quizá. El universo se divide para el hombre en dos fracciones: la patria de un lado, todo lo demás del otro; pero sin que exista entre ambos la raya negra. Ese concepto de patria, continuación o ensanche de la propia casa habitada por los recuerdos, es, a mi juicio, el solo verdadero. Como mi solar de terreno es tanto más amable cuanto más cultivado por mi mano, la patria es tanto más patria cuanto más la hemos servido y honrado con nuestro amor, o ungado de nuestro dolor. Su historia es la de mis árboles; su bandera nos recoge todo el sol que el universo produce para nosotros. El resto ahí se queda; es de los demás vivientes; para las otras banderas. Y no lo necesito para ver bien los colores de la mía, y sentir la vida en su plenitud.

Ese amor, "elevado del rango de sentimiento al de virtud", es lo que se llama patriotismo; hecho pasión desordenada o irracional, es el vicio colectivo que hemos de extirpar.

Bien es sabido que algunos innovadores (Tolstoi es su más sonado intérprete) dice que el patriotismo “es sentimiento egoísta, inspirador de guerras, y destinado a desaparecer, para ceder su puesto al sentimiento de fraternidad universal”; pero esos han tomado por patriotismo lo que no es tal cosa; han visto en él un sentimiento principalmente negativo o de exclusión, siendo así que es esencialmente positivo, de solo amor. La ciencia no tiene patria, le decían una vez al francés Pasteur. No, no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí. ¡Quién me diera ser sabio, digo yo, ser grande entre los hombres, para que mi patria *me tuviera!* El mundo entero no me importa tanto.

No es otra la causa de por qué “no se es profeta de su patria”. Nada más puesto en razón, ni más ocasionado a la virtud del patriotismo. El amor de la propia tierra, el de los hombres que la habitan, nuestros próximos hermanos, es y debe ser el más precioso, el más caro por consiguiente; el que ha de conquistarse, por lo tanto, con mayor esfuerzo, y a costa de mayores contratiempos. No te irrites, pues, contra tu patria, porque te dé ocasión de ser fuerte, es decir, virtuoso. Merécela, si la quieres.

III

Uno tiene necesidad, no cabe duda, de concentrar la tierra, para hacerla objeto de su cultivo espiritual, en un pedazo de su habitable superficie. ¿Has de romper todo el planeta con tu arado?

Y como el de la tierra, uno concentra y cultiva el amor al hombre en el que profesa a los que le son más próximos o parecidos, y le están ligados por el amor común a las cosas, y por las comunes cualidades y de-

fectos. Sólo por ahí se va al amor a la humanidad, y hasta al amor a Dios. Si no amas a tu hermano a quien ves, dice Juan, el Evangelista, ¿cómo amarás a Dios, a quien no ves?

Los hombres buenos hablan de *su tierra* como de una parte de sí mismos. Los hijos de las montañas suntuosas nos suelen hablar de ellas con cierto orgullo de heredero rico. Que sea en buena hora. Yo, hijo de este Río de la Plata sin horizontes, y de sus colinas, me sentí abrumado, debo confesarlo, cuando vi por primera vez una cordillera; casi tuve envidia. Pero bien mirado, aquello me imponía sin impresionarme. Un pensamiento extravagante quedó vibrando en mi espíritu: me pareció que allí casi no había tierra habitable para el hombre, porque toda ella, y hasta gran parte del cielo, estaban ocupados por sus formidables dueños, las montañas. El hombre se me antojaba allí un huésped, un transeúnte; los edificios, por suntuosos y cimentados que sean, siempre parecen chicos, provisionales, siempre recién hechos, al lado de aquellas enormes arquitecturas antiquísimas, sin puertas ni ventanas, en que la tierra proyecta hacia afuera los relieves y la forma de su vida interior, con el sentido oculto de sus profundidades. No hay torre que resista la proximidad del "Corcovado" de Río de Janeiro; no hay construcción posible, al lado del "Pan de Azúcar"; los hombres andan en las rugosidades de aquella tierra sublime, que no modifican con su presencia, como si guardaran silencio, como conspiradores encarcelados. Las mismas piedras, al formar el edificio, han obedecido, más que a la voluntad del hombre, a una fuerza incógnita que las devuelve a las canteras maternas.

Tampoco la llanura ilimitada me causa impresión amiga, debo confesarlo; echo en ella de menos los se-



gundos términos; me parece el peldaño inmenso de una escalera de un solo peldaño. La llanura, *la pampa*, es para pasar lo más aprisa posible, no para quedarse; es para otros que vienen detrás. En la llanura se siente un solo angustioso deseo: llegar, llegar a alguna parte. La extensión enorme es, para mí, tan inadaptada a la expresión profunda del alma humana como la montaña.

Otra cosa es la docilidad de la colina verde; se dijera que se inclina, como el dromedario, para recibir el peso de su dueño; una choza humana toma posesión de ella, y la hace vivir; la ocupa por completo, y la transforma; una cúpula la engrandece y la llena de gloria, como el jinete a su corcel.

La cúpula de Miguel Angel se levanta como señora sobre las colinas de Roma, que son su proporcionado pedestal; se la ve en todas y de todas partes; el cielo sale de ella como el nimbo del casco de un arcángel. Colocada en el Apenino, moriría estrangulada; en el desierto, se la tragaría la Esfinge. El pequeño cerro de la bahía de Montevideo, de que hemos hablado, sería sólo una sinuosidad graciosa del terreno, si no tuviera la antigua inocente fortaleza que tiene en el vértice. Con ella, el armonioso montecillo es un guardián ceñudo y formidable de la ciudad. La vieja construcción es el espíritu o el pensamiento del monte, símbolo, a su vez, de la patria fuerte, señora de sí misma, señora nuestra.

IV

Sea de ello lo que fuere, y mientras admiro el genio de los grandes montes ajenos, y dejo correr las llanuras hacia sus horizontes, yo concentro mi amor al universo en este paisaje mío que me rodea, y cuyo con-

torno, determinado por la línea que traza el mar en la tierra hospitalaria, se pierde en el azul de las lejanías, hecho de muchos azules... Veo a lo lejos, desde mi terraza rústica, la isla de Flores, posada en el sitio impreciso en que el agua se separa del aire. Son tres pedazos de tierra o de roca, que parecen salidos a nado de nuestra costa, para tomar posesión de nuestro horizonte, y sentarse en nuestra puerta con una luz en la mano. Son bloques de mármol blanco, algunas veces, que toman coloraciones distintas, según la hora y el estado de la atmósfera; pequeños promontorios negros, otras veces, cuando se envuelven en sus nieblas y encienden su lámpara acompañante, de relámpagos amigos. Se nos ofrecen más o menos próximos o alejados, según los caprichos de la luz difusa; hay momentos en que, revelados por ésta, se dijera que acaban de aparecer en el horizonte, blancos, ingenuos, y que los vemos por primera vez; en otras horas, los busco y casi no los encuentro; se han ido, o se han escondido en el aire.

Mucho más lejos, cuando éste es diáfano, se distinguen, con bastante precisión, en el horizonte del Este y del Norte, las alturas de nuestra costa atlántica, como ligeras nubes: la Sierra de las Animas, Pan de Azúcar, los montes de Maldonado, que nos exploran el mar. Esas montañas no son tales, propiamente hablando: son sólo elevaciones de las colinas, por las que asoma la osamentación granítica de la tierra. Como todo lo de la nuestra, esas alturas o asperezas son ponderadas y armoniosas, grandes pero no enormes, elevadas pero no inaccesibles; lo son, hasta sus cumbres, al hombre y a la espiga, al águila y al jilguero, al caballo y a la perdiz: son todas de panllevar; más que brotadas del fondo de la tierra, parecen caídas del aire, y arraigadas

en las entrañas del suelo, que las ha envuelto en su mantillo verde.

La unidad, la proporción armoniosa, son rasgo distintivo de esta mi heredad nacional, como lo fueron de la antigua Grecia, nuestra abuela, en la que dieron nacimiento a los bellos mitos inmortales. El mar, color de vino o de violetas, era allí propicio al navegar de barcos con velas de púrpura, movidos por remos al son de flautas; un chorro de agua transparente, un pedazo de roca con un poco de musgo y un arbusto eran bastante para habitación de una divinidad riente; una pequeña montaña, el Olimpo, era digna residencia, y armoniosa, de los dioses todos que no existieron.

En esas mis melodiosas montañas uruguayas viven esos dioses.

Estos no existieron, pero viven en alguna parte, y tienen sus creyentes.

V

Guiado por las lejanas serranías, sigo yo, con el pensamiento, la costa de la patria, en que resuena la voz de nuestro pedazo de Atlántico, lleno de dioses; adelante en dirección al Norte, hasta nuestra frontera con el hermano Brasil, y, torciendo entonces, tierra adentro, hacia el Oeste, hasta dar con el río del Uruguay que nos da su nombre, descendiendo por ése nuestro fuerte progenitor, entre las islas innumerables, en busca de mi punto de partida.

Y de nuevo frente al Río de la Plata, al Cerro de Montevideo; de nuevo en la casa blanca y chica de que he partido, y que es el centro de mi universo, me parece que he recogido mi país todo entero con los dos brazos; que él no es sino un ensanche espléndido del

pedazo de tierra cultivado por mí, sin nada exótico, nada que no sea mío y de mis hermanos: la lengua española adaptada a nuestro acento; los ríos que alimentan al Uruguay; los bosques indígenas que beben en esos ríos; las colinas gemelas que ondulan en su "divino silencio verde", y en que los ganados innumerables, vacas, ovejas, caballos, comparten su pan con el avestruz salvaje y con el venado; los árboles de nombres primitivos, que cantan en sus pájaros tonadas de la misma lengua, afinadas al ruido de los arroyos bordados de *camalotes*, al olor de los pastos, al vuelo de los pájaros: de los sonoros "*teruteros*" que anidan en la tierra; de los "*horneros*" fabricantes de cúpulas; de las palomas torcaces que viven en los cardales, y de las garzas luminosas que alegran el juncal. Todo ello está en armonía con el hablar de los hombres y el reír de las mujeres; con el canto de las madres que amamanantan niños; con los nombres pintorescos habitados por la historia que nos es querida.

Sin que esto constituya todo el sentimiento de patriotismo, hemos de convenir en que esa sociedad del hombre con la naturaleza forma parte integrante de ese amor a algo terreno que debe sobrevivirnos a nosotros y a nuestros hijos; de algo perdurable en el tiempo, y que parece sagrado.

Yo estoy persuadido, por ejemplo, de que mi frívolo alegato en favor de las lomas, en su pleito estético con la montaña y la llanura, ha causado alegría a los hijos de las colinas, mis hermanos.

Se han creído personalmente aludidos en la defensa; se han sentido colinas, como yo.

Una vez, una de tantas, percibí, con particular intensidad, esa fuerza de cohesión entre el hombre y las cosas. El hecho ocurrió, en uno de mis viajes al través

del mundo, cuando visité el jardín zoológico de Madrid, muy rico y ordenado, por cierto.

¿Y no tienen ustedes ejemplares de la flora americana? preguntaba yo al reputado dueño de aquella casa, don Miguel Colmeiro, después que me hizo conocer sus tesoros.

Allí hay un ejemplar del "*Pircunia Dioica*", me dijo el amable sabio.

Y fuimos a ver el "*Pircunia Dioica*". . . Me cuesta confesar que casi sentí una lágrima en los ojos, ésa es la verdad, cuando advertí que el árbol que me mostraba era un "ombú", el árbol de mi tierra, que allí, con un nombre exótico, fuera de su clima, crecía enteco y doloroso. ¡Ni siquiera sabían cómo se llamaba!

Aquel árbol me pareció un hermano enfermo, que me estaba esperando antes de morirse de frío en su soledad. Sentí el deseo de abrazarlo, de consolarlo. El sabio botánico no sabía nada de eso: del alma del árbol; de sus relaciones con la mía.

Es menos frívolo de lo que parece este recuerdo. No quiero decir que esa comunicación del hombre con la naturaleza sea la causa del alma nacional; pero sí que es su inmediato efecto y su símbolo. Un árbol es tanto o más que una bandera. No es porque amamos esas cosas, árboles y banderas, por lo que constituimos un alma colectiva; pero ese amor nos la revela; nos hace sentirnos el alma.

Los filósofos distinguen con bastante precisión el carácter subjetivo de la imagen interna, engendrada en el hombre por la sensación. Uno de ellos observa cómo cada individuo tiene su modo peculiar de imaginar; llama al hecho "*la personalidad de la imaginación*". Me parece muy bien. Aunque la visión de un caballo, por ejemplo, es la misma de un negociante, en un "sport-

man", en un pintor o en un indiferente, "el fantasma" que cada cual se forma del caballo, en su ausencia, es completamente distinto. Esa observación se hace extensiva a las razas, a los pueblos, a las épocas, y el arte la confirma. El fantasma de un toro no es el mismo en un torero y en un *cabañero*, en un hombre inglés y en un español. El fantasma de una mujer era distinto en el egipcio y en el griego, sin confundir esa transformación colectiva con la transformación de la mujer amada, por ejemplo, en el cerebro del amante, que, si bien análogo, es obra del corazón de cada uno. Pero la observación es aplicable, sobre todo, al puro concepto de Patria, que yo quiero inculcar. El fantasma de las cosas de la tierra nuestra es distinto en nosotros y en los demás; es el mismo en los de la misma tierra. La imagen o fantasma del "ombú" en mi espíritu no es idéntica, ni mucho menos, a la del "*Pircunia Dioica*" en el del botánico español; pero sí muy parecida, quizá idéntica, en el alma de todos mis compatriotas.

De eso procede lo que suele llamarse "estilizar" en arte: son las cosas copiadas del original interno que se forma, no en un hombre, sino en un pueblo o una raza; de ahí la creación artística.

VI

No es esto decir, por supuesto, que no puedan existir y no existan patrias verdaderas, grandes y complejas. Las hay, no lo dudo, que, por su intensidad de espíritu, serían dignas de ser pequeñas; pero observemos que, en ese caso, la patria grande, tanto más precaria cuanto menos próxima de la unidad espiritual, es una conglomeración de patrias chicas, unidas, más aún que por

el corazón, por el entendimiento, cuando no por la fuerza. Y confesemos que la extensión es, si no la causa, la ocasión próxima del pecado opuesto a la virtud del patriotismo. El tamaño heterogéneo satisface, no pocas veces, un sentimiento de orgullo, que no es propiamente virtud, amor patrio; éste es "contento", es decir, "continencia", plena satisfacción con el objeto del amor; el otro puede llegar a ser "incontinencia", torpeza, dispersión o disipación de las energías afectivas. Estar *contento* es estar *contenido*; lo dice la palabra. Y contento es sinónimo de bienestar, y aun de felicidad.

El patriotismo-virtud dispone a la defensa del suelo en que radica, como el amor filial al de la honra de la madre: con resolución firme, pero sin énfasis, sin provocaciones, sin proclamaciones, que hasta parecen ponerla en duda. El otro, el orgullo de lo complejo, el culto del tamaño, incita a la jactancia provocativa, generadora a su vez del anhelo de agrandarse, de poseer cuerpos sin ganarse las almas, de gozar sin amor; no diré que sea, pero sí que pueda llegar a ser algo parecido a la voracidad de las especies inferiores.

Lo que yo llamo una patria, en su más intenso sentido, es la patria unidad, simple, homogénea, armoniosa, amada, no por lo que tiene, sino por lo que es, y porque es obra nuestra, de los que somos una sola fuerza, un solo amor a objetos o imágenes comunes, recuerdos, nombres, colores, paisajes, construcciones, ruinas, sepulturas, en que se concentra todo lo existente en el tiempo y en la eternidad.

En el amor a la patria dilatada, rica, fuerte, fuerte sobre todo, puede haber algo de eso, no cabe duda; pero hay mucho también, si no me equivoco, de la idea de reciprocidad, de recibir una compensación, aunque

sea de orgullo. Tal hombre de mente y corazón superiores, que, por ser hijo de una nación poco notoria, ve pasar su vida inadvertida, hubiera gozado el deleite de una gloria resonante, a haber nacido en un Estado poderoso. Tal otro, en cambio, no hubiera salido de la multitud anónima, sin el reflejo protector de su patria que lo ilumina.

El peligro de hacer de la nación a que se pertenece una especie de prolongación o ampliación de sí mismo es grave, cuando esa nación es muy fuerte o demasiado grande; se ve en la propia persona una concentración o reducción de la fuerza nacional; se la cree llevar consigo, como un título de superioridad sobre los demás hombres. Un alemán puede sentir el instinto de creerse la Alemania; un francés la Francia; un angloamericano la América, cuando se encuentran con otros hombres por el camino. Pero no tanto la Francia o la Alemania benéficas, inteligentes, amigas, cuanto la Francia o la Inglaterra o la América fuertes, capaces de vivir sin contar con nadie, casi amenazantes.

No es raro ver algo de eso, como sabemos, aun en los hijos de naciones secundarias materialmente, cuando, por el contraste con otras que juzgan más débiles, llegan a imaginarse que ellas son fuertes; es ley de la miseria. Se pronuncian entonces palabras irreparables, de incalculables consecuencias, así sean dichas por un niño, o por un tonto.

De esa identificación de las personas físicas con las internacionales o colectivas procede la vieja idea de ver en los hombres otras tantas *personas internacionales*, como si su piel estuviera teñida de los colores de la bandera; su piel y hasta su sangre. El hombre, si no tiene un carácter representativo, no es tal persona de derecho internacional, sin embargo; no anda con la

patria a cuestras ni en el bolsillo, como si fuera un arma defensiva y aun ofensiva.

Bien es verdad que esa jactancia de que hablamos, cuando es acompañada del desdén sobre todo, está en razón inversa del mérito personal de cada hombre; pero no son muchas las veces en que ese mérito es tan grande, que no sea mayor aquella humana flaqueza. Se la encuentra lo mismo en el gañán que en el caballero; lo mismo, o poco menos, en el sacerdote que en el sargento.

El soldado que, valiente y también cruel en las filas, pide clemencia no bien se siente aislado, es frecuente en la guerra, según dicen. Y lo es, en la paz, el hombre que, amable y modesto como tal, se torna desdeñoso y casi agresivo, como inglés, como español, como italiano.

Y lo son también las naciones, en razón directa de sus soberbias, madres de las tinieblas y de la guerra.

El "*cives romanus sum*" de la Roma de los Césares, se repite aún, como un anacronismo, en medio de las democracias. Nuestra educación histórica greco-romana ha contribuido a ello no poco, preciso es confesarlo; y, no sin fundamento, alguien, coincidiendo con el ruso Tolstoi, que llama al patriotismo sentimiento egoísta, ha dicho que las guerras modernas son el fruto de los estudios históricos. Pero lo son de los rutinarios; no de la filosofía de la historia, que debe ser algo más que una galería de batallas y de personajes oficiales. Hay mucho más que personajes oficiales en la vida de los pueblos: Don Quijote es tan digno del honor de la historia como don Felipe II, y acaso más; la filosofía de Sancho, o la del bufón del Rey Lear, son más profundas que la de muchos autores de manuales científicos experimentales o no.

Esas filosofías, la del bufón inglés y la del escudero español, las verdaderamente experimentales, son las que han de iluminarnos en esta hora de tinieblas que atraviesa la humanidad, por falta acaso de sentido común..., que no siempre es el más común de los sentidos.

PROPOSICION

CAPITULO I

LA GUERRA

I

Lo que el falso concepto de patria ha influido en la formación de la enorme tempestad de estos tenebrosos años en que hemos vivido, y vivimos aún, y viviremos sabe Dios hasta cuándo, es asunto de meditar. Ahora, después de desatada la catástrofe, y ante el fuego embravecido, todos se proponen el problema de "quién tuvo la culpa".

Hay una culpa, pues; se ha cometido un espantoso crimen. En eso todo el mundo está conforme: un espantoso crimen.

Y, como la sombra al cuerpo, la idea de castigo acompaña a la de delito.

Convengamos, ante todo, en que, si realmente queremos dar con el delincuente, no hemos de ir a buscarlo entre los pueblos *contentos o contenidos*, que yo he simbolizado en mi paisaje, y en mi casa, y en mi pedazo de mar azul. No fue, efectivamente, de mi torre almenada de Punta Brava, ni de sus inmediaciones, de donde partió el primer mortífero disparo.

Entre los *hombres y los pueblos incontentos o incontinentes* está el culpable, o no lo está sobre la tierra. Lo castigaremos, una vez convicto y confeso; pero sin

deleite vengativo. *Irascimini et nolite peccare*, dice el libro santo. Irritaos, pero no queráis pecar.

Hay un germen de mal, bien a la vista está, que contamina a todo pueblo que se congrega y levanta una bandera. El hombre ha sido concebido en iniquidad, no hay que ponerlo en duda. Desde el instinto que aficiona al niño a jugar con soldados de plomo y a seguir a los de carne y hueso cuyas musicales bayonetas brillan al sol; desde el amor preferente de la mujer al hombre vestido de uniforme, hasta el numen inspirador del poeta que canta al dios de la guerra y lo llama Gloria, todo nos revela que estamos bajo el enorme misterio del bien y del mal y de la muerte.

Con la sangre de Remo han de consagrarse los cimientos de la ciudad de Rómulo, su hermano. Es la eterna fábula, llena de verdad. Y hay que robarles las mujeres a los sabinos. Todos quieren ser, no sólo fuertes, sino más fuerte que alguno.

Es ése un detestable sentimiento; detestable, no cabe duda. Y, sin embargo, él está en el fondo del instinto humano, en esas *energías sobrantes* que se quedan sin empleo en nuestro corazón... no sé dónde. ¿Quién podrá decir que no lo ha sentido en el nacer de su propio sentimiento de patria?

No se trata, pues, de prescindir de él, sino de analizarlo y transformarlo por el cultivo. Tal se cultivan esos tubérculos amargos, y hasta dañosos, de que proceden, al través de inteligentes selecciones, las más nobles sustancias que alimentan la vida: la patata, por ejemplo, entre muchas otras: la patata que hoy comemos procede de un tubérculo amargo, casi dañino. Transformar aquel instinto mortífero en virtud o fuerza vital es la obra del culto del patriotismo, obra de misericordia.

Como hay heridas en la ostra que, al cicatrizarse, se convierten en perlas, hay vicios en el hombre que, como queden bien extirpados, pueden transformarse en preciosas virtudes: la soberbia, en noble carácter; la sensualidad, en amor desinteresado y puro; la ira, en valor sereno; la envidia o anhelo de ser *más* que los otros, en deseo de ser *mejor*. Si la sabiduría consigue cicatrizar las heridas de soberbia en el corazón de los pueblos, la paz y la libertad serán alimento de los hombres. Y si no, no. La paz y la libertad son cosas del orden moral.

El proceso cicatrizante tiene que ser más o menos lento, sin embargo. Ni los tejidos vivos, ni las virtudes activas se crean de la nada; han de formarse de la propia sustancia los primeros; de la repetición de actos buenos, gimnasia de la voluntad, las segundas. No te apresures a arrancar las vendas de tus heridas; no te precipites ni desesperes. Que te baste y te aliente la satisfacción de ver morir tus vicios, uno por uno, antes que tú.

II

¿Y para qué quieres ver tan armada de todas armas tu amable bandera, oh hijo de la patria no sólo grande sino más grande?

Para imponer a ésta un deber desinteresado, un ministerio, un sacrificio; para que sea patria-providencia de las demás. Así me lo dijo uno.

Para que sea rica, dicen otros. Estos, los más groseros, no ven, en todo esto de guerra y paz, otra cosa que un problema económico; mercados, colonias, dinero. Los héroes, para ellos, no son otra cosa que empresarios; marcas de fábricas son sus banderas. La ri-

queza no es instrumento de gloria; es la gloria misma, por lo visto.

Para que pueda repeler las agresiones, dice, por fin, el otro, y considerarse plenamente libre y soberana; bastarse a si misma; no depender de nadie; *no temer aunque ofenda*... Es el derecho de ser malo.

Pues bien: nada de todo eso es verdad, según el bufón de Shakespeare; todo es ruido de palabras insensatas que van rodando; y con las que juega el bufón, como con su tirso de cascabeles.

Lo primero, lo de la patria-providencia de las demás, y maestra, y civilizadora, es una fuerte mentira de la soberbia. Mira bien en ti mismo, buen hombre, y no hallarás, en tu patriotismo armado, ni un átomo del sentimiento de que me hablas; hay en él más egoísmo que virtud, si bien lo miras. No tienes cara de Providencia, tú. Así creeré yo en ella, cuando menos, como agarrar un escorpión por la cola.

Lo segundo, lo de la riqueza, es lo más grosero que darse puede, como hemos dicho. ¡Matar al hermano para comerle el pan que lleva a la boca! También hace eso el perro. No hablaremos aquí de los errores económicos de tal pensamiento, porque debemos hablar, sobre todo, de las torpezas morales. Que, aunque no lo parezca, los valores morales tienen todavía su valor. No faltan, bien lo sé, quienes no lo creen; hay quienes juzgan que, en el mundo, no se piensa más en eso, en moralidades, si ya no es como decoración exterior del anhelo de vivir cada uno lo más cómodamente posible; pero esos hombres distraídos, ignorantes de las grandes realidades y de sus causas, no se dan cuenta de lo que está pasando en el silencio, lleno de gérmenes. Hay laboratorios que estudian los mejores métodos de conservación de carnes; pero la ciencia experimental está

cayendo en la cuenta de que debe buscar el mejor procedimiento de conservación de almas; de que el alma es también una sustancia, que puede ser objeto de cultivos, y que no se alimenta de legumbres ni de lenguas saladas; que no se conserva con las mismas sales que impiden la putrefacción de los cuerpos comestibles o no comestibles.

Esa parece ser, en esta hora de tinieblas, la grande obsesión del pensamiento científico: la psicología experimental; el cultivo de trigo para los espíritus; del pan de cada día. "Vivimos, dice un gran pensador, en una época de misticismo tal, que no se la encuentra semejante desde la época de las cruzadas".

He aquí por qué este libro tiene que ser, quieras que no, un libro místico, de lecturas espirituales.

Que el misticismo, si lo hemos de entender como es debido, no es otra cosa que la elevación del objeto de nuestro amor y de nuestra acción hacia lo sólo amable en absoluto. Pero hacia lo absoluto realidad, entendámonos bien, lo absoluto personal o absoluto persona, que es todo; no lo absoluto abstracto, que no es nada. En eso se distingue el divino misticismo de Teresa de Jesús, por ejemplo, la mujer fortísima y santa, de esos misticismos a lo Ruysbrock o Novalis o Emerson o Maeterlinck, que son poleas locas, sin el más mínimo engranaje en la realidad divina. Bien es verdad que tampoco la tienen en la humana; son temas de filosofía, no reglas de conducta; no sirven para nada que no sea pasatiempo.

No hablaremos, pues, del patriotismo económico, del que quiere matar a su hermano, hombre o pueblo, sin pensar en que le es necesario para trabajar juntos con provecho recíproco; del que mata la gallina de los huevos de oro. Hablaremos del otro: del anhelo de ver ar-

mada la Patria para que sea libre y soberana, dueña absoluta de sí misma.

En esa idea está el más temible de los errores. Y lo está, si bien se mira, por lo mismo que tiene algo, y acaso mucho, de verdadero. Un error es tanto más peligroso cuanto más verdad contiene.

Es mucho verdad que, así como un hombre debe estar siempre dispuesto a defenderse y a defender a los suyos de los malhechores, y de las bestias feroces; así como un varón, so pena de dejar de serlo, está obligado a ser valiente, y ha de sobreponer su persona a su vida, una nación debe estar siempre apercebida a guerrear con honra y por ella; todos sus hijos varones han de ser aptos para soldados, y se les debe la instrucción militar como cualquier otra, por lo tanto. Pero de eso a considerar el estado de guerra como el normal del hombre y de los pueblos, y a apreciarlo como la suprema virtud, y la gloria por excelencia, hay tanta distancia como del día a la noche. Es la que media entre el caballero y el valentón o matamoros, entre el duelista y el soldado.

Ese insensato pensamiento supone que, en la vida orgánica, ser *fuerte* es lo mismo que ser *forzado*. Y no es así, como no lo es que en la esencia de la libertad esté la facultad de optar por el mal como mal. El mal es una negación; no es una cosa, ni el objeto de una facultad humana. Y la guerra por la guerra es negación precisamente, perturbación de la realidad o del orden.

¿No te has encontrado nunca con el hombre de enorme fuerza muscular, herido, sin embargo, de muerte, en las entrañas? Tiene sudores en las manos, cavernas en los pulmones, durezas mortales en las arterias. Has de guardarte de él si se le despierta el orgullo de los

músculos, porque te romperá la cabeza; pero no es temible porque es fuerte, sino por todo lo contrario: porque es enfermo; porque está más cerca de la muerte que tú.

Ser fuerte no es otra cosa que ser *sano*.

¿Las naciones en cuyos dominios no se pone el sol? ¿Acaso han sido más seguras y permanentes, menos llevadas y traídas por el viento, más sanas, que las que han recogido la parte de sol que les tocaba en suerte? ¿No las hemos visto morir, o poco menos, de insolación?

La juventud es corta en esos pueblos; desastrada suele ser en ellos la vejez. Acaban por devorarse las propias entrañas, viviendo de recuerdos o jactancias, cuando no de rencores.

III

¿Dónde ha estado el fuerte, y dónde el débil en absoluto, entre los átomos sacudidos por la tempestad que aún suena en los horizontes, y sobre cuyos escombros andamos?

La Francia o la Inglaterra ¿fueron acaso más fuertes, es decir, más libres en el obrar, que la Bélgica, cuando sopló el huracán de nuestro siglo? Tan necesaria fue la alianza de Francia con Inglaterra, como la protección de ambas a Bélgica, no ya para proteger a ésta, por cierto, sino para impedir la conquista de todo el sol por el nuevo *Roi Soleil*. ¿Fue más protectora Inglaterra de Bélgica que Bélgica de Inglaterra o Francia? Veremos cómo los Estados Unidos fueron a la guerra “porque, al decir de Wilson, no les concedieron el derecho de ser neutrales”; por debilidad, pues.

Imaginemos a Bélgica entregada sin resistencia al invasor de su suelo. Y pensemos. Pensemos en lo que hoy sería del mundo, si suponemos al germano dueño del Paso de Calais, y señor de los mares; en lo que sería de ésta mi tierra del Uruguay, que habla en castellano.

Y por no haber necesitado las unas de las otras para vivir, han dejado de ser del todo grandes esas naciones, para serlo a medias. Es una majadería hablar de “la pequeña Bélgica”. El tamaño desapareció ante el huracán que hace acurrucarse en sus cavernas a los gatos salvajes, lo mismo que a los leones; todos gatos, manadas de gatos. El pánico es la ley de igualdad de naturaleza, que se impone en los organismos vivos, como el rubor es la luz de la culpa.

Es entonces, en esas horas de verdad, es decir, de muerte, cuando aparece lo sólo grande: la *unidad*; lo sólo capaz de virtud y de heroísmo; el hombre.

El hombre es, en resumidas cuentas, la medida del universo: *metrocosmos* lo llama Novalis. Es el solo sujeto de gloria. Mira ese muerto belga tendido en el campo; a su lado está un inglés, muerto también; un francés ha caído más allá; y un italiano, y un americano más allá... Mide esos cuerpos con tu cartabón. ¿Juzgarás del tamaño de esas cosas sagradas por la fuerza o el tamaño de sus patrias?

¡Oh, tú, el muerto por la patria chica! Tú engrandesces a tu vecino inmóvil, porque se parece a ti; porque, como tú, no pensó en el tamaño de su bandera, sino en sus colores, para amarla hasta morir por ella.

La mujer de Sócrates lloraba la muerte a que fue condenado el hijo de Solón.

—¡Oh, con cuánta injusticia lo han hecho morir esos malvados jueces! — decía.

—¿Preferirías acaso, le dijo Sócrates, que lo hubieran hecho morir con justicia?

Si ha de haber verdugos y víctimas, no prefieras tú ser hijo de los primeros. Obrar bien es necesario; vivir no es necesario. La más noble progenie, la ejecutoria de nobleza en la sociedad de los pueblos, si éstos han de ser personas o unidades morales, no puede ser el crimen ni sus frutos.

Y si el hombre es la medida del universo, las patrias-hombres, las no medidas por el tamaño, son las que marcan el grado de civilización y dignidad de la sociedad humana. Todo conjunto se aprecia por la naturaleza de sus unidades, y éstas por la naturaleza de sus funciones, apreciadas, a su vez, por su objeto. El mismo respeto mutuo entre los Estados, en tanto deja de ser un acto de miedo, tan instintivo como el del bruto, para serlo de valor moral o virtud, en cuanto tenga por objeto a Estados que no ofenden ni amenazan.

Esa verdad aparece, como un meteoro, en los momentos de angustia provocada por la soberbia, *mater tenebrarum*, madre de las tinieblas. Todos reclaman entonces, para demostrar “que no han tenido la culpa”, el título de devotos místicos de las patrias chicas, y hasta sienten el deseo, más o menos fugaz, de ser chicos ellos mismos.

De ahí nace la idea que primero se ocurre como solución del conflicto: el desarme. Pero es el desarme de los brazos dejando armada la fantasía y enconado el corazón; la admiración a las patrias chicas, pero conservando el carácter de patria grande o forzada. El verdadero desarme, el de las almas, sólo puede ser realizado por quien ejerza soberanía sobre las almas, sobre las conciencias. Y una vez realizado, el de los bra-

zos está hecho: las armas se caen solas, como los higos de una higuera sin hojas.

Si escuchamos algunas de las fuertes voces que sonaron en las grandes horas, cuando se desataron los vientos, oiremos eso, repetido sin cesar. Es el vizconde de Grey, por ejemplo, el inglés, quien dice, en octubre de 1916: "Nosotros lucharemos hasta que hayamos restablecido la supremacía y el derecho de libre desenvolvimiento, en iguales condiciones, cada uno según su carácter, de todos los Estados, grandes y pequeños, formando una familia la humanidad civilizada".

Bien dicho está eso, no hay que ponerlo en duda; es preciso tomar esa palabra. Pero la oye el otro poderoso, el enemigo, y reclama para sí, también él, el mismo título de honor. El canciller Bethmann Hollweg, el alemán, lo dice en el Reichstag; él espera "que la guerra establezca unas condiciones políticas que hagan completa justicia al libre desenvolvimiento de todas las naciones, lo mismo de las pequeñas que de las grandes. Entonces los principios de justicia y libre desenvolvimiento, no sólo en el continente sino en los mares, deben ser hechos válidos".

Y así han hablado, más o menos, en sus dialectos oficiales, los hombres fuertes desde sus patrias fortísimas, predestinadas a repartir el sol equitativamente, y las tierras y los mares y los cielos. Y a poseerlos con tal objeto: con el solo objeto de repartirlos.

Es un hablar muy divino, pero sin Dios, si no me engaño. Son los dioses, las pasiones carnales divinizadas, los que envían sus alados mensajeros a dictar esas palabras; las reservas mentales, escondidas en las grietas de la palabra misma, hacen de ella una cosa muerta, muchas veces.

¿Que quién ha sido el culpable?

Si queréis saberlo buscad esas divinidades. Son las que soplan en los oídos el silbido de la serpiente paradisíaca: seréis como dioses.

El perro corre tras de la piedra que le tiran, y la muerde; pero el hombre busca la fuerza oculta que tira la piedra desde el corazón orgulloso.

Y os encontraréis con pasiones humanas, con las de un hombre, con las de muchos hombres, uno por uno, metidas en sus agujeros, como sabandijas.

No son cristianos; no creen en Dios hecho carne, pero sí en la carne hecha dios.

El cristianismo es la hazaña de un cordero.

CAPITULO II

LA UNIDAD

I

Cerrados están, entretanto, los horizontes, en torno del naufragio de Europa; se oye un tiro en la oscuridad, de vez en cuando, que asesina un hombre; hervores de multitudes que se matan a sí mismas; gritos de vientos; naciones flotantes que reclaman vida; oleajes que azotan los cascos; voces de nautas que dirigen el salvamento... Entre éstas distingo, y me llama la atención, entre dos ráfagas de viento, la voz de Lloyd George, el inglés, que grita en uno de sus discursos resonantes: "Centinela, ¿qué ves en la noche?..." Y en el que dirige, mientras se celebra la Conferencia de Génova, a los periodistas angloamericanos, dice a éstos: "No veo, por mi parte, más camino de salvación que encauzar la política internacional por la vía cristiana del amor..."

No es esa una doctrina jurídica, como se ve; no lo es tampoco económica, ni parece cosa científica; más que la opinión de un estadista, se dijera la estrofa de un poeta o la visión de un místico, o cualquier otra cosa por el estilo. Y es un estadista, sin embargo, y un inglés, "el primer inglés", según Nitti, quien lo dice. Yo no sé cuál es el primer inglés, ni tampoco el segundo. No creo que Nitti lo sepa mejor que yo, a ciencia cierta; pero todos sabemos que ese Lloyd George



es un inglés digno de atención porque es un estadista en un poeta. El no dijo las palabras que citamos en el seno mismo de la conferencia, por supuesto; hablar de amor en un congreso de naciones parece cosa infantil en Europa, y aun en otras partes. El poeta y el estadista parecen excluirse.

Conviene, sin embargo, saber si hay en este mundo algún sitio habitado en que no se excluyan del todo, y en que pueda hablarse, sin caer en ridículo, o aparecer como anticientífico, de eso que dice Lloyd George: del amor entre pueblos. Y veremos de averiguar si hay alguno en que ese amor haya sido realmente una fuerza.

El cardenal Gibbons y otros angloamericanos muy dignos de respeto, han reclamado para la América inglesa la posesión del idealismo; pero es en nuestra América española, si no me engaño, donde podemos, y aun debemos creer en aquella fuerza y proclamarla, sin por eso hacer coro, por supuesto, ni mucho menos, a los que afirman, como un postulado, que la construcción de aquella portentosa nación angloamericana es obra única y exclusivamente de las fuerzas materiales. Eso es un desatino, que no seré yo quien comparta. Las solas fuerzas materiales no pueden hacer semejante cosa.

Bien será nos demos cuenta, ante todo, de que el amor no se concibe sino entre semejantes, entre seres, digámoslo así, de la misma especie, y capaces de conocerse mutuamente. Dice Porfirio en sus "Principios de la Teoría de los Inteligibles", "que el semejante no es conocido sino por el semejante"; que "la condición de todo conocimiento es que el sujeto se forme semejante al objeto".

Conocimiento es condición previa del amor, por otra parte. No se ama lo que no se conoce en algún modo. Amar es tornarse cada vez más semejante.

Estoy persuadido de que la causa más honda de la actual catástrofe fue la convicción de no ser de la misma especie de los demás pueblos o razas, abrigada un momento, en mala hora, por el imperio alemán; la tendencia a prescindir del espíritu en la formación de los conglomerados. El amor es entonces imposible. El hombre no ama al perro ni al caballo; su inclinación a esos animales o a otros es algo análogo al movimiento que puede inclinar el perro o el caballo hacia el hombre: simple goce de la naturaleza, movimiento fisiológico, como el amor al agua o al sol. Fue Lord Byron, si mal no recuerdo, quien dijo que, cuanto más conocía a los hombres más amaba a su perro; pero eso no era sino la expresión llamativa, insolente, iba a decir, de la extinción de todo amor en su alma; la más fuerte fórmula de su desdén o de su rencor orgullosos: la confesión de su propio pecado de sensualidad, pecado del amor; y de su soberbia, pecado contra el amor, sensualidad de espíritu. El amor a su perro no era otra cosa, en ese hombre ensimismado, que el amor a sí mismo en su perro. El del hombre pagano hacia su esclavo o su esclava, que no juzgaba de su especie, y a quien no creía libre de no amar a su amo, era también de ese género: amor de perro. Amor de perro es el que suelen cantar los poetas de la lujuria.

Claro está, que no es éste el que invoca Lloyd George como la solución única del problema internacional. El habla del amor entre unidades libres de una misma especie, términos únicos de caridad recíproca. Dios mismo, el Amor Increado, hizo al hombre a su semejanza con ese fin: para que existiera esa

criatura inteligente y libre, semejante suya, capaz, como tal semejante, de ser sujeto y objeto de verdadero amor, no sólo reverencial, sino de pasión. Hagamos al hombre a nuestra semejanza, a nuestra imagen. Dios es el eterno amor a su imagen sustancial. La proyección entre los hombres de ese sublime vínculo es, efectivamente, tiene razón Lloyd George, la esencia de la moral, la sola fuente de la paz, que es cosa espiritual, y de origen divino, como toda alegría.

La consecuencia del amor de Dios a su criatura, su semejante, es la redención cristiana. Si se concibe, efectivamente, el amor de Dios al hombre como a un semejante, ese amor debe ser tal, que no pueda imaginarse uno mayor. Sufrir por quien se ama, morir por él, es el amor mayor que puede pensarse, y ese tuvo que ser el amor de Dios al hombre. ¿Y cómo concebir la muerte de Dios Creador si no es haciéndose Criatura? Así sólo se entrevé, imaginativamente, el misterio de la Redención, la esencia del cristianismo: Dios hecho Hombre, para morir por el hombre, su semejante; el infinito Amor en acción. "Invoca al Espíritu, hijo del hombre, dijo Jehová al Profeta, y volverán a la vida los huesos esparcidos en la llanura".

II

El espíritu de Dios, creador y ordenador, es *Unidad*. El otro, el de contradicción, el del ángel que no amó, se llama *Legión*. La unidad precede a la variedad, según el principio aristotélico. La pluralidad originaria o mitología es el modo infantil de concebir el mundo. ¿Sabes tú lo que es el número, el número mil, pongo por caso? Es la repetición mil veces del número uno, de la unidad. Eso, con ser tan viejo,

parece el último postulado de la *matemática*, que no *las matemáticas*, como antes se decía. Estas, que han dejado de ser una ciencia exacta, por lo visto, como han dejado los cuerpos de tener sólo tres dimensiones, nos hablan de fracciones o quebrados. Y no hay tal cosa. Después del entero, viene... otro entero, hasta... he ahí el problema; hasta dónde, hasta cuándo. El hombre puede separar, dividir; pero no puede aniquilar en absoluto; no puede crear la nada. La materia es lo que consta de partes, como sabemos; es esencialmente divisible, por lo tanto. ¿Pero hasta dónde y hasta cuándo es divisible? Decir que lo es hasta lo infinito es dejar en pie la pregunta, y sacarnos, no sé por dónde, del tiempo y del espacio: de la *matemática*. Yo, por mi parte, para dar con el número uno o extremo de la materia, buenamente, imaginativamente, quiero concebir algo *divisible* y *no separable*. La electricidad no es una fuerza sino una sustancia, dicen ahora por ahí; ese *electrón*, su elemento primordial imponderable, el electrón negativo, es un ente, me dicen. Tiene que serlo, efectivamente, si *es lo que es*, es decir, una verdad. *Veritas est id quod est*. Pero...

He aquí que nos hallamos en las puertas de la metafísica, y no podemos franquearlas; nos quedamos de este lado... Pero, desde este lado, entrevemos "lo entre las cosas", el influjo de la Unidad Infinita, a la que todo converge: las cosas inferiores o cuerpos, por la simpatía; las almas, cosas superiores, por el amor. El amor es espíritu, vínculo entre espíritus. El del Grande Espíritu Creador con su criatura es Religión. Ya dijimos que, una vez concebido el amor recíproco entre Dios y el hombre, el sacrificio y aun la muerte de Dios por el hombre se entrevén racionalmente. Y la Religión del Dios Crucificado se nos aparece

como la sola digna de Dios. La puerta del enorme misterio se dijera entreabierta. Se cierran los ojos instintivamente. Y, al través de párpados internos, una vaga claridad sale del alma, de *la séptima morada*.

III

¿Tú no crees en el alma, en el entero indivisible e invisible? ¿No crees en el principio, y hablas de un fin? ¿Y a dónde vas, quién eres tú, oh *ente que no eres*, abstracción sin principio ni término? Tú no puedes hablar de amor, bien se me alcanza. El amor, sociedad de las almas, función de un orden superior al fisiológico, presupone la existencia de dos unidades distintas, capaces de vivir la una en la otra, de fundirse sin confundirse, sufriendo o esperando en la esperanza o en el dolor ajenos. Y también gozando en la alegría de su semejante, el más puro e intenso de los goces, privativo del hombre, inaccesible al bruto: hacer felices a los que amamos. Resignarse a ser dichoso porque con ello hacemos felices a los que amamos puede ser una virtud de la tierra. Podemos aquí pensar que el cielo mismo es también la aceptación de nuestra eterna felicidad en obsequio de la de Dios; el deleite o la alegría de ver a Dios eternamente feliz en sí, con felicidad accidental, por obra también nuestra, del coro de sus criaturas inteligentes y libres. Eso se siente con tanta mayor intensidad cuanto más se es capaz del deleite de hacer felices. El egoísmo no lo comprende; la caridad lo adelanta.

La persistencia de la unidad en relación al tiempo y a todo cambio constituye, por otra parte, la identidad o permanencia del Yo, sujeto y objeto del amor. La unidad absoluta, que es total simplicidad o indivi-

sión del ente, es el manantial de toda vida. Y lo es, en el orden del Universo, la unidad relativa, conglomerado primordial, que especifica las cosas. De una gota de agua surgente de la altura, procede este Río de la Plata que tengo ante los ojos. La gota contiene el río; en ella están todas las funciones del tiempo, del espacio y de la materia o energía. Ella trajo la ley de las profundidades a las superficies; resbaló por las vertientes que la esperaban, y se unió a otras gotas, seres de su especie, sus semejantes, animadas de su vida y su destino. Esa masa de olas que van corriendo es una unidad. La gota no es sólo hidrógeno y oxígeno y demás componentes químicos; es agua. Pero no sólo *gota de agua*, sino *gota de río*, agua en congénito movimiento, con una especie de alma, semejante a la del punto de una línea curva, idéntico al de una recta, idéntico como punto, pero distinto como punto de curva, animado de otra cosa parecida al alma. Eso, gotas de agua animadas, es el Río de la Plata que estoy mirando, lo mismo que el Manzanares o el Sena o el Mississippi o el Iguazú: unidades que persisten o permanecen, sin depender la una de la otra; notas de la vida universal o armonía de las esferas. No es más insensato querer hacer volver el Niágara a sus fuentes que devolver a las suyas el Sena o el Manzanares.

Bien es, pues, recordemos, para hablar de amor entre pueblos o naciones, que aquella es más nación que más se acerca a la total simplicidad o indivisión del ente, al número uno primordial. Y, para no prescindir del todo de las más corrientes clasificaciones o clásicas nomenclaturas, digamos también que aquél es más *estado político soberano* que más se aproxima a ese concepto sociológico de nación o pueblo. Esta-

mos, pues, muy lejos de esos *distingos* que corren en manuales y enciclopedias; hay cosas que nos interesan, más arriba de los negocios de Estado, y de los políticos, económicos, diplomáticos y demás.

El alma de un pueblo, como la de un hombre, no puede ser considerada una resultante, sino una sola fuerza sustancial, en que los diversos modos de actividad colectiva no han de ser distribuidos entre sujetos diferentes. Esa alma de pueblo, por otra parte, como el alma de hombre, es forma de un cuerpo orgánico, no hecho por conglomeración, sino engendrado, conglutinado por el alma misma. La naturaleza parece conservar o proteger las razas, no los híbridos; éstos vuelven a su tipo primitivo *au galop*. Sería, pues, según eso, el pueblo más perfecto, y más fuerte, y más sano, aquel que fuera de más puro origen y estructura; su vida sería más larga; más limpia su ejecutoria. Ese sería el verdadero *soberano*.

Las naciones se *cuentan*; no se *miden*. Medir es comparar una cosa con otra convencional, simple término de relación, y ver cuántas veces la una contiene a la otra; contar es agregar unidades homogéneas, simples, indivisibles. Aquello es pura relación; esto es realidad. Que la realidad no es simple relación; precede a ésta, como el cuerpo a su sombra; es su causa, y no su efecto. Los pueblos son espíritus, ante todo; formas sustanciales de los cuerpos colectivos que se nutren de un pedazo de planeta.

Por eso se ha dicho, y se ha dicho bien, que el único medio de salvar una nación que decae o se desnaturaliza, es volverla a sus orígenes, recordarle su unidad primordial, en que reside la facultad de amarse a sí mismo, y a sus semejantes como a sí propio. Es el objeto de la estatua del héroe: recordar el origen. El amor entre naciones es más difícil de concebir

que el egoísmo, convengo en ello; es una gravitación hacia arriba, hacia la unidad originaria; pero esa gravitación existe en la altura y nos atrae, sin que nos demos cuenta. En las alturas reinan vientos no anotados por los observatorios meteorológicos de las montañas.

“*El espíritu de universalidad*”, dice Emile Boutroux, que resulta de la naciente unidad de la sociedad humana, tendrá que conciliarse con la diversidad de *almas nacionales*, que, por consecuencia del progreso de las luces y de la conciencia, se ha convertido en una realidad más concreta y consistente que nunca”.

IV

Es a eso, pues, a lo que llamaremos *el alma internacional*: a ese espíritu de universalidad que atrae hacia un centro misterioso las almas nacionales, núcleo a su vez de rotación de las humanas.

Como las nacionales se forman de la acción recíproca o cooperativa de los hombres, el alma internacional, nexa potente, efluvio divino a que rendimos cierto culto, se forma de la misma acción entre los Estados. Hablamos, pues, del alma internacional como hablamos del alma humana. No es aquélla una cosa distinta de ésta; es también alma humana. También es alma nacional; pero considerada en un modo de actividad que gira en torno del polo remoto en que vive el arcángel que ve a Dios de continuo, y regula, con cadencia y número, proporción y armonía, los destinos de los pueblos y constelaciones.

La psicología colectiva es hoy un capítulo de la ciencia que, con el nombre de psicología experimental, parece reclamar los fueros de una ciencia nueva

en los humanos conocimientos. Esa ciencia de los fenómenos psíquicos que dependen de una comunidad, (psicología experimental colectiva) no confunde, ni debe confundir, el alma de las multitudes con la de los pueblos. Aquélla es la *estática*, el motor de un conjunto heterogéneo; ésta es la *dinámica*, el estudio de las sociedades humanas naturales al través del tiempo y del espacio, tenidas en cuenta las influencias étnicas, climatéricas, sociológicas, históricas, etc., que, como forman las razas humanas en el orden antropológico, forman, en el sociológico, los pueblos o naciones o Estados más perfectos.

Ciencia rudimentaria, esa psicología colectiva experimental tiene aun mucho que aprender y que enseñarnos; pero hoy estamos ya habilitados para creer en ese dinamismo, y para contar con él, y ver de penetrar el misterio de su esencia, cuando meditamos en los problemas de la vida entre naciones: lo entre las cosas.

La psicología de esa alma internacional es más honda, si cabe, que la del alma humana. Hay en aquélla, como en ésta y como en las nacionales, regiones profundísimas, en que no penetra la sonda, que se queda en las funciones de la inteligencia, de la voluntad libre, y en la esfera de ciertas visiones imaginativas. Y en esas regiones misteriosas, más altas que la inteligencia humana, suena "el ruido de las grandes aguas que están sobre el firmamento". Y en ellas se forman las tempestades. Y de ellas descienden los silencios como lluvias.

Hay algo más que simples fenómenos eslabonados del entendimiento y de la voluntad del hombre en los acontecimientos que rompen o mantienen los ejes del mundo internacional. La reaparición del hombre incivilizado con sus barbaries ciegas o impulsos irracionales; los desprecios de la vida; las tristezas trascen-

dentales; el dolor de vivir y las pasiones ignotas; el odio y el amor nuevos, distintos de los del hombre; las expiaciones que están en nosotros y no son de nuestra alma individual, todo eso, que alguien llamaría *atavismo*, o cosa por el estilo, todo es algo más que fenómeno histórico o consuetudinario; es asunto de psicología, efectivamente; historia de un alma que no es la del hombre, y que es humana, sin embargo.

Debemos, pues, analizar esa alma internacional en naciones *en reposo*; no en los momentos de tragedia exterior, visible, sino en los silenciosos, en los remotos orígenes. Las verdades parecen salir de la quietud que llena los peldaños rotos de nuestros raciocinios, y hace aparecer eso que hoy suele llamarse *intuición*, y que no es otra cosa, a mi parecer, que raciocinios incompletos o interrumpidos, que, en ciertos momentos, se integran, y producen las certezas entrevistas; simple función, por lo tanto, de nuestra facultad perceptiva o intelectual, que se ilumina de un relámpago y halla una palabra...

V

Es eso, quizá, lo que me hace abrigar la idea de que puede ser en nuestros pueblos americanos, jóvenes y turbulentos, confusos, como es confuso todo lo que naturalmente nace, según Carlyle, pero muy próximos a su origen, donde puede hallarse la recta aplicación de la ley de amor entre personas colectivas de la misma especie, la sola salvación del mundo, según el inglés. Y es eso lo que me mueve a decir estas cosas ingenuas. Creo que los americanos, por el solo hecho de serlo, con tal de sólo oírnos a nosotros mismos, tenemos algo que decir, digno de alguna atención, y aun de mucha.

No hay en el mundo, efectivamente, que yo sepa, un conjunto de pueblos en que las atracciones y repulsiones congénitas, hayan determinado, como en este continente, la formación de unidades naturales semejantes. Si diría que forman una especie dentro del género internacional. Formados por hombres de todos los pueblos, no son, sin embargo, una reunión de causas; son una sustancia compuesta, sin las propiedades de sus componentes, con propiedades distintas, y hasta contrarias muchas veces. En ellas, el amor entre los hombres de distintos pueblos y razas, contiene el germen del amor entre las razas mismas, entre los mismos pueblos; está en ellos, por consiguiente, el primer coágulo cósmico de esa sociedad de las naciones en que tanto se piensa.

Y no es la América inglesa, por cierto, con ser tan América como la nuestra, no es ella la que mejor puede ofrecerse en esto como tipo y ejemplar, según decía; es la nuestra, la hispánica o ibérica, la que, sin haber realizado la unión legal o constitucional que halló la otra, ha ofrecido esa diversidad de almas nacionales de que habla Lloyd George, conciliada con la unidad de la sociedad humana, que llamamos *el alma internacional*.

Es frecuente oír hablar en Europa de la América española como de una sola entidad sociológica, y hasta política. Y es porque allí no se conciben fácilmente dos personas distintas si no son antagónicas, cuando no enemigas. Es la influencia de los viejos dioses. En Estados Unidos suele creerse algo de lo mismo, aunque por otra razón: porque no se ha estudiado aún nuestra historia, y se confunde la conglomeración sociológica con la política.

No hay tal cosa, sin embargo, ni cosa parecida. No es más distinta Francia de Italia o España que Méjico

de Chile; Colombia o Centro América son de una estructura sociológica muy diferente de la del Uruguay o la Argentina o el Paraguay. Bien es verdad que flota entre todas esas personas colectivas un grande espíritu, un verbo en constante actividad vital que las vincula; pero esa alma internacional, que puede ofrecerse como tipo, lejos de atenuar los rasgos biológicos que diferencian y especifican los nacionales y les imprimen interesantísimo carácter, es precisamente el divino agente que, infundiendo el respeto a la vida ajena, crea la conciencia de la propia en su plenitud; habilita para el amor, principio único de vida. No comparto, pues, el dictamen de los que consideran un mal congénito de la América española su división en varios Estados soberanos. No es ésa la causa de sus flaquezas, y bien puede serlo de su futura fuerza y de su grandeza: la simplicidad de las unidades.

La congénita dispersión en varios Estados, por ejemplo, de lo que fue el antiguo Virreinato español del Río de la Plata, y la no menos fuerte conglomeración de lo que constituyó la antigua Gobernación de Guatemala, pueden darnos de eso una idea concreta. Ahí están, efectivamente, esos cinco Estados independientes que ocupan el gran istmo, entre los dos océanos, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, El Salvador, Guatemala. Disgregados por causas accidentales, sienten, sin embargo, la existencia de una sola patria centroamericana que los llama. Esta puede *no existir*, pero es. Ningún costarricense, ningún hondureño creerá que ha perdido su patria por la constitución de la que comparte con el hijo de Nicaragua, o de El Salvador, o Guatemala. Son gotas del gran río; con la ley de las superficies salieron de las profundidades. Se ha estado trabajando y se trabaja por encauzar esa natural corriente; se llegó a constituir la República Centroame-

ricana, con Guatemala, El Salvador y Honduras. No entraron en ella Nicaragua y Costa Rica; pero se escribió en la constitución de la nueva república este artículo: "La nación reconoce que, por razones étnicas, geográficas e históricas, también *deben integrarla* los Estados de Nicaragua y Costa Rica. De consiguiente, la federación seguirá considerándolas como parte integrante de la familia centroamericana". He ahí un caso nuevo en la historia de las constituciones: la incorporación, a la ley positiva, de una intención, deseo, anhelo o lo que sea, convertido en mandato sin más sanción que la moral, y cuyo cumplimiento se espera del tiempo, de las fuerzas naturales conglomerantes... del amor, en una palabra.

No ocurre otro tanto con los cuatro Estados del Plata, Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay, que aquí nacieron juntos con la común independencia. Tan hermanos como los del istmo austral; tan predispuestos como éstos a la constitución, más o menos remota o próxima, de la familia platense, precursora de la hispánica, esos Estados han sido, y son, sin embargo, resistentes a toda cohesión que signifique desaparición o menoscabo de la propia persona, una, indivisible, perpetua. Un siglo de vida no ha hecho otra cosa que vigorizarlos, sin menoscabo del mutuo afecto. El amor es aquí disgregante en cierto modo. Las más duras pruebas, guerras intestinas, pobreza, soledad, desalientos de los propios a amenazas o desdenes de los extraños, han sido otros tantos elementos de concentración del carácter en todos y cada uno de ellos; se han endurecido en el dolor y la prueba. Si alguno de ellos mereciera mención especial, como tipo de unidad, acaso pudiera ser, no el más grande y próspero, sino el menos favorecido hasta ahora de la fortuna materialmente. Quiero hablar de ese amable y recio

Paraguay, que no tiene aduladores, pero es mirado con respetuosa predilección por sus semejantes en nuestra América.

Ese pueblo, aislado durante algunos años, pareció quedar extirpado, allá a mediados del siglo pasado, por una guerra encendida entre nosotros por el diablo, por un demonio exótico, y de la que no es el caso de hablar; sólo le quedaron mujeres, porque los hombres, aun los niños, murieron en las filas. En los úteros de esas fuertes hembras paraguayas quedó, sin embargo, todo el Paraguay, tanto o más incólume que nunca, más que nunca dispuesto a ser lo que es: a soportarlo todo con austera y resignada dignidad. Es un ente casi incorpóreo, con la menor cantidad de cuerpo posible para contener un alma inmortal; es, pues, lo más próximo a la unidad primordial, indivisible. Si hemos de estar al último cálculo demográfico, al del economista ruso Rodolfo Ritter, aceptado y aprobado por el director de estadística, Juan Vicente Ramírez, el Paraguay tenía 600.000 habitantes el año de 1921. Puede contener cien millones, con la densidad de Bélgica.

Si el economista ruso se hubiera visto en el caso de decirnos en cuál de esas dos naciones, su patria, su enorme Rusia, y el Paraguay, debemos reconocer una nación, una persona en cuerpo y alma, una unidad, un todo, creo que se hubiera visto perplejo, cuando menos, ante el espectáculo que hoy ofrecen las Rusias, chicas y grandes, que andan por el mundo en busca de sus almas. Los paraguayos son más paraguayos que los rusos rusos. Sería necesario matarlos a todos, uno por uno, para matar al Paraguay. Y cuidando de no dejar una mujer paraguaya encinta de un varón.

CAPITULO III

LUCES Y SOMBRAS

I

Gracias a ese espíritu recóndito, es en nuestra América, en la hispánica, donde quizá pudieran encontrarse los casos ejemplares de amor entre semejantes colectivos, que, imposible al parecer, es, sin embargo, la sola estrella que ve el inglés, con ser inglés, en la noche del presente. Bien será recordemos algunos de esos casos.

En esa guerra del Paraguay de que hemos hablado, por ejemplo, nuestro Uruguay republicano, aliado al entonces Imperio del Brasil y a su hermana la República Argentina, fue de los beligerantes; sus soldados fueron dignos, por cierto, de los paraguayos. Que no es el valor guerrero lo que falta en el corazón americano, ni lo que más distingue un pueblo de otro.

Yo no sé quién venció en aquella malhadada guerra, ni me importa saberlo; creo que, en resumidas cuentas, todos fuimos vencidos por el diablo que la encendió. Pero el desangrado hermano paraguayo, caído sobre el escudo, hubo de reconocerse deudor a sus enemigos de una suma de dinero; de eso que suele llamarse indemnización de guerra... o no sé cómo.

Y bien. En nuestro Museo Nacional se custodiaron, durante algún tiempo, los llamados "trofeos de la Guerra del Paraguay": algunas banderas, tambores

agujereados por las balas, unos cuantos fusiles... Eso estuvo allí durante varios años... no sé cuántos.

Pero llegó un momento en que un presidente del Uruguay, que por ese solo cuarto de hora de su vida merece ser salvado del olvido, (se llamaba Máximo Santos) movido no de un pensamiento pero de un espíritu, tuvo lo que suele llamarse una corazonada: tomó todo aquello, banderas, fusiles, tambores agujereados, y, de buenas a primeras, lo devolvió a su dueño, el Paraguay, diciéndole, además, que no sólo no debía nada de dinero a su hermano el Uruguay, sino que éste se sacaba un gran peso de encima, al darle lo que era suyo, del Paraguay. Y que sólo le pedía, en cambio, la devolución de su afecto sin reserva alguna.

Yo no sé si eso era correcto según la constitución escrita: no lo sé, ni quiero saberlo; sólo sé que el pueblo uruguayo, todo él, como obedeciendo a una ley más fuerte que todas las escritas, hizo suya la corazonada de Santos, de quien, no sin causa, estaba divorciado. Y que el Paraguay salió, con lágrimas en los ojos, al encuentro de la embajada que le llevaba sus viejos tambores y sacras banderas, besó aquellas reliquias, y dio al Uruguay lo que éste le pedía en pago de aquello: todo su afecto.

Eso sí que puede llamarse un tratado de paz y de amistad. Lloyd George no lo conoce, a buen seguro; no está entre los clasificados en los textos.

Si no más expresivo, fue más original, si cabe, un movimiento afectivo análogo que sintió el Brasil, ya constituido en república, hacia su hermano y vecino el Uruguay, separados, al parecer, por históricas viejas malquerencias. Fue, también, una devolución; pero no ya de trofeos o símbolos, o dineros, sino de una

porción de territorio. Un lago y un río limítrofes, la laguna Merín y el río Yaguarón, estaban, tiempo hacía, y a consecuencia también de tratados *de paz*, en poder del Brasil. Era aquello algo así como un agua cautiva o irredenta; agua estancada, nido de venenosos mosquitos y sabandijas. También existía una deuda.

El Uruguay había reclamado justicia, sobre lo primero especialmente, pero en vano; todo se iba en dilaciones, en dimes y diretes, como es de práctica: embajadas, protocolos, valuaciones, proyectos de compensaciones, dignidades nacionales. No habían faltado, por supuesto, descortesías, y hasta groserías, palabras que parecían "irreparables", de parte del que se consideraba más fuerte, con sus naturales represalias, también irreparables, al parecer. Y los rencores entre uruguayos y brasileños, y los malos deseos, crecían en aquellas aguas, como los mosquitos en las estancadas y llenas de verdín.

Pero nada había de irreparable en todo eso. Que llegó un buen día en que apareció en tierra brasileña un hombre de entendimiento y corazón bastante claros y fuertes para sentir que aquello no era bueno; que, a despecho y pesar de todos los tratados, la mitad de la laguna aquella, y la mitad del río divisorio o fronterizo, eran del Uruguay. Y el día menos pensado, buenamente, sin que mediara circunstancia alguna ocasional, devolvió al Uruguay lo suyo, sin pedirle otra cosa que lo que éste había pedido al Paraguay: afecto, buenos deseos... amor, pues, si hemos de emplear la palabra inverosímil de Lloyd George. La forma en que aquello se hizo, ahuyentó toda idea de reserva mental, y desconcertó todos los recelos o suspicacias. Ya no una condición, pero ni una palabra que pudiera

considerarse molesta, menoscabó la recíproca dignidad de aquel acto; la deuda se destinó a la construcción de obras fronterizas de utilidad común, y las aguas se dividieron buenamente.

El autor de aquella extravagancia internacional se llamaba Río Branco; era un *luso-americano*, un *his-pánico* de buena cepa, (yo llamo Hispania a toda la península) estadista de ideas propias, no librescas, noble carácter, corazón bien puesto: un poeta, lo que se llama un poeta. El pueblo brasileño hizo también suyo aquel salto del corazón. Y en el del Uruguay nacieron deseos de felicidad común; la vida de un alma en otra.

Todo esto tiene por causa el convencimiento de que, en América, la guerra ha sido un mal o enfermedad que podríamos llamar *esporádica*, en contraposición de las *endémicas*, es decir, de las que son propias de la región, con sus causas permanentes: meteorológicas, telúricas, de habitación, de costumbres, etc.: esporádico, disperso, exótico, o como quiera llamársele.

Así lo expresó muy bien, y conviene recordarlo, la República Argentina, nuestra hermana predilecta, que había estado en guerra con el Paraguay, y que, excusado parece decirlo, siente y piensa como sus hermanos, ni más ni menos. Esa misma guerra del Paraguay, y sus vestigios, le dieron también ocasión de expresarlo en términos de veracidad suma. El canciller argentino, en 1922, se dirigió al Congreso, proponiéndole la ley de condonación sin condiciones de la deuda paraguaya.

Y le dice:

“Con el profundo convencimiento de que ha desaparecido para siempre toda posibilidad de vicisitudes entre nuestra nación y cualquiera otra de América,

creo que es imperioso borrar, cuando menos, la materialidad de todo recuerdo doloroso, a fin de vivir tan sólo identificados en los ideales de mutuo engrandecimiento y de solidaridad hacia nuestros comunes destinos”.

“Existe, continúa el Ministro, la deuda de guerra del Paraguay. Pues bien. Por los fundamentos que inspiran este mensaje, cuya sola enunciación basta para que sean debidamente consagrados, debe declararse extinguida esa deuda. El Poder Ejecutivo, *seguro de interpretar el sentimiento nacional*, somete a V. E. esta condigna solución histórica”.

Estos actos de amor internacional parecerán un cuento a los estadistas del viejo mundo. Conocida es la frase del llamado “Canciller de Hierro”, constructor de la *unidad* alemana, hija del Dios Pan: *pangermanismo*: “Un pueblo que deja de conquistar, decía ese Príncipe de Bismarck, y comienza a devolver, es un pueblo muerto”. ¡Muerto! He aquí que el Brasil ha devuelto, y no es un pueblo muerto, ni mucho menos; está vivo, en la plenitud de su vida; “*Con libertad ni ofende ni teme*”, como dice el mote del escudo de nuestro Artigas, el primer maestro de amor internacional. Esa gran palpitación de las entrañas brasileñas ha sido, precisamente, la revelación más clara de vitalidad que ha tenido esa nación en su historia. No se escribirá ya la del derecho internacional sin recordarla como el albor de un nuevo día, que ha salido del sol iberoamericano. Y bien vale esa gloria, que los otros pueblos envidiarán, ya no digo un pedazo de laguna, y un poco de agua de río, pero las aguas todas del océano, con sus olas y rompientes.

Son esos los signos de igualdad de especie entre los pueblos, la existencia de semejantes, condición *sine*

qua non, de ese amor entre naciones que entrevé Lloyd George, el centinela, como la sola luz en la noche; es ésa la base en que podría fundarse la existencia de un *Derecho Internacional Americano* de que tanto se ha hablado, si él existe realmente. Que si eso no fuera la locución "derecho americano" carecería de todo sentido racional. No hay más que un derecho entre alma y alma, como no hay más que una línea recta entre punto y punto. Todas las demás son torcidas; jamás darán con el punto; se dispersarán en el vacío.

II

Es la falta de esa luz lo que hace tan lóbrega la noche europea en que se ve envuelto Lloyd George, y lo que induce a muchos a creer que el derecho internacional no existe. El estadista inglés no lo ve, por lo mismo que no vemos nuestras pestañas: por tenerlas demasiado cerca de los ojos. Imaginemos, por ejemplo, que un buen día, Inglaterra se sintiera bastante fuerte para devolver a España, buenamente, no por miedo, ese pedazo de piedra que le tiene clavado en el corazón, ese endiablado peñón de Gibraltar en que está de centinela, sabe Dios para qué. Para nada bueno puede ser. Una nueva Inglaterra, más fuerte que nunca, aparecería en el mundo, si tal acaeciera. Y éste creería, entonces, que la Gran Bretaña entró en la última guerra, efectivamente, en defensa de la neutralidad de Bélgica: por honor y por amor. Y los hispano-americanos, los españoles de acá, les quedaríamos tan reconocidos como los de allá; tan reconocidos o más.

Pero no está eso tan próximo como fuera de desear, ni muchísimo menos. Los pueblos europeos, tan dis-

tantes de sus orígenes confusos, no sienten bien, al parecer, la propia unidad en torno al corazón, ni la de sus semejantes; no son, con ser tan viejos, perfectamente maduros; buscan siempre algo que les falta; se están conglomerando, integrando; parecen almas que buscan sus cuerpos; almas en pena, que se miran de reojo las unas a las otras.

Estamos viéndolas salir de entre los escombros que ha amontonado la guerra; pasan dolorosas o irritadas ante nuestros ojos, como las que cruzaban, por las sombras infernales, ante los de Dante y Virgilio. Podemos interrogar, como el poeta, a éstas que han salido, por ejemplo, de la enorme Rusia, para que nos digan el secreto de su noche. Bien es verdad que *la barbarie rusa* era proverbial en Europa; rascad al ruso, solía decirse, y encontraréis al cosaco; rascad al cosaco y hallaréis al bárbaro. Pero eso tendría mucho que observar. Dígase lo que se quiera, la enorme Rusia era considerada por las naciones europeas como un semejante, como una noble persona. Tenía, efectivamente, su grandeza, su literatura, su música. Y su alianza política era buscada de todos con empeño. Cuando yo oí decir a Félix Faure, el presidente francés, en el banquete de Marsella, aquello de "las dos naciones amigas y aliadas", sentí grande alegría; todos nos alegramos al saber que Francia no estaba sola en el concierto europeo. "Concierto" era llamado aquello. ¡La barbarie rusa! El puente monumental Alejandro III, que cruza el Sena, es nube que pasa, con ser de piedra; la república conmemorando y glorificando al Zar, es de lo más curioso que darse puede, no cabe duda.

No había allí, sin embargo, en la Rusia del Zar, tal persona capaz de amor; ni como sujeto, ni como objeto. Se examinan los pedazos de ella que la guerra

ha hecho saltar a los cuatro vientos, y se ve en esos cascos otras tantas vidas, con sus respectivos corazones. Y la persona, si no es un monstruo, no puede tener más que uno; dos o tres corazones en una misma cavidad torácica rompen las costillas. Por eso esas entidades son incapaces de amor. Mal pueden amar a sus semejantes, si no pueden amarse a sí propias. Llevan en sí mismas la contradicción, la guerra. Nubes, como el puente; nubes de piedra. Finlandia, Letonia, Estonia, Lituania, Besarabia, Táuride, Cáucaso, Siberia, Ukrania... ¿qué sé yo?, todos esos cascos de Rusia, todos reclaman su derecho *a no ser Rusia*. Aun hay ruso, sin embargo, que juzga necesario volver al enorme conglomerado, para que la Rusia exista. No ve que la primera condición, la sola esencial, para ser ruso, como para ser uruguayo o francés, es, aunque no lo diga la Constitución, *querer serlo*. Para mí, cuando menos, el que no quiere ser uruguayo no es uruguayo. Puede irse a su casa; debe irse; no nos hace falta.

Entretanto, ahí queda la Moscovia, con sus cuatro o cinco millones de kilómetros, me parece, y sus ciento veinte millones de pobladores, si no me engaño, que no se sabe lo que son ni lo que serán, y que forman el núcleo, al parecer, de la gran Rusia que, extenuada y en harapos, tiende la mano a los transeúntes de los grandes caminos del mundo.

Pero si no se sabe hoy dónde estaba Rusia, se sabe perfectamente dónde no lo estaba. No lo estaba, por cierto, en ese pedazo de Polonia, por ejemplo, que ha saltado el primero del gran conglomerado, y que no puede confundirse; ha salido, después de siglo y medio de sepultado en Rusia, como esos seres vivos que aparecen en el cuerpo de una piedra cuando se la

parte; han vivido sin comer, ni beber, ni respirar. Un corazón, que no era piedra, latía en la piedra, sin embargo: una vida permanecía.

Todo el mundo sabe de aquella brutalidad que dividió a Polonia en trozos, uno para cada uno de los imperios, que, llevados de la voracidad, cayeron sobre lo que creían un cuerpo sin vida. ¡Como si las almas pudieran alimentarse de cuerpos muertos! Bien será observar que esa Polonia no fue descuartizada por los tres imperios, sólo por devorarle la carne; lo fue, con la complicidad de la Europa paralítica, para extirpar el espíritu democrático, más o menos embrionario, que animaba aquel organismo secular. Sus gobernantes eran elegidos por el pueblo; la misma corona era otorgada por la nación, como la del Justicia de Aragón, en España. Por eso, principalmente, fue sacrificada, no por los otros pueblos, pero por los dueños de éstos, Aegir, Thor, el dios Pan: por los demonios polimorfos patronos de los césares que han encendido siempre las guerras: Belzebú, Belial, la Gran Bestia.

Es el mundo romano, la Francia democrática, sobre todo, quien ha libertado a Polonia. Cuando uno recuerda que en esa nación, de estirpe y lengua eslavas, se habla latín casi como lengua doméstica, se siente conducido a las más remotas causas. Y esa águila blanca sobre fondo carmesí que flota en la bandera de Polonia; y esos cantos polacos campesinos que no han dejado de resonar en los oídos del mundo, como la voz de un pueblo sepultado vivo, como la de Israel en Babilonia; y ese poeta Mickewiz, ese poeta, sobre todo, en cuya voz se siente el vuelo del águila blanca, y el viejo canto, y la lamentación inextinguible, y el anatema tempestuoso, todo es símbolo de eternidad: posesión perpetua y simultánea de vida interminable.

CAPITULO IV

SIGNO DE VIDA Y PAZ

I

Los otros pedazos de Rusia que, con Polonia, ha hecho saltar el cataclismo no son tan fáciles de reconocer; pero los hay, Ucrania, pongo por caso, que se nos ofrecen como verdaderas almas. Elijo como tipo a Ucrania, no porque yo conozca, más a fondo que a otras, a esa nación, pero precisamente por lo contrario: porque puedo mirarla con el candor del niño campesino, que no veía en las torres otra cosa que las golondrinas; como se mira el alma de los paisajes: cerrando algo los ojos. Así procedía ese Carlyle, grande historiador de que suelo yo hablar muy a menudo. Porque no vio peligro de que lo tomaran por mahometano, ese inglés eligió a Mahoma, como caso también, para estudiar el héroe profeta: lo mira cerrando los ojos, reduciéndolo a su significado genérico: *lo estiliza*.

Estilizaremos, pues, a Ucrania. Que nos perderíamos en tinieblas impenetrables, si, para reconocerla como *semejante*, como *persona biológica*, nos empeñáramos en penetrar y resolver los problemas geológicos, étnicos, fisiológicos, históricos, espirituales que nos ofrecen los escombros de Rusia. Aquello está lleno de larvas, verdaderas larvas, que construirán o no su capullo, que tendrán o no la fuerza de la mariposa para romperlo, y que contrastan con estos Estados

americanos de que hemos hablado, con el Paraguay, con Centro América, que parecen otro género de vivientes: fortísimas mariposas, fuertes como águilas. No se sabe a qué ley natural de vida recurrir, efectivamente, para juzgar de aquellos conglomerados o desprendimientos. Rutenos, polacos, rusos, ucranianos... ¿Dónde están allí los seres semejantes, es decir, capaces de amor recíproco con los colectivos de su especie?

Carlyle nos da, como piedra de toque, la religión, a la que llama *símbolo divino*. Yo no pongo en duda la eficacia del recurso; pero sería necesario que nos convenciéramos, en los casos concretos, de que la religión es, en un pueblo, una realidad espiritual, no una simple fórmula política o litúrgica. Que lo es en Polonia, no cabe dudarlo; la religión católica es allí la patria, como lo es en Irlanda. Y por eso resucitan de entre los muertos. Pero no lo veo tan claro en Ucrania. Los ucranianos rusos, hermanos de los rutenos, que hablan su lengua y tienen sus costumbres y su común historia, y que formaron en el conglomerado austro-húngaro, estaban amarrados a Rusia por la religión cismática ortodoxa, con el Zar por Pontífice; allí como en otras partes, la religión era un simple *instrumentum regni*, cosa muerta, nada. Ahora vemos a Ucrania desprenderse de Rusia y revelarnos, según parece, lo recóndito de su espíritu. A mediados de octubre de 1921, mientras la Rusia bolsheviqui reniega de toda religión y quiere fundar la unidad en el vacío espiritual, se reúnen todos los representantes de la iglesia rusa de Ucrania, y acuerdan, por unanimidad, separarse de esa iglesia cismática, reconocer la autoridad del Pontífice Romano, hacer traducir los libros litúrgicos católicos al ucraniano por monjes católicos (ba-

silios), reconocer, por fin, como metropolitano al Arzobispo católico de Lemberg, que se encargue de llevar su mensaje al Papa, y llame las diversas órdenes religiosas para la evangelización católica de Ucrania.

Y no es eso, sin embargo, debo declararlo, lo que me hace entrever la unidad de vida personal en ese casco de la vieja Rusia. No veo, entornando los ojos, si es eso, o no, el conglomerante de aquellas almas. La Iglesia puede ser cosa exterior; es difícil de percibir, a la distancia, hasta qué punto está agarrada al corazón del pueblo, y emerge de él como "símbolo divino". No es eso lo que he oído y me hace tomar a Ucrania como modelo de paisaje.

II

Como la voz de un pájaro nativo, he oído, en cambio, allí, la voz de un poeta ucraniano, Taras Scewrenko, realmente ucraniano, tanto como Mickiewicz polaco. Y es ése, para mí, el signo inconfundible, también divino, de la existencia allí de una vida.

Claro está que, al hablar de esa persona poderosa, el poeta, no hablo, ya no digo del versificador, pero ni siquiera del hábil cincelador de palabras musicales, y aun de ideas armoniosas, poesías, estrofas, prosas rítmicas, etc., que también es llamado poeta. Y lo es en cierto modo. Su primoroso artefacto satisface ese anhelo de contemplación desinteresada que tiene el hombre, como tal hombre, y que lo distingue del bruto; es obra, por consiguiente, de alta dignidad. Pero el poeta de que hablo no es eso; es otra cosa. No es un peldaño más en la escala ascendente que forman el artesano, el artífice, el artista, sino la obra de arte de

un pueblo que en él se siente a sí mismo, se manifiesta, y tiene su expresión perdurable; en él ama, espera, recuerda, sufre, se arraiga en su pedazo de tierra, con su cielo correspondiente, y sus golondrinas o sus témpanos de hielo. Las palabras que se forman en su voz, no son un artefacto sino cosas naturales, como el viento; sus creaciones suelen ser, como todo lo recién nacido, balbucientes y hasta deformes, pero esas palabras, una vez dichas, lo son para siempre; los que quieren imitarlas dicen tonterías, como pintan o modelan tonterías los que imitan a los primitivos.

Ese Taras Scewerenko, el ucraniano de que hablo, es uno de aquéllos, me parece. Aunque sólo lo he visto a través de referencias y estudios críticos, veo en él lo suficiente para encontrarme con un alma nacional distinta a las demás; veo a Ucrania reflejada en sus ojos, como "el divino silencio verde de la llanura" que veía el poeta en los grandes ojos del buey.

Taras Scewerenko es el verbo musical del movimiento separatista de Ucrania, que data de principios del siglo pasado, y que busca su espíritu en las leyendas populares, y en los recuerdos que viven en la imaginación de los cosacos. El famoso Gogol fue quien llamó la atención y despertó el interés de sus compatriotas sobre su tierra, sus leyendas, su vida espiritual; un grande historiador, Miguel Hrushewski, profesor de la universidad austríaca de Lemberg, ha escrito una historia monumental, en que sostiene la tesis de la nacionalidad ucraniana, con fecunda elocuencia; pero es el poeta, es ese Scewerenko de que hablo, quien, historiador por excelencia, ha condensado realmente el alma de aquel pueblo, y creado la República de Ucrania.

Aquel pobre hijo de unos campesinos serbios, nacido en 1914, que, tras una infancia triste en que guarda ganados y sigue la vida de la estepa, se instruye y vuelve a su villorio, para inspirarse en su tierra y darle su voz musical, es todo un fundador; más, por supuesto, que los hombres de guerra. Su vocación fue su desgracia. Acusado de escribir en lengua ucraniana versos peligrosos a la seguridad del Estado, es enrolado, y desterrado por fin. Comienza su martirio; sus cartas en el destierro y la soledad son un grito de angustia. Repatriado, lo vemos de nuevo echar a volar desde su corazón las estrofas vivas, y de nuevo expulsado, con la expresa prohibición de leer y escribir.

Consigue gracia; vuelve a Petrograd y a Kiew; pero allí produce nuevas poesías, y hasta compone una serie de manuales de lengua ucraniana para sus jóvenes compatriotas. La lengua, el verbo, es su fe. Rigurosamente vigilado, y agotado con los destierros y sufrimientos morales, muere el 26 de febrero de 1867. Comienza, pues, a vivir la vida del poeta. Sus obras consisten en una colección de poesías tituladas "Kowsar", y en una especie de epopeya "Haidamaki", en que se glorifica la lucha de los cosacos contra sus opresores. "Una sencillez conmovedora, dice el crítico que me sirve de guía, el amor a la tierra ucraniana que ellas inspiran, son los valores principales de esas poesías. En "Haidamaki" palpita el dolor de un pueblo, ya libre y vagabundo al través de las estepas, ya obligado a volverse sedentario y esclavo".

El alma de esos cantos lo es de aquel pueblo, que se conglomeró en torno de su poeta, y que ya no puede morir, porque el *verbo* de Ucrania es en él inmortal.

III

Reconocer en eso, en las palpitaciones de un corazón, las unidades vivas de nuestra especie, y, una vez conocidas, respetarlas, es el solo medio de llegar al amor recíproco en que ve Lloyd George, no sin mucha causa, la sola luz amiga en la noche tenebrosa. Que sólo así nos es dado aproximarnos, si no llegar, a aquello *divisible* y *no separable*, de que hemos hablado: a la unidad espiritual, sujeto único y único objeto de pasión. Los pueblos, a su vez, todos y cada uno de ellos, al verse a sí mismos en sus rapsodas, se sentirán el alma, es decir, tendrán conciencia de la propia integridad personal. Y esa dignidad, alejando de ellos la envidia, el más ruin de los vicios, el contrapuesto a la virtud de caridad o amor, les dará la fuerza de la quietud. Y sólo así la tendrán: cuando se sientan del tamaño de la propia alma concentrada en sus rapsodas. El genio es la región de los iguales. Inglaterra es del tamaño de Shakespeare, y Portugal lo es de Camoens. Imaginemos a Italia sin Dante, y a España sin Cervantes; y, advirtiendo cuánto se achican, nos daremos cuenta de por qué son grandes. Grecia, a no ser las palabras que habló, no existiría. Y Roma, aun después de ser dueña del mundo por la fuerza, lo fue de sí misma sólo cuando creyó sentirse, en Virgilio, libre de Grecia, su prisionera; cuando se sintió del tamaño de Homero: una persona resonante en su verbo latino.

Entonces cerró el templo de Jano. Estuvo en paz, en quietud. *Ni Ofendo Ni Temo...*

Estas páginas no son estatutos, ni proyectos de leyes positivas, ni siquiera promesas, sino simples buenas lecturas o ejercicios espirituales.

En el culto de los pueblos a la *Palabra*, al propio *Verbo*, que es unidad, está la paz. Ese dios *Pan*, que hoy tanto se invoca, es la guerra. Polimorfo, extravagante, negación de la unidad espiritual, ese dios *Pan* es el enemigo del Verbo, del alma: *pangermanismo*, *panislamismo*, *paneslavismo*... aun *panamericanismo*.

Bien es recordar que esa raíz griega "pan" encierra el concepto de "todo". Pero ese dios *Pan*, el del velludo cuerpo y patas de cabra, que comenzó por ser, en Arcadia, como sabemos, la divinidad de los pastores y los rebaños, el dios del viento ligero y armonioso, o el de los caramillos y dobles flautas sonoras, acabó por revelarse lo que era: el genio siniestro, incontinente, que hoy anda por el mundo. Comenzando por ser el dios de la vida universal sin regulador, el universo marino, el gran *Todo*, el anhelo de lo inaccesible, acabó por transformarse en el genio de los *pánicos*, de los pavores; el que persigue a los perdidos en la soledad, a quienes infunde los miedos o terrores homicidas. En los últimos tiempos del paganismo, veo a ese dios *Pan* en la categoría de los demonios, genios no inmortales, intermedios entre el hombre y la divinidad.

Es ése, si no me equivoco, el que ha llegado a nosotros: el gran patrono del *pan-theísmo*, todo dios o todos dioses, es decir, negación de Dios, silbido de serpiente. Que así habló la primera: *Seréis como dioses*.

Ese demonio de la pluralidad originaria, negación de la unidad sustancial, ángel que no amó, ni siquiera a sí mismo, es el que sugiere los armamentos contra enemigos no existentes, hijos engendrados por el pánico en la soberbia, *mater tenebrarum*, madre de las tinieblas.

Las que nos envuelven no son otra cosa: pánicos de los seres colectivos, sin unidad, inquietos por eso, y recelosos. Tan hijas de ese dios Pánico son las conglomeraciones irracionales, como la irracional división; ambas suelen ser la misma sugestión: la inquietud incontinente.

Cuando Rusia quería destruir el conglomerado austro-húngaro en beneficio de Servia, y cuando Bismarck quería su conservación como necesaria a Alemania, y cuando el pensamiento de socorrer a Austria, casi moribunda, nace sólo del propósito de impedir que ella busque la vida en su unión con Alemania, todos prescinden de la sola fuerza que preside las atracciones y repulsiones del universo, la sola positiva, constructiva.

Pasan por eso los políticos por millares anónimos; permanece algún morrión o casco guerrero, de vez en cuando, como la cúpula de un templo desafectado. Pero queda, en cambio, colgada en las tortuosas ramas, la cabeza sonora del poeta, como la alcachofa del cardo, llena de semillas aladas, como un nudo de la rama misma en que la vida se concentró.

Y resplandece, en su palabra, el espíritu que vive en el fondo de una estrella fija.

Son ésas las que asoman al borde de sus nubes después de la tempestad; vibraciones de la unidad primordial, o canto de las esferas que se mueven con cadencia y número.

Y el espíritu de Amor, Señor y Vivificante, va caminando sobre las aguas del caos.

Y, distribuido en lenguas de fuego, se posa en las cabezas vibrantes y armoniosas.

Et lux in tenebris lucet.

PERORACION

CAPITULO I

AMERICANOS EN ESPAÑA

I

Aunque no destinadas propiamente a los hombres de ciencia, conviene al buen resultado de estas amenas lecturas darles el prestigio que generalmente se atribuye a las llamadas científicas. El número de los que juzgan incompatibles la verdad y la belleza es grande, no cabe duda; y, si no se demuestra, cuando menos, que lo que uno siente intensamente, bajo su aspecto bello inclusive, no es por eso irreflexivo, se corre el riesgo de ser tenido en menos. No lo son, por cierto, no son improvisados los pensamientos que animan y sostienen las imágenes de este libro de imágenes pensativas. Yo dije lo que aquí, o cosa parecida, hace algunos años, y es el caso de recordarlo ahora, por sí o por no. Cabe ese recuerdo en la índole de estas páginas, con tanto de pintorescas, porque lo era el amable cuadro de que mis ideas sobre derecho formaron parte, y que no es otro que el que ofrecía, allá por el año 1892, la reunión que, en torno de la nación que llaman madre, y no sin causa, tenían las repúblicas todas de la América española. Se conmemoraba el cuarto centenario del descubrimiento de América.

Fue aquel un espectáculo que llamaré ejemplar para dar idea de la existencia del alma internacional de que aquí hablamos; no creo que lo haya habido de mayor

interés; es verdaderamente inolvidable. Todos los representantes de los Estados del continente nuevo, todos, sin una sola excepción, unidos por el verbo común, estaban allí. Se fue en peregrinación al Monasterio de la Rábida, al puerto de Palos, a todos los sitios memorables. Las fiestas fueron muy lucidas: reproducción notabilísima de las tres carabelas de Colón, revistas militares y navales, exposiciones, procesiones históricas, congresos y conferencias; todo muy lucido, sin duda alguna. El aire estaba poblado de los colores españoles abrazados a los hispanoamericanos, y las banderas estaban alegres como pájaros salidos ayer del nido. Allí teníamos también al embajador de Italia, que reclama el alto predicado de patria del Almirante. Y también al de Portugal, la otra nación descubridora, como era razón. Los reyes, el infortunado Carlos de Braganza, y Amelia de Orleans, fueron a Madrid; la hermosa reina vestía los colores españoles. No podía faltar, por supuesto, y no faltó, el suntuoso hijo de Portugal, nuestro buen amigo el Brasil. Era aquella una fiesta ibérica, fiesta de *las Españas*. Me gusta mucho esa locución, "las Españas", para expresar nuestro concepto. *The English Speaking World*, dicen los ingleses. *Mundo de lengua española*, debemos decir nosotros, de lengua hispánica, mejor dicho, para incluir el portugués: *las Españas*. No era el dios *Pan*, sino el Verbo, el que nos unía.

Una nota de especial interés para nosotros fue, sin embargo, la concurrencia, a todos aquellos actos, de los Estados Unidos de América, los de lengua inglesa, que, con visible empeño, querían compartir nuestra fiesta de familia, como hijos que se dicen siempre de Colón. Ese es otro problema, que reclama capítulo aparte, libro aparte, mejor dicho, y lo tendrá, si Dios es servido.

España correspondió, como se sabe, a esas expresiones de afecto de los Estados Unidos, en una forma no menos expresiva: con el obsequio de las tres carabelas, admirablemente reconstituídas, y que, con ese objeto, cruzaron de nuevo el Atlántico, no más profundo que esas lecciones de la infrahistoria.

El francés era hablado allí por todos, naturalmente, como lengua complementaria de la propia, de la inglesa, de la portuguesa, de la española. Nada de germánico, por supuesto, ni de eslavo.

Era de ver, no hay duda, y me es muy grato recordarlo, el espectáculo que ofrecía aquella amable y gloriosa España, en cuyos dominios hubo un tiempo en que el sol no se ponía; era de verla conforme, *contenta*, por fin, de compartir ese sol con las que habían sido sus colonias, y eran entonces sus hijas emancipadas, pero de lengua castellana: *las Españas*. Sólo una espina, bien lo recuerdo, nos punzaba alguna que otra vez las profundidades, y obstaba a las expansiones plenas: la isla de Cuba, colonia entonces todavía. Nosotros sentíamos, todos, los españoles inclusive, que Cuba era una hermana no nacida, pero que iba a nacer: una unidad. No se podía, eso es lo cierto, pronunciar aquel amable nombre, sin embargo. Si aparecía alguna vez, españoles y americanos nos mirábamos las caras... y guardábamos silencio.

II

Contentas estaban también, por cierto, las hijas emancipadas, y dispuestas a darlo todo a la venerable madre antigua, una vez aceptada por ella la gloria de ser definitivamente grande, es decir, madre de varones...

No creo, a decir verdad, que el universo pueda ofrecer un espectáculo semejante a aquel de 1892, cuyo complemento fue la presencia, en 1910, de una infanta española en América, para celebrar con nosotros el centenario de nuestra emancipación o independenciam. También estábamos entonces, en Buenos Aires, todas las repúblicas americanas, contentas de la compañía de la vieja madre, que reía en la buena risa de la infanta Isabel de Borbón, amable y franca y digna persona. Don Alfonso, el rey, vendrá también a visitarnos, según se dice. No lo sé a ciencia cierta. Pero a fe que, si tal ocurre, será recibido como él lo merece: como el representante de la nación amiga por excelencia de América, y como el gentilhombre que todo el mundo conoce y quiere bien.

Pudiera creerse que eso de que no pueda ofrecerse espectáculo semejante al de 1892 en España, es, cuando menos, algo enfático; pero no, no lo es tanto como parece. El afecto que congrega a estas antiguas colonias españolas con el pueblo que las evangelizó y les dio su lengua, no tiene semejante, que yo conozca; el que vincula, por ejemplo, a los de la lengua inglesa con su vieja metrópoli, puede existir, no lo pongo en duda; pero no es lo mismo. El inglés no quiere al angloamericano sin muchas reservas mentales; ni el angloamericano al inglés. Y la causa es clara: el imperialismo inglés persiste; vive su último período histórico; el español ha terminado, felizmente, el imperialismo material. El moral, en cambio, el anhelo de dominar el mundo por la lengua, por el verbo, que es dominio de amor, ése nos es común con España. Vemos en nuestra lengua, menos que otros pueblos, me parece, un buen agente de comercio. Cervantes es nuestro héroe; y quien dice Cervantes dice Don Qui-

jote, el caballero de la justicia, y de la caridad, y de la humildad. También Santa Teresa, con su lengua española doméstica, homérica, nos llama y reúne como una hermana mayor. Es la demasiada riqueza la que acaso impide la conglomeración del mundo de lengua inglesa; nosotros, los de lengua española, no somos tan ricos. Eso es lo que nos ha hecho más ricos de buenos afectos; es la debilidad lo que nos hace más fuertes.

Lo cierto es que, si bien estábamos allí, en España, en la Rábida, muchas personas colectivas distintas, todos nos sentíamos en casa. Cánovas del Castillo, al darnos la bienvenida, dijo una de sus buenas frases, cuando dijo aquello de que "los americanos seríamos en España tan extranjeros cuanto quisiéramos serlo; pero no más".

III

Y a propósito. No creo que se haya sentido tan a sus anchas, en tierra germánica, cierto hombre público sudamericano, que, después de la guerra, fue objeto de afectuosos agasajos en Berlín; afectuosos, y hasta apasionados. El caso puede hacer las veces de una parábola o apólogo. Es el protagonista, como digo, un ciudadano de una república hispanoamericana, que, habiendo sostenido en el parlamento de su país la causa de Alemania durante la guerra, fue después de ésta a Berlín, en 1921, y dio allí, en la universidad, una conferencia contra el Tratado de Versailles y demás, que despertó, naturalmente, mucho entusiasmo en el auditorio. Se le ofreció un suntuoso banquete, cuyos detalles, llenos de color, nos vienen muy a cuento. Junto al obsequiado, estaban el mariscal Macken-

sen, vestido de uniforme de Húsar de la Muerte, negro y plata; el hijo de Guillermo, Príncipe Eitel Friedrich; y los almirantes Tirpitz, Schröder y Reuter; y los generales Ludendorff, von Dick y von Der Goltz; y el ex ayudante de campo del Kaiser, conde Dolma, y el conde Waldersee, y una docena de los más sonados oficiales del imperio, llegados de distintas partes de Alemania. Hindenburg se disculpó por estar enfermo. Todos los militares llevaban insignias y condecoraciones, cascos y uniformes de gran gala. Y estaban también los jefes del partido monárquico-nacionalista, Westarp y Helfferich...

Yo me imagino la situación de aquel republicano de América, y no vacilo en afirmar que era menos cómoda que la nuestra en Madrid. Debo suponer, cuando menos, que si no hablaba bien el alemán, poco habrá servido a aquel huésped su lengua española, y mucho menos la francesa, nuestra lengua auxiliar, que, al lado de la alemana, parece nuestra propia lengua; puro castellano o portugués o italiano. Eso no obstó, sin embargo, a que allí se oyera, en alemán, por supuesto, un buen consejo a los hispanoamericanos, en boca de von Tirpitz, el almirante, que habló después de haberlo hecho Ludendorff, el mariscal, con gran vehemencia. Von Tirpitz encareció a los compatriotas del obsequiado, y a todos nosotros, los sudamericanos, *"la alianza moral y material con España"*.

Convengamos en que la alianza que allí nos aconsejaban, no era la misma que nos vinculaba en Madrid y la Rábida; era tan distinta como el día de la noche. La de la Rábida, la de Madrid, la del Puerto de Palos, era una entrañable verdad: la idea de un enemigo, que flotaba en el banquete de Berlín, no pasaba por allí por cabeza alguna, ni era necesario

para que nos sintiéramos unidos en una afirmación, en una fe. Todos estábamos desarmados: los pechos sin coraza, las cabezas sin casco, las caras sin visera. Queríamos, y podíamos decirnos la verdad sin reservas mentales. El mismo representante de Estados Unidos, confesémoslo, tenía la cara menos cubierta por el casco que von Tirpitz.

IV

Era, pues, aquella, ocasión propicia de decir las verdades, y fue al representante del Uruguay, a mí precisamente, a quien cupo en suerte la feliz de ser uno de los intérpretes, en forma varia, y según las circunstancias, del pensamiento y de los afectos comunes. Estos, los afectos, cobraron forma en un *Mensaje de América*, que yo entregué a España, en las puertas del Monasterio de la Rábida, y que ha sido muy ratificado. Pero fue en el Congreso Jurídico Ibero-Americano, celebrado en Madrid, donde hube de dar forma a nuestro pensamiento, al pensamiento español, el de *las Españas*, de que hemos hablado, y que no es otro que el que en este sermón de paz o evangélica homilía cobra su forma de imágenes.

En aquel Congreso Jurídico de Madrid emitía yo mis opiniones o doctrinas en nombre de la ciencia jurídica, de la española especialmente. Pero hablemos con franqueza: no hay tal ciencia jurídica, propiamente hablando, en ciertos casos. Lo que se hace, en éste y en los análogos, es verter, en el dialecto científico exigido por las circunstancias, las convicciones, los sentimientos, mejor dicho, de un hombre o de un Estado, o familia de Estados. Las naciones no pueden poner en tela de juicio la propia vida; no la razonan generalmente ni la discuten; la viven y la defienden

por divino instinto. Nadie con más suntuosidad que la Alemania moderna ha vestido de ropa científica su fe nacional en los dioses norsos, y en el otro, el dios *Pan*. Primero ha estado el instinto germánico; la ciencia ha venido después, esa es la verdad.

Es de advertir que aun en ésta, en la ciencia, interviene no poco el sentimiento; aun en las sobriedades de estilo del informe científico, cualquiera puede echar de ver la suntuosidad; suntuosas son las largas bibliografías, los tecnicismos herméticos, las hipótesis sibilinas, en que descansa el prestigio de ciertos sabios. Los llamados sabios por antonomasia, que son los cultores de una parte de las humanas ciencias, son a menudo, hoy sobre todo, personas ensimismadas. Hay químicos que creen que si no son primeros concertistas de violín, otros tantos Paganinis, es porque no han probado hacer sonar el violín; que si no son grandes poetas, es porque no se han puesto a rimar. Si leemos, por ejemplo, a Ramón y Cajal, parece que, para el ilustre histólogo, no existe más ciencia que la del laboratorio químico-biológico; la literatura y la historia son, en su concepto, "artes de recreo y atracción, para las que sobran eruditos y comentadores". España no ha tenido ciencia, según ellos, porque no la ha tenido experimental; sus teólogos y místicos, los experimentales del alma, aunque no tengan rival en el mundo de la metafísica, no dan a su patria maldita la gloria. Es más descubrir un microbio, que un héroe, por lo visto; es más alto y fecundo y científico introducir un suero antirrábico en el organismo humano, que inocular un principio de vida y de esperanza y de alegría en el corazón social. La aparición de Pasteur ha hecho desaparecer a Dante, y a Shakespeare, y a Cervantes, y a Pascal, de los cielos es-

trellados. No seré yo quien comparta esa pobre opinión. Quiero disentir de ella expresamente.

La resignación con que los cultores de las letras y de la historia suelen hoy aceptar ese puesto subalterno que, en la esfera del pensamiento humano, les asignan los otros, es ejemplar; pero debe tener su límite. Lo tiene en la dignidad del alma. Es difícil precisar, si bien se mira, el sentido de ese concepto de "ciencia", aun el de "ciencia experimental". Que no sólo la materia orgánica es objeto de experiencia, observémoslo bien; también lo es esa otra "sustancia" que informa ciertos organismos, y los separa del mundo inorgánico; la que distingue una planta de una piedra, y la mirada de una mujer del abrirse de una flor azul. No por llegar a la poesía, se interrumpe el camino de la ciencia, sin embargo; antes se adelanta en él. Los que allí se detienen, se quedan atrás. La misma ciencia de la muerte es experimental. Bien es verdad que no se muere más que una vez; pero es la ciencia de los santos; un paulatino descubrimiento de la vida. Hallar *una palabra*, es a veces un inmortal descubrimiento.

Pese a todo eso, yo hube de invocar en España la ciencia para expresar mi fe, porque estaba en un congreso científico. Y quiero recordar algo de lo que allí se me ocurrió, no para aspirar al título de inventor o de precursor, que tiene tantos aspirantes, sino porque hoy, treinta años después, advierto que no tengo nada mejor que decir, ni más nuevo; que no he aprendido nada desde entonces, con haber sabido, como sé, la lección de la guerra inaudita.

CAPITULO II

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

I

Decía yo, pues, en ese Congreso Jurídico de Madrid, y está escrito en mi libro de 1905, nueve años anterior a la guerra: “Más que a discutir o a investigar convicciones científicas, vamos a proclamar en ese Congreso, las que, si son aspiraciones, más o menos concretas, de la humanidad civilizada, deben considerarse axiomas en la gran familia ibero-americana: la paz, la justicia, el mutuo apoyo en el orden del derecho internacional público; la mayor armonía en el del internacional privado; la mayor extensión posible, dentro de las soberanías individuales, del imperio de las leyes del uno en el territorio del otro”...

No perderemos el tiempo, me parece, ni disonará con el carácter de este libro, que quiere ser ameno, la lectura de lo que entonces decía el representante de la joven república de Artigas, yo, contestando al ilustre Cánovas del Castillo, que pronunció un gran discurso, y a los esclarecidos portugueses Pinto Coelho y Conde de Valençás, que lo habían precedido en el hablar. Si alguien quisiera ver un poco de vanidad en estas transcripciones, puede hacerlo: no me ofenderé por eso. Pero no dejan de ser pertinentes al propósito que persigo en estas páginas morales.

Yo decía literalmente:

El presidente de esta Academia espera, y no sin causa, el concurso de los hombres de ciencia y de experiencia, para resolver, en las sesiones del Congreso que en este acto se inaugura, esos trascendentales problemas sometidos a su dictamen. El señor Cánovas del Castillo, que es uno de los grandes pensadores de Europa, ha comenzado ya, en el intenso discurso que acabamos de oír, a traernos ese concurso por su parte, cuando nos ha dicho la verdad sobre el universal anhelo de evitar la guerra entre los pueblos; él nos ha recordado los peligros inevitables, las tristes y oscuras leyes, superiores a la voluntad del hombre, que perturban el equilibrio internacional, y provocan las tempestades; pero también ha expresado una consoladora confianza en la marcha progresiva y cristiana de la ciencia del derecho, que, si no puede hacer desaparecer por completo el mal, triste herencia de la humanidad caída, podrá al menos atenuarlo mucho, en los futuros destinos de los hombres y las naciones.

Yo adhiero a las doctrinas, y también a los anhelos y esperanzas del señor Cánovas del Castillo; ellos arraigan en las entrañas de la naturaleza o de la persona humana, y en la naturaleza, por consiguiente, de las agrupaciones de hombres que constituyen las personas colectivas, *personas de derecho internacional*, que llamamos Estados independientes y soberanos, y cuya coexistencia sobre la tierra constituye, *ipso facto e ipso jure*, la sociedad internacional, como se constituye, *ipso jure e ipso facto*, la sociedad civil, que nace de pleno derecho con la coexistencia permanente de las personas físicas en un espacio determinado de la tierra. La paz, la armonía, el respeto mutuo, el mutuo auxilio, la caridad, son el orden, la ley, el bien; el

antagonismo, la rivalidad, la guerra, el odio, son el mal, porque son la perturbación del orden, la violación de la eterna Voluntad Creadora, que, en el amor necesario a la perfección infinita de su propio ser, que es todo amor, traza la norma del bien absoluto, y de la absoluta felicidad.

Como lo veis, yo creo en lo absoluto, en lo eternamente preexistente; afirmo la existencia de la causa de las causas: creo en Dios. Juzgo que, así como los radios de un círculo eran iguales, aun antes de haber sido trazado el primer círculo; así como el camino más corto entre un punto y otro era la línea recta, aun antes de haber existido la primera línea y de haberse emprendido un camino a la luz del primer sol, así existía la ley del hombre, antes de existir un hombre; así la ley de la sociedad civil necesaria, antes de coexistir los hombres formando sociedad; *la ley de la sociedad internacional, antes de coexistir los Estados soberanos formando el concierto de los pueblos civilizados.*

Desentrañar esta última ley del estudio del gran organismo internacional, y de sus funciones al través del tiempo; promulgarla, sancionarla sobre todo, darle forma, y trasladarla de la esfera moral a la jurídica, ésa es la empresa en que está empeñada, de siglos atrás, la humanidad, que trepa lentamente la montaña interminable, como aquel Sísifo que llevaba sobre la cabeza la enorme piedra sostenida con las manos. Esa es la obra continuada por estos congresos internacionales, con los ojos fijos en el ideal cristiano entrevisto en la cumbre lejana, pero inclinando de vez en cuando la cabeza, para mirar la tierra que pisan, o volviéndola hacia atrás, de vez en cuando, para ver el camino recorrido.

Empujemos hacia arriba la pesada piedra, con las cabezas y con las manos; pensemos y analicemos: es el método deductivo; deduzcamos los principios de la permanencia o repetición de los hechos: es el inductivo. Sin los principios, los hechos carecen de moralidad; sin los hechos, los principios no serán prácticos. La experiencia sólo puede suministrar *lo que es*; pero no *lo que puede y debe ser*; y, si bien la historia nada tiene que ver con la moral, es indudable que la moral tiene su historia, y ésta su influencia y sus lecciones. Todos sabemos que el derecho internacional es también un derecho consuetudinario; no ignoramos, y es un viejo axioma, que la experiencia es la madre de la ciencia, y que la razón, por poderosa que sea, muy a menudo yerra, sin el contraste de la observación experimental: verdad vulgarísima, de la que me parece se ha abusado demasiado en nuestros días, considerándola un descubrimiento. No lo es.

II

El señor Cánovas del Castillo acaba de decir que el derecho de gentes es la parte más atrasada del derecho general.

Y se comprende. Las personas que son sujeto y término de esta rama del derecho, y cuyas relaciones morales y jurídicas deben regirse por él, son personas que viven al través de los siglos, como los hombres al través de las horas; no tienen, por otra parte, como los hombres, una vida de ultratumba; su destino se realiza en la tierra; sus días, como los genesíacos, son épocas históricas; su marcha es muy lenta, pues, con relación a la vida del hombre, que, en la tierra, es un

instante de aurora; su infancia es muy larga, su madurez tardía.

Vosotros lo sabéis: la antigüedad fue una larga noche; la edad media, un crepúsculo en que el sol del cristianismo rompía lentamente las brumas de la barbarie; apenas son una alborada las edades moderna y contemporánea para el derecho internacional.

Los astros comenzaron a aparecer en España, como lo ha afirmado el señor Cánovas: Suárez, Vitoria, Soto, Ayala. Y los astros no envejecen; las doctrinas de los teólogos españoles, discípulos del genio de Aquino, continuador, a su vez, de Aristóteles, el maestro griego, parecen resucitar en nuestros días, y resucitarán siempre, porque son la verdad. Nada son el tiempo y la distancia en la eterna armonía: el tiempo es un misterio; el sol es una estrella de la vía láctea, de la infinita nebulosa. La humanidad es un niño de cuatro mil años. La sociedad internacional, que ni siquiera ha entrado en su período constituyente, es acaso una enorme tribu de gigantes, sin más autoridad que la del más fuerte, ya que la autoridad, que debiera residir potencialmente en el conjunto de personas colectivas, en el conjunto de Estados soberanos, es aún una especie de *res nullius*, cosa sin dueño, que sólo pertenece al primer ocupante, al que la ejerce de hecho.

Y eso acontece porque aún no se ha hallado la forma de determinar esa autoridad, encarnación de la Voluntad Suprema, por medio de la voluntad de las naciones; esa autoridad que, si no es elemento esencial de la noción filosófica de sociedad, es, sin embargo, no cabe duda, un medio necesario para que la sociedad civil, y también la internacional, tengan funciones ordenadas, y realicen sus destinos: el bien co-

mún de todos los pueblos, en primer término, y la felicidad de los individuos, de las familias, personas físicas o personas colectivas, de cuyo conjunto están formadas respectivamente, como término final.

La sociedad internacional no ha entrado aún, he dicho, ni siquiera en su período constituyente, y mucho menos en su período legislativo; ese derecho que la rige o debe regirla, está, sí, muy atrasado, como lo afirma Cánovas del Castillo con la autoridad de su palabra elocuente. Pero *lo que debe ser es*, en el orden moral; ese derecho existe, porque debe existir: está en las entrañas de la naturaleza humana, y en la de las agrupaciones naturales de hombres que forman los Estados. Leamos en esas entrañas, como los antiguos augures leían sus vaticinios en las entrañas de los *holocaustos*.

III

Yo veo en ellas un derecho internacional que, como el derecho civil, presenta dos aspectos: el del *derecho individual* y el del *derecho social*. El primero considera a los Estados en sí mismos, con las facultades y atributos inherentes a su personalidad inviolable, con destino propio, fin de sí mismos; nunca simples medios para que otros realicen sus destinos; los mira, pues, como *sólo coexistentes*. El segundo, el derecho social internacional, los considera como *asociados*, miembros de esa sociedad natural y necesaria formada *ipso jure*, antes he dicho, por la coexistencia sobre la tierra de personas colectivas de la misma especie, semejantes, del mismo origen, del mismo destino.

Pero el derecho social no puede estar en pugna con el individual en la sociedad de las naciones como no lo

está en la de los hombres y familias; son rayos del mismo foco luminoso, funciones del mismo organismo, notas del mismo acorde. Así, pues, como la sociedad civil, y el derecho social que la rige, lejos de menoscabar la inviolable personalidad del hombre, y los derechos de la familia, tienen por objeto esencial su conservación, su desarrollo en su ambiente propio y su felicidad, así la sociedad internacional, y el derecho social que de ella emana, y que es su ley, lejos de menoscabar la soberanía de los Estados que la forman, tiene por objeto final el conservarla, vigorizarla, desarrollarla. No existe el hombre para el Estado; existe el Estado para el hombre, para la familia. No existen los Estados para la sociedad internacional; pero debe existir ésta para los Estados soberanos. Es el medio en que nacen, crecen, viven, se reproducen.

Concebimos, pues, en la sociedad internacional, el ejercicio de los derechos individuales por cada una de las personas colectivas en que esos derechos radican, y se concibe, también, en armonía con él, el ejercicio de los derechos sociales, o, más bien dicho, de los derechos de la sociedad internacional, por la entidad que pueda invocar *legítimamente* la personería de esa sociedad, y defenderla de los injustos agresores de la felicidad común, que sólo puede ser el resultado de la individual.

Llego, por consiguiente, a concebir, y hasta a vislumbrar en el porvenir, la existencia, no sólo de un *derecho constitucional* de la gran confederación humana; no sólo la de un *derecho civil y administrativo*, sino también la de un *derecho penal internacional*, entendiéndose por tal, no el apoyo mutuo que se prestan los Estados soberanos para castigar el delito de los individuos, o personas físicas, como lo entienden hoy

los autores al tratar de la extradición de criminales, sino el castigo impuesto, no por la fuerza sino por la razón, a los Estados mismos, con el objeto de restablecer el orden moral internacional perturbado, con todas las benéficas consecuencias, en el orden sociológico y económico, del reinado de la justicia sobre los pueblos.

Pero es el caso de saber quién es esa entidad jurídica que ha de dirimir los conflictos del derecho individual de cada Estado, o asumir la personería de la sociedad internacional, para ejercitar y hacer prevalecer los derechos sociales que se identifican con el orden o la intrínseca armonía; es el de averiguar cuál es la racional *forma de gobierno de la sociedad internacional*; quién es el superior entre los iguales, la encarnación del conjunto entre los miembros soberanos que lo forman; cómo se determina; cómo se designa, por fin, y constituye la autoridad, *sin incurrir en un monstruoso cesarismo internacional*.

He ahí el problema, cuya solución encierra acaso el porvenir; pero que no conoce el presente. La sociedad internacional seguirá, en su desarrollo al través de los tiempos, las mismas o parecidas etapas por que ha atravesado la sociedad civil o política, con la sola diferencia que antes hemos advertido: su marcha será más lenta, sus años se contarán por épocas. Que también las sociedades políticas tuvieron su período de larga formación; también en ellas la autoridad perteneció, durante mucho tiempo, al más fuerte, al primer ocupante... Y aún hoy, ¿en qué período vivimos?

Se dice que es la fuerza la que predomina en las relaciones entre los Estados, y se reniega por eso de la justicia internacional, o se abandona la labor que conduce a su conquista.

¿Pero acaso en las diversas sociedades políticas ha dejado en absoluto de ser la fuerza el árbitro entre los hombres, como suele serlo entre los Estados? ¿Acaso es hoy un hecho el reinado de la justicia, y de su hijo primogénito el derecho, en nuestras sociedades políticas? ¿Acaso las leyes internas de los Estados son siempre ordenaciones de la razón enderezada sólo al bien común, y promulgadas por la legítima autoridad? No por eso se niega, sin embargo, la existencia de la sociedad política o Estado.

La autoridad que legisla, que juzga, que ejecuta la ley, no es siempre, en la sociedad civil, bien lo sabemos por desgracia, la encarnación de la eterna justicia que fluye del eterno amor. Y la injusticia es la hija y es la madre del odio. Y el odio engendra la guerra, la guerra civil en lo interno, la nacional en lo externo.

IV

¡Ah, la guerra! He ahí el enigma que aparece, la negación de todo amor, la hija predilecta del arcángel que no amó. La guerra es una esfinge que mira con ojos inmóviles, de hermosura siniestra. Su beso es mortal, y su hija predilecta suele llamarse Gloria. ¿Y no ha dado nacimiento a las naciones?

Es otras veces un genio vengador o expiatorio; es otras, un flagelo meteórico, de fulgurante cauda roja, que purifica el ambiente sideral.

Pero sea de ello lo que fuere, ahí está, sentada en los horizontes internacionales, con los ojos siniestramente hermosos, impassibles y gélidos, clavados en nosotros, que pretendemos interrogarla. La miramos, y parece muda; no nos contesta si la interrogamos. Y si llegara a contestarnos, sus palabras serían más hondas

e impenetrables que el silencio; más oscuras que el dorso de nuestros párpados cerrados; más frías que la piel del hombre muerto ayer.

La guerra es la tiranía; pero... ¡cuántas veces, en el hecho, la tiranía o la dictadura es la autoridad, aun en la sociedad civil!

Notemos la marcha que ha seguido la humanidad en cuanto al criterio internacional sancionado por la guerra.

Esta fue, durante largo tiempo, *la sanción de los derechos individuales* en la sociedad internacional; fue el acto por el cual los Estados *se defendían o se hacían justicia por sí mismos*; los pueblos tenían empeño en encerrarse en los derechos individuales; aun las doctrinas sobre equilibrios europeos o intervenciones, se fundaban sólo en los derechos de cada Estado *a su propia seguridad*, en el *derecho individual internacional*. Hoy ya se invoca abiertamente el *derecho social*, el bien común de los Estados, el interés de la humanidad, para justificar el empleo de la fuerza. Ya es algo más que la intervención de un Estado en el régimen interno de otro Estado, que provocó en las escuelas los anatemas de la mitad de este siglo; es la constitución de hecho de la autoridad en la sociedad internacional; la aplicación a ésta de los principios que rigen la organización de las sociedades políticas. La evolución es radical, pero se define con toda precisión, y parece incontrastable. Es preciso que la ciencia se adelante a ella, y la encauce en los límites del derecho.

Obsérvese bien, y medítese, la acción de un Estado que hace una guerra defensiva contra otro que, erigido en autoridad, la trae ofensiva, invocando el orden internacional, y nótese la analogía de esa acción con la

de un pueblo que se alza en revolución, para resistir al gobierno de hecho, no legítimo, fruto de tiranía, que rige la sociedad, y dice defender el orden público. Este se proclama autoridad en la sociedad civil, con el mismo título con que se atribuye ese carácter, en la sociedad internacional, el Estado agresor que, en posesión de la fuerza, toma también posesión de la autoridad, que, como *res nullius*, viene a pertenecer, de hecho, al primer ocupante.

En ambos casos existe, pues, la autoridad; en ambos será la fuerza, será la guerra, la que, en definitiva, establecerá cuál es, de hecho, la autoridad legítima; en ambos, la sanción expresa del pueblo o de las naciones, que constituiría la verdadera legitimidad, queda sustituida por el silencio, por la resignación de la humanidad o del pueblo, y afianzada, en el tiempo, por la prescripción o por el hecho consumado.

Si negamos, pues, la existencia de la autoridad en la sociedad internacional, porque es sólo la fuerza la que en ésta la ejerce, tendremos que negar también su existencia en la sociedad civil, porque también en ella concurre muy a menudo esa circunstancia. La historia de las sociedades políticas no es otra cosa que la de sus grandes revoluciones, la historia de sus constantes tentativas por hallar lo que también busca la sociedad internacional: la forma de constituir la autoridad legítima, o de hacer práctico el principio absoluto de justicia que debe reglar las relaciones entre los hombres o entre los pueblos.

Caen los Estados débiles, víctimas de los fuertes, en la sociedad internacional, como caen, víctima de la injusticia de los magistrados o de los otros hombres, las personas débiles, físicas o colectivas, en la sociedad civil.

¿No se constituyen muchas veces por la fuerza o por el fraude las autoridades, en el seno del Estado?

¿Pues en qué se diferencia esa sentencia política, dictada y sancionada en definitiva por la fuerza interna que prevalece, de la sentencia internacional contenida en uno de esos llamados sarcásticamente *tratados*, ¡y tratados de paz! impuestos por el vencedor al Estado vencido?

La consecuencia de todo esto es, a mi entender, la siguiente: en la sociedad internacional, lo mismo que en la sociedad política, el simple funcionar del organismo social, que obedece a una ley divina, tiende a la constitución de una autoridad, como tienden los átomos, por su propia rotación, a agruparse en torno de un núcleo. O esa autoridad se constituye de derecho, o se constituye de hecho; pero se constituye forzosamente. Sin ella, la guerra es inevitable.

La solución del vital problema que nos hemos planteado no debe buscarse, pues, en el rechazo de la autoridad internacional, sino en hacer a ésta legítima; en dar con el misterio de su forma constitutiva, desentrañándola de los principios y de los hechos. Es el secreto del porvenir, como antes lo he afirmado; es la labor del presente.

Sustituir la autoridad de derecho, la autoridad determinada por la voluntad inteligente del hombre, a la simple autoridad de hecho emanada de una fuerza o dinamismo ajeno a la razón y a la libertad individuales humanas, ha sido la larga y lenta labor de las sociedades políticas; ella ha dado por resultado, hasta hoy, la proclamación del recto principio de la soberanía popular, cuya forma de ejercicio perfecto busca en vano la ciencia del derecho constitucional, que día a día se perfecciona con la educación cívica de los pueblos.

Pues bien; esa misma labor, más larga y más lenta, pero no más sangrienta, porque no lo son más las guerras nacionales que las civiles, esa misma labor es la que sigue, al través de los tiempos, la sociedad internacional; ese mismo ideal de soberanía razonable es el que persigue, sin lograr alcanzarlo, la ciencia del derecho de gentes; y eso es el ideal que hoy congrega a todos los miembros de la gran familia ibero-americana, en el congreso jurídico que en este acto se inaugura, para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de América.

.....

Son esas ideas, persistentes en mi espíritu, las que han engendrado imágenes en este libro. Ese proceso de transformación de las ideas persistentes en imágenes sólidas es de grande interés. Todo hombre tiene en sí mismo un poeta que muere niño generalmente; él se suele llevar las más claras de nuestras verdades.

Suyas son las de derecho internacional de este sermón de paz.

Y todas lo son; hasta las golondrinas que vuelan de las torres; hasta las que salen del paisaje que tengo ante mis ojos, y al que volveremos a respirar aire de paz y caridad.

EPILOGO

CAPITULO I

CONTENTO... CONTINENCIA

I

Este italiano Guillermo Ferrero, gran escritor, por cierto, que leo en estos momentos a la sombra de mis ombúes, dice lo que yo ahora pienso y quiero decir, precisamente, como epílogo de este mi sermón de paz. Y no hay por qué me esfuerce en expresarlo en forma distinta de la suya, pues no lo diría mejor, ni tan bien. Hay casos en que la misma discrepancia de opiniones en ciertos detalles, suele hacer más penetrante la expresión de la común verdad. Y éste es uno de ellos; éste es el caso.

Ferrero se da a pensar sobre el fenómeno de la Alemania moderna, que, con sólo haber dejado *correr la bola*, según él dice, se hubiera hecho dueño del mundo, y que, por no dejarla correr, sólo por querer apresurar su hegemonía inminente, inevitable, lo pierde todo, y cierra, quizá para siempre, la era germánica en el mundo, apenas comenzada. La romántica, la nuestra, continúa; abre un nuevo ciclo secular. ¡Sea en buena hora!

“¿Os ha ocurrido alguna vez, dice el ilustre italiano, echaros a nadar mar adentro, sin tener delante un

punto al cual dirigiros, una barca, una boya, un escollo?"

"En tales circunstancias, corta uno el agua vigorosamente con los brazos; pero le parece que no adelanta nunca un palmo; la línea del horizonte no se acerca. Para darse cuenta del camino andado, hay que volver de tiempo en tiempo la vista atrás, hacia la costa de donde se ha partido".

"¡Cuánto más agradable es, en cambio, nadar hacia un punto fijo! A cada brazada que se da, lo reanima a uno el ver cómo se acorta la distancia; sabe adaptar su esfuerzo al fin que persigue, y, al llegar a la meta, puede descansar y volverse contento, como el que ha realizado cumplidamente su designio".

"Este parangón demuestra la diferencia esencial en el modo de entender la vida y de vivir, en Europa y en América, *antes y después de la revolución francesa*. Las civilizaciones que precedieron a ese acontecimiento, hasta la antiquísima civilización egipcia, o la greco-latina, o la cristiana de la Edad Media, trataban de poner delante de los hombres el mayor número posible de metas, trataban de sembrar el mar de la vida de boyas, más o menos próximas o lejanas. A veces la tempestad arrancaba esas boyas, y entonces las generaciones se perdían en las revueltas olas... Pero cuando éstas se calmaban, los buzos volvían a bajar al seno de las aguas, para anclar nuevas boyas. Y eran muchos los que hacían este oficio de buzos, por turno, o todos a un tiempo: la Religión, la Patria, la filosofía, el arte, la literatura, la tradición, la familia".

"La civilización del siglo XIX suprimió todos esos puntos fijos, diciendo que eran otras tantas trabas para la libertad del hombre, y puso frente a éste lo infinito".

“En efecto. ¿Qué es la doctrina moderna del progreso, interpretado como el aumento indefinido de la riqueza y del poder, sino una marcha hacia lo infinito, en la que no hay una meta definitiva, ni más límite que el alcance de las fuerzas propias?”

“No hay riqueza ni poder tan grandes que no permitan imaginar una riqueza y un poder mayores; si el ideal y deber consisten en crear riquezas y poderes cada vez más grandes, nunca se llegará al término de esa escala. Se puede comprender así por qué los hombres modernos están siempre *descontentos*. . . . Cuanto más tienen, más desean. Se puede comprender también por qué los alemanes, que, en los últimos treinta años, habían tenido gloria, poder, prestigio y riqueza, en mayor medida que los demás pueblos, eran precisamente los más *descontentos* de todos, a tal punto que, para conseguir un poco más, se arruinaron a sí mismos, y con ellos a la Europa entera”.

“La civilización moderna es una civilización insaciable, que, como la loba del Dante, después de comer tiene más hambre. La inmensa catástrofe actual es la consecuencia de ese descontento. Y su iniciativa tenía que partir del pueblo que, en los últimos treinta años, se había mostrado siempre el más exigente de todos, justamente porque era el más favorecido de la suerte”.

.....

II

Descontento... incontento... incontinencia... inquietud... tristeza... guerra...

El diablo es el ángel triste... eternamente triste; inextinguible envidia. El se entretiene en trazar las rayas negras entre las cosas.

La felicidad es contento o continencia, alegría, quietud, reposo, caridad.

Paz, turbulento espíritu, dice Hamlet a la sombra subterránea. La sombra es la venganza, hambre del mal.

Ferrero, como se ve, si bien imputa a Alemania el ser la causa del desastre, considera sus ambiciones como causa sólo inmediata, actual. No podemos buscar otras, si bien se mira, en resumidas cuentas, para fundar las sentencias de la historia. A medida que las causas son más remotas, aparece mayor el número de culpables; llegaríamos al pecado original, de que todos participamos, y al primer homicidio.

Pero aún dentro de las causas inmediatas, la del actual desastre no ha sido, para Ferrero, la ambición alemana, sino la *civilización moderna*, la revolución francesa, mejor dicho. Eso pudiera ser aceptado, en mi concepto, si esa tendencia a la riqueza, al poder, a la dominación, que el historiador italiano atribuye a Alemania, fuera característica de la edad que comienza con la revolución contemporánea, y si ésta no hubiera tenido por causas otras incontinencias de los grandes; pero nadie sabe mejor que él, él, que nos ha hecho meditar sobre la *Grandeza y Decadencia de Roma*, que no es ése el hecho. El hambre dantesca ha asediado siempre a las naciones muy grandes, lo mismo a las modernas que a las antiguas. Fue el cardenal Richelieu quien más contribuyó, para abatir al Austria y conquistar la hegemonía francesa, a levantar el pequeño reino protestante de Prusia, que tantos dolores de cabeza nos ha dado. Lo que acaso pudiera afirmarse es que esa enfermedad ha atacado siempre, hoy como ayer, a esas personas: a los conglomerados, formados por el dios Pan, que son materia, más que a las

unidades, que son espíritu, verbo, y regulan la historia. Fue la pequeña Grecia, por eso, por ser un espíritu, una dignidad, y por no aspirar a otra cosa que a conservarla, la que, en los tiempos antiguos, antes de que Alejandro la hiciera conquistadora, detuvo y quebrantó la barbarie asiática, la de los Jerjes y demás deformes entes dañinos, y levantó sus monumentos: Aristóteles, Esquilo, el Parthenón.

Y ha sido Bélgica, en la época moderna, la que se ha ofrecido como el tipo de majestad de una nación soberana: patria-alma, unidad moral antes que económica.

Entre tus necesidades ¡oh hombre! está la de una patria a quien amar y servir. Disminuir tus necesidades es llenar tu bolsa. Cuanto más límites materialmente y más concretos y hagas sensible el objeto de ese amor, tanto mejor podrás satisfacerlo. Y será más puro y generoso. Pon tu boya accesible, ¡oh nadador que nadas en el tiempo hacia la eternidad!

Es bien recordemos aquí, ante todo y sobre todo, que la ambición colectiva, vicio del alma nacional, es, en resumidas cuentas, la resultante y acción recíproca de las soberbias individuales. El nadador hombre ha de tener una meta en la vida, y ella no es otra que la muerte, la última boya; tener ésta a la vista, y hallar en ella el objeto o término del esfuerzo, es la fuente suprema de energías. Si la muerte es lo infinito en sentido de "Nada" o infinito negativo, el hombre nadador está perdido; si lo es en el de "Todo" o infinito esencial, sustancial, afirmativo, el nadador es más grande y más fuerte que el mar; éste se achica a medida que aquel punto se agranda.

También son nadadores las naciones, y han de tener una meta, una boya, es decir, una cosa *fuera de sí*

mismas a que dirigir su esfuerzo. Si la tienen dentro de sí mismas, como lo supone Hegel, por ejemplo, el dios-estado, ese nadador sin punto de llegada se hundirá en su propia extensión oscura, en su descontento o incontinencia. Si, por el contrario, tienen como meta o hoya la felicidad del hombre, como es razón, entonces el Estado, la Patria terrena, que no es inmortal, que vive en el tiempo, participa de la inmortalidad del hombre; es grande y noble como un hombre. No puede serlo más. La dignidad de la Patria no es otra cosa que la virtud de sus hijos; la felicidad de éstos, uno por uno, es su felicidad, su objeto.

Así sólo se concibe que el hombre muera por la vida de la Patria: porque la Patria vive en él y por él. Así el hombre, al amar a su Patria, ama su propia dignidad, medida por su inmortal destino. No es por eso egoísta; obedece a la ley universal. Y la seguridad y la dignidad de las naciones, la paz, está también en eso: en la igualdad de especie y de destino; en tener como objeto de sus funciones la felicidad del hombre en concreto; no el aumento de poder y de riqueza del conjunto, como entidad abstracta, que deja de ser benéfica, al dejar de ser humana, sin ser divina; al ser el núcleo de rotación de esos *egoísmos colectivos* que de todo tienen menos de sentimiento patrio. Este ha de ser, para ser virtud, amor al hombre que nos acompaña, por amor de Dios. Si no; si el amor a la Patria no es amor al compatriota, ¿qué es? Si no amas a tu hermano a quien ves, dice San Pablo, ¿cómo puedes amar a Dios, a quien no ves?

III

Con ese objeto he escrito yo estas páginas, que, como las golondrinas de las torres, han salido de mi casa dada de cal y con su tejado rojo español; con ese fin he hecho conocer mi tierra de colinas melodiosas, y ofrecido en ella la más grande de las patrias, porque es la sola del tamaño de mi corazón.

Es mi boya, anclada en el horizonte, entre el cielo y la tierra. Nado hacia ella, hacia la gloria y felicidad de este pedazo del planeta que Dios me ha dado para servir, es decir, para servirlo a El y a mis semejantes en la tierra. No tengo ni deseo otra cosa; siento que hay en ella bastante para satisfacer mi necesidad de llegar a un punto fijo en que descanse: el que ha de sobrevivirme en la tierra que será la de mis nietos. No es necesario, para ello, ni es parte integrante del patriotismo, el creer que todo es grande y bueno en la tierra que Dios nos dio con tal objeto. Se puede ser buen patriota, sin tener las flaquezas de la Patria, como ser buen hijo, sin las enfermedades de la madre. ¡Oh, el amor a la madre enferma! ¡Ser sano para ella!

No dejo de advertir, cuando esto digo, que acaso pudiera ser notado de *místico* en este mi discurso o sermón; lo suelen ser, muy a menudo, las meditaciones de esta índole. No es cosa que me contraríe, a la verdad; antes me sirve y da ocasión de entrar en mis moradas interiores. Pero no estará demás fijar el recto sentido de ese vocablo: misticismo. Para el hombre puramente material, si tal hombre existe, que no lo creo, todo aquel que rinde culto ostensible a Dios es un místico; lo es el que cuenta con su Providencia y la invoca. Pero desde ese primer acto de religión na-

tural hasta el amor, no sólo reverencial sino pasional, a la Belleza Personal de Dios, que es lo que se llama propiamente misticismo; desde el simple buen cristiano hasta Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, los grados intermedios no tienen cuenta.

En alguno de ellos pudieran haber, efectivamente, estas lecturas, y tener, por lo tanto, algo de místicas, es decir, de inspiradas en un ideal de belleza y perfección, cual no puede concebirse más alto; en una pasión que aniquile todas las facultades o potencias, y que concentre en un solo objeto, de fuerza atractiva irresistible, todas las humanas energías. Eso puede llamarse también idealismo, poesía, belleza esencial, vida espiritual... ¡qué sé yo! No sé si tiene un nombre.

Pudiera también llamarse fe, es decir, ciencia en el más puro, y neto, y práctico de sus sentidos. La ciencia busca la verdad; pero sólo la fe *la posee*. Es la ciencia experimental de Dios. Querer creer es condición necesaria de creer; así lo enseña San Agustín. Pero no basta querer, y mucho menos razonar, para *poseer* la verdad, o, mejor dicho, ser poseído por ella. No es esto tampoco "esforzarse en creer que se cree", como dice Carlyle, sino creer sin esfuerzo, sin más preparación que la humildad racional del hombre ante Dios: el pedido aquel del ciego de Jericó: Señor, haz que vea. La libre voluntad de entregar a Dios la voluntad, es la libertad y la dignidad absolutas. "Creo, dijo el otro ciego a Jesús; ayuda Tú mi incredulidad".

"La fe hace bien en no razonar, dice Ramón y Cajal; es sentimiento, y no lógica; es amor que crea, y no análisis que destruye. Muchos lo han dicho: la crítica excluye la creencia, porque creer es casi lo contrario de pensar".

Algo de eso dice Santa Teresa, más sabia, en la materia, que Ramón y Cajal; pero con una gran diferencia: la fe no es, para ella, sentimiento propiamente, ni lo contrario de pensar; es el "pensar profundo" que dice el poeta, el pensar profundísimo, insondable, presencia de Dios en lo interior, en lo superior, en lo inexplorado del alma. La vida sobrenatural alienta en ese remoto silencio: silencio de los sentidos corporales, en la voluntad o apetito racional que sigue a los actos de la inteligencia, en el pensamiento, sobre todo. Se abandona la casa o *la morada* al huésped que aparece a deshora, que habla sin palabras, o con palabras hechas para nuestros oídos interiores...

La ciencia comienza en un punto de interrogación, y termina en un punto de interrogación, ha dicho uno. "Produce verdadero terror, dice otro maestro de biología química, produce verdadero terror la cantidad de sensaciones, de procesos conmemorativos y tróficos que intervienen en la formación de la conciencia; la complejidad de elementos *imponderables o innumerables* que constituyen el yo".

¡Terror! Es la garra del abismo, efectivamente. Santa Teresa sentía ese pánico, y por eso la llamaron alucinada: porque veía con los ojos interiores, y oía las hablas inverosímiles. Y nadie duda de que hizo obra buena. Pero el terror es en ella adoración, arrebató, evidencia de amor, porque ella ve, en el fondo del abismo, no a la esfinge sino a Cristo, con sus grandes ojos invisibles puestos en ella; no un punto sarcástico de interrogación, sino una adorable certeza, visión intelectual, cuya realidad objetiva verifica o comprueba en sí misma, en su paz y alegría interiores, en su conducta, en su bien obrar, sobre todo. La biología no engendra santos, a decir verdad. Los santos,



en cambio, son los solos sabios de la vida, los solos experimentales, lo que se llama experimental. Ellos no nos demuestran, pero nos muestran, en sí mismos, cómo conviven las dos sustancias inseparables que forman el Yo; nos ofrecen *el solo reactivo* para analizar esa doble sustancia, el compuesto humano, y, sobre todo, las sustancias espirituales que, unidas a él, influyen en sus operaciones. Es ese reactivo, ese *precipitado*, llamémosle así, la *conducta*, el único que disipa, en aquella vela navegante en el arcano llevada por el amor, las dudas angustiosas que la asaltan sobre la naturaleza del espíritu que anda en el suyo, cuando, sintiéndose arrebatada, no sabe a ciencia cierta si es Dios o el demonio quien la lleva, ni adónde. Porque ella no cree en aquello de que "el diablo es un asno", que dice el adagio inglés; ella sabe que de todo tiene menos de asno ese sagaz espíritu y sutilísimo; que no son las cualidades del asno las que lo distinguen. Jamás las tiene todas consigo, la santa insigne; pero sabe que el diablo es la eterna inquietud, la honda tristeza, y reconoce a Dios en su propio sosiego, en la alegría de sus entrañas armoniosas, en su propia caridad, en su caridad, sobre todo. Esta es en ella, no sólo estática contemplación, sino acción pujante, iniciativa inteligente, amor al prójimo, deseo de servirlo, de hacerlo feliz. Ella no cree, como algunos, que sembrar dudas e inquietudes sea buena obra, si ya no es con la promesa y como medio de recoger certezas serenas lo más pronto posible. Sembrar desasosiegos para cosechar desasosiegos no es trabajo muy útil, que digamos, efectivamente. El que tiene algo que decirnos porque está seguro de algo que ha visto, díganoslo, bien o mal, en buena hora, incítenos a verlo racionalmente; pero el que no tiene una certeza, ni siquiera

la espera, nada tiene que decirnos que valga la pena, y es mejor que se calle la boca; que guarde para sí sus dudas o incertidumbres hasta tanto no pasen al estado de cosas claras y discretas. Nada más común que los hombres que no saben nada y se dedican a enseñar. El hombre vive de creer en algo, dice Carlyle, no de argumentaciones y de discurrir sobre infinitas cosas. Las luces de artificio apagan la luna y las estrellas. No ha visto el Alfa del Centauro quien no la ha visto en una noche serena, en las colinas o en la pampa.

El hombre pagano divinizaba las cosas; él mismo se adoraba en ellas. Para nosotros, los que formamos la cristiandad, las cosas no son adorables sino *adorantes*. Y nosotros entre ellas; nosotros, el hombre, la mujer, la cosa más perfecta del Universo, en la que todas las demás, las flores y las estrellas, piensan, aman, vuelan, cantan su canto de alabanza. Y, con nosotros, las patrias que formamos, y que somos nosotros mismos: los hombres, las mujeres.

Es la ley de amor, que refiere toda nuestra vida, la afectiva sobre todo, la pasional, a un principio de unidad: amor divino, efectivamente, vida mística, si así quiere llamársele, belleza suprema que nos mira en el día y en la noche; armoniosa dignidad. Es la boyá hacia la que el alma va nadando, y que nos acerca al término del esfuerzo, con tanta mayor rapidez, cuanto con mayor precisión la vemos, con mayor intensidad. La espiritualización de nuestro cuerpo, la muerte, será una revelación, no cabe duda, una aparición, que amaremos libre y necesariamente, cuando la veamos levantarse en el último horizonte... Entretanto, mientras ella no se levanta, nos basta con presentirla, con mirarla de vez en cuando, con ver de identificarla,

de no confundirla en la infinita niebla, con saber que *lo invisible presente está allí*, aunque el rayo de sol que esperamos no acabe de alumbrarla.

Nadamos, pues, hacia allá, pero buscando las boyas intermedias. Con sólo no apartarse de la dirección hacia la final, éstas tendrán también algo de divino, algo de místico. Todos lo somos, pues, más o menos; todos somos místicos, los que sentimos el movimiento de ascensión hacia la belleza, y la vemos a nuestro lado, en la tierra en que nacimos, en la Patria habitada por los espíritus sonoros.

CAPITULO II

PUESTA DE SOL

I

El paisaje que estoy mirando en este momento desde mi casona de *Punta Brava*, y en el que creo ver concentrado el universo, está bañado de la luz de esa divina ley. Una gaviota blanca, adorante, que parece inmensa, se acerca por el aire y me abre las alas sin recelo. Ese buen pájaro no ve en mí, como en los muchachos que tiran piedras, un enemigo fuerte; casi estoy por creer que se da cuenta de que soy su compatriota. Es el espíritu, que, como las golondrinas de las torres, brota del río, cual si éste echara a volar. ¡Amable pájaro simbólico, dios del aire, divino Ibis!...

No es esto decir que este paisaje sea invariable, por supuesto, y que todos mis días de *Punta Brava* (por algo se llama así) sean tibios y apacibles; los suele haber de viento y de frío, y de chubascos. Los vientos del Sur, que vienen de lejos, del Cabo de Hornos quizá, persiguiendo hasta la costa el rebaño, presa de pánico, de las grandes olas, son a veces implacables; andan por el aire gritando, como dioses noisos conquistadores. Y cuando da en soplar el *Pampero*, viento del Oeste que nos llega al ras del Plata, desde las *Pampas* o llanuras andinas, el tiempo no es apacible; pierden las gaviotas su equilibrio o divina eutritmia, y los pájaros dispersos buscan abrigo en los

aleros, callados o dando chirridos; los árboles pasan sus largas horas de desamparo, y yo pienso en ellos, cuando despierto de noche, y oigo al huracán, remoto o próximo, que anda en el aire.

Pero, sobre ser el caso poco frecuente, esos mismos *vientos pamperos*, como que los conocemos desde niños, son menos desafortados para nosotros que para los extraños; están en su casa, y hasta tienen algo de los amigos importunos o pesados, que se echan de menos cuando dejamos de verlos algún tiempo; son *nuestros pamperos*. Ellos nos sirven, por otra parte, para apreciar mejor, y gozar con mayor gratitud, de las mañanas y tardes de bendición, llamémosles místicas, que son allí constantes: los aguaceros seguidos de sol, con su Arco-Iris del uno al otro horizonte; los ponientes gloriosos, con sus nubes en forma de lagarto o de palomas dispersas, sus procesiones de arcángeles dorados, y sus remotas ciudades caminantes, llenas de cúpulas, en el divino silencio...

II

Una de esas tardes era la de ayer, precisamente, y mejor no pudo elegirla, para visitarme en mi rústica heredad, un buen amigo mío, hombre de bien a carta cabal, persona acaudalada, y de más que mediano entendimiento. Me encontró solo, trabajando a más trabajar con el rastrillo. Los árboles estaban alegres, y las enredaderas no habían cerrado los ojos azules todavía entre las hojas; mi torre parecía de mármol, y el río de esmalte azul; la cúpula del cielo estaba recién dorada por los artistas diáfanos.

Mostraba yo envanecido todo lo mío, todas aquellas cosas, a mi amigo; mis árboles, mi pedazo de

mar, la última porción de sol de aquel día, que me quedaba en las paredes de la torre. Y él, después de mirar a su alrededor, a lo lejos, hacia arriba, me miró a mí, como si hubiera descubierto un secreto que yo guardaba, el de mi caudal; me miró riendo, con aire de parabienes. ¡Cómo habrán subido ahora de precio estos terrenos! me dijo, por fin; éste es ya un buen lote. Pero es preciso adquirir ese solar de al lado, para tener mayor frente sobre la rambla... ¿Cuánto vale ahora el metro por acá?

¡Cómo vuelan! decía Bernardino de Saint Pierre... ¡El metro! ¿Pero acaso esto tiene metros, Dios mío? ¿Es esto realmente un *lote*, que haya de completarse quitando el suyo al vecino? Nada de todo esto es mío, pues, desde que tiene precio; nada de esto; lo mío no tiene precio... Aquel ingrato amigo no había estado observando, como yo lo creía, ni el ombú que estaba a su lado, con el último toque de sol gratuito, ni el horizonte de cobre enrojecido, ni siquiera el mar; había advertido que por allí se había hecho, no por culpa mía, ciertamente, una rambla o avenida alquitranada, por la que corría, a todo correr, un carruaje automóvil, entre una nube de bencina. Y que no tenía más objeto que el de adelantarse a otro carruaje, que, a su vez, sólo corría por correr, desaforado.

Y allí, junto a nosotros, tocándonos la cara con las ramas, estaba un peral lleno de peras maduras, en forma de campana, que parecían naranjas, por la luz del sol poniente. El árbol, plantado por mí, uno de mis predilectos, me miró con la expresión de un inofensivo animal salvaje acabado de atrapar; me miró como si hubiera oído un disparo. Que también los árboles sienten el pánico, si los observamos. En poco estuvo no lo experimentara yo mismo; sentí, cuando menos,

algo como el efecto de una amenaza a mis ombúes sin valor, a mi casa de poco precio, guardada sólo por un perro compañero de mis nietos, a la puerta de los abuelos, de débil cerradura. Hubiera querido esconder todo aquello, ponerlo a salvo en otra parte, en otro rincón de mi tierra, con sus horizontes y sus gaviotas.

¡Oh las naciones grandes, las confederaciones fuertes, hijas del dios Pan, el que infunde los *pánicos*!

También las grandes fortunas de los hombres se forman así: por la conglomeración de las chicas aniquiladas. Y así se amasan los patrimonios suntuosos, donde no se pone el sol, y donde no se goza de la noche estrellada. Y así nacen las grandes ciudades, con sus palacios impersonales, que desalojan a las bellas torrecillas dadas de cal, en que viven las alegrías, y anidan las caridades, las continencias, la resignación y la paz.

Y los hombres se enorgullecen de las ciudades, de las patrias armípotentes, grandes lotes de muchos metros, de mucho valor venal, y de mucho humo de bencina y de pólvora.

No hay paz para el soberbio, dice el libro santo. La paz es una entidad del orden moral, superior al jurídico. La quietud, el descanso, el silencio, la riqueza, el placer, son cosas del orden material. No está en ellos la paz. No te basta con tenderte en la cama para estar en paz; ni siquiera en el sepulcro. El descanso, el silencio, el mismo sueño, el último inclusive, serán enemigos que te inquietarán. La paz es una actividad. Si quieres ser feliz, procura ser hoy un poco mejor que ayer; aprende a estar contento, alegre; goza sólo de aquello que estés seguro que te viene de la mano de Dios, y así hallarás el goce, aun en el dolor. Y hallarás paz en el soñar de la vida, y en el de la muerte.

Yo tuve que recibir, sin embargo, los parabienes de mi buen amigo, porque eran bien intencionados. Este libro ha nacido de su visita. Y, como suele salir un pájaro cantando de entre las yedras que envuelven un viejo muro, el niño de sesenta años que tengo en el corazón, y que en este libro ha pensado, o cantado, o dicho místicas ingenuidades, salió de entre las hojas... Sí, contesté a mi amigo tristemente, mirando el mar; efectivamente, deben de haber subido mucho de precio estos terrenos... ¡qué le hemos de hacer!...

Y el mar me miraba...

Y yo miraba largamente el mar, y sentía el silencio de mis mares interiores.

VOLUMENES PUBLICADOS

1. — Carlos María Ramírez: ARTIGAS
2. — Carlos Vaz Ferreira: FERMENTARIO.
3. — Carlos Reyles: EL TERRUÑO y PRIMITIVO
4. — Eduardo Acevedo Díaz: ISMAEL.
5. — Carlos Vaz Ferreira: SOBRE LOS PROBLEMAS SOCIALES.
6. — Carlos Vaz Ferreira. SOBRE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA.
7. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo I)
8. — José María Reyes: DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS LITERARIOS.
10. — Sansón Carrasco: ARTÍCULOS.
11. — Francisco Bauzá: ESTUDIOS CONSTITUCIONALES
12. — José P. Massera: ESTUDIOS FILOSÓFICOS.
13. — El Viejo Pancho: PAJA BRAVA.
14. — José Pedro Bellán: DOÑARRAMONA.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: SOLEDAD y EL COMBATE DE LA TAPERA.
16. — Alvaro Armando Vasseur: TODOS LOS CANTOS.
17. — Manuel Bernárdez: NARRACIONES.
18. — Juan Zorrilla de San Martín: TABARÉ
19. — Javier de Viana GAUCHA.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira: LA ISLA DE LOS CÁNTICOS.